

N O S O T R O S

FUNDACION DEL ATENEO

GUIDO SPANO-LUCIO LOPEZ-MANSILLA

EL clarín de Andrade acababa de enmudecer. De tarde en tarde la voz armoniosa de Guido, el acento quejumbroso de Gutiérrez, el trino de Obligado, la palabra elegante de Cané, el torrente imprecatorio de Almafuerte, el alto ejemplo de Mitre traduciendo el Dante en verso castellano, después de haber sellado su obra de historiador, el verbo cáustico de Lucio López, la risa sarcástica de Wilde, velando su hondo sentimiento, el tiple doctoral de Oyuela, empeñado en resucitar entre nosotros la poesía castellana del siglo de oro, los duendes de Holmberg, rompían momentáneamente el pesado silencio y poco tardaban en ser sofocados por el palabreo de la discusión política.

El escultor Cafferata, harto de luchar solo, apelaba al suicidio; mientras Correa Morales, Ballerini, Della Valle, Giúdice, Mendilaharsu, Sívori, Caraffa, Williams, Rodríguez Etchart, Schiaffino comenzaban a esgrimirse con el medio.

Otros jóvenes animosos estudiaban en Europa pintura y música, entre los cuales Collivadino, de la Cárcova, Julián Aguirre, Arturo Berutti, y algún otro, los que, a medida que regresaban a la patria, llenos de ilusiones, deseosos de aplicar en su país lo que habían aprendido en diversas escuelas, tropezaban con la indiferencia, la hostilidad o la burla. Sin embargo, o tal vez por eso, nunca como entonces a raíz de la honda crisis económica

y política de 1890, la reacción intelectual había tenido tantos adeptos, pero estaban aislados, combatía cada uno por su ideal y por su cuenta, mientras el espíritu regresivo esparcido en el ambiente ahogaba sus esfuerzos en detalle y en silencio.

Todo el que se consideraba capaz de obrar, se veía reducido a la impotencia de producir; no había en perspectiva otro destino que la anulación individual en la indiferencia general. Fué entonces que se sintió, más o menos confusamente, que era menester unirse y organizarse, para fortalecerse. El pelotón disperso formó cuadro a fin de defenderse mejor, y esta maniobra, en lenguaje culterano se llamó: *Ateneo*, por ese rezago pedante, que induce a rechazar los nombres simples y naturales, a bautizar: *Atlántida* las revistas literarias.

El grupo inicial, sintiéndose desamparado, se reunió en torno de Guido Spano, buscando la sombra augusta del patriarca de las letras argentinas. En aquel tiempo Carlos Guido, verde y gallardo, apenas sentía los primeros zarpazos de la hidra que concluiría por encadenarlo en el lecho. Era entonces miembro del Consejo Nacional de Educación; se le veía cruzar las calles en coche, detenerse en el trayecto y abrir la portezuela hospitalaria a algún neófito, a quien munificente hacía partícipe de su gracia señorial, pomposa y risueña, siempre flúida como su argentada barba de profeta. En el relicario de mis más floridos recuerdos, esplenden estas fugaces recepciones ambulantes, y cada vez que el poeta usó conmigo tamaña deferencia, parecíame ascender al palanquín de Ferduci.

Carlos Guido había sido durante más de sesenta años el portavoz del arte entre nosotros. Atravesó sin contaminarse tiempos indecorosos y plebeyos. En 1848 se hallaba en París, mezclado a las huestes entusiastas de Lamartine y de Hugo: "Imposible permanecer tranquilo cuando por doquier te solocitan el ruido de la calle, las palabras de los tribunos, los estímulos de las aspiraciones populares. (1) Mezcléme al movimiento general, peroré en los corrillos, estuve en la asonada, subí a la tribuna tambaleante, en las salas ahumadas de los club subalternos establecidos en las callejuelas de la inmensa ciudad, fraternicé

(1) Prefacio autobiográfico de *Ráfagas*: Carlos Guido Spano. Buenos Aires, 1879.

en fin con la *santa canalla*. En todas partes proclamé la república, llegando a merecer frenéticos aplausos de los carboneros, los enjalbegadores, los zapateros de viejo y demás gente menuda, ante quienes ensayaba mis armas oratorias, precisamente cuando más desconfiado empezaba a estar de las fidelidades de la gran doncella *aux puissantes mamelles*, esculpida por Barbier en sus famosos *Yambos*."

Vuelto a París en 1851, asiste al golpe de Estado del príncipe Napoleón, y toma parte activa en la protesta popular: "Cúpome el honor de recibir entre las filas del pueblo amotinado, el fuego de los pretorianos al servicio de la ambición rampante. Me desgañité vivando a la república, execrando al usurpador y a sus esbirros. En mi posada creíanme perdido, pues no aparecí en tres días".

Afiliado de lleno al romanticismo, no regresó a Buenos Aires con el chaleco encarnado de Gautier, porque nunca le dió por imitar a nadie, y porque esa jactancia habría sido tomada entre nosotros por acatamiento a la librea rosista, pero en el ansia de diferenciarse, hasta físicamente, adoptó un traje casi talar, de anabaptista, que realizaba su prestancia; hopalanda y bombacha negra, amplio cuello blanco, y blando sombrero de anchas alas, que dejaba en la penumbra su argentada melena, los grandes ojos negros, la nariz recta, la gracia de la boca, animada de risueña malicia, en la plateada barba que encuadraba la frescura del cutis. Pulcro en el atuendo, emanaba de su persona la más intensa simpatía; parecía un antepasado en su marco de ébano, evocado por el pincel de Rubens.

Hombre de corazón a carta cabal, durante la guerra con el Paraguay abogó en favor de los prisioneros paraguayos, se alarmó ante la noticia de inútiles hecatombes; y dió la medida de su abnegación, cuando la peste de 1871 dejó indefensa la población de Buenos Aires; junto con Roque Pérez y Manuel Argerich, que perecieron en la brega, fué el alma de la Comisión Popular, que auxiliaba a los enfermos y enterraba a los muertos, pues los sepultureros de profesión habían sucumbido.

Entre sus muchos avatares fué Presidente de la Sociedad Protectora de Animales, pero su piedad se extendía también a los hombres; pobre, como lo fué toda su vida, la puerta de su

casa nunca se cerró con llave: "No hay nada qué robar, decía sencillamente, y los desgraciados sin asilo saben que el zaguán de casa es un sitio reparado del viento, para pasar la noche; de manera que cuando entro a casa para dormir, me cuido de no pisar a mis pobres huéspedes tendidos en el suelo."

Entre cuantos conocieron al artista y al caballero, Carlos Guido ha dejado memoria de uno de los argentinos de más noble estirpe y exquisito espíritu, que hayan existido.

La primera reunión, para la fundación que nos ocupa, tuvo lugar en el hospitalario salón de Rafael Obligado, en aquella mansión patricia de la Plaza del Retiro, donde todos los sábados el dueño de casa presidía señorial y laboriosamente el agitado areópago, en el que se entreveraban, sin confundirse, los más variados ejemplares de la fauna y de la flora intelectual argentina. Los autores que leían un soneto, un capítulo, un poema, un drama, pasaban por todas las ansias del acusado. No había respeto por nada ni por nadie, y desde el noble poeta autor de *Santos Vega*, hasta el último debutante, todos eran pasados al tamiz de la crítica, sometidos a rudas aspersiones de agua fresca, entre alegres risas. Uno de los más temibles fustigadores, por lo certero del golpe y lo pintoresco del juicio sintético, era Carlos Vega Belgrano, quien a veces se distinguía, en sus escasas producciones personales, por ser uno de los que ofrecían más superficie epidérmica a las flechas ajenas.

Martinto, Soto y Calvo, del Solar, solían alternar con otras estas recepciones literarias, frecuentadas por el mismo público.

De manera que la convocatoria de Rafael Obligado, tendiente a fundar un centro literario y artístico, fué tan bien recibida, que reunió desde el primer momento los elementos más caracterizados y numerosos de la intelectualidad argentina y y extranjera: Carlos Guido, Lucio V. Mansilla, Lucio V. López, Joaquín V. González, Norberto Piñero, Martín Coronado, Ernesto Quesada, Domingo Martinto, Graciano Mendilaharsu, Calixto Oyuela, Carlos Vega Belgrano, Leopoldo Díaz, Miguel Escalada, Alberto Williams, Julián Aguirre, Roberto J. Payró, Augusto Ballerini, Angel Della Valle, Eduardo Sívori, Eduardo

L. Holmberg, Ramón J. Cárcano, Enrique Larreta, Manuel Carlés, Francisco Sicardi, Ricardo Gutiérrez, Augusto Belín Sarmiento, Belisario Montero, Angel de Estrada, Carlos Berg, Juan José García Velloso, Juan B. Ambrosetti, Julio Dormal, Arturo Berutti, Federico Gamboa, Carlos Zuberbühler, Francisco Soto y Calvo, Alberto del Solar, Luis Berisso, Eduardo Schiaffino y muchos otros.

La inusitada presencia de Guido Spano, la del general Mansilla, la de Lucio V. López, ya alejados de estas reuniones por la edad o la índole de sus ocupaciones, señalaba suficientemente la solemnidad del acto (1).

El dueño de casa, don Rafael Obligado, abrió la sesión con esta frase: "Yo no sé si es necesaria la fundación de un centro de la índole del que se proyecta..."

Semejante introito produjo el consiguiente revuelo, dando lugar a acaloradas discusiones en pro y en contra de la idea. Apenas se habían calmado, cuando el lírico Ricardo Gutiérrez, con su aspecto mefistofélico y su voz de bajo cantante, dijo: "Ante todo debemos preocuparnos de la propiedad literaria y sus derivados". Esta declaración, eminentemente práctica, tuvo la virtud de escandalizar particularmente a Oyuela, dando lugar a que Gutiérrez la completara así: "Lo más importante es que al escritor se le pague su trabajo; en adelante yo no escribiré una línea si no se me abonan quinientos pesos por artículo". (2).

Calmadas las discusiones y resuelta la fundación de "El Ateneo" (3), Carlos Guido Spano era aclamado Presidente.

(1) Un interesante reportaje de Ernesto Mario Barreda a Carlos Vega Belgrano, Calixto Oyuela, Leopoldo Díaz, Alberto Williams, publicado en el Suplemento Ilustrado de *La Nación* de 24 de abril de 1927, completará mis recuerdos, me ayudará a precisar ciertos detalles de aquella primera reunión.

(2) "Ya vé usted, un poeta, un filántropo como Ricardo Gutiérrez...", concluye escandalizado el señor Oyuela. (Barreda, ya citado). En aquellos tiempos heroicos, Carlos Vega Belgrano, como director de la *Revista Nacional*, había sido el primero en instituir el pago de los trabajos literarios. *La Nación* era el único diario que pagaba las colaboraciones.

(3) La denominación de "Círculo literario y artístico", fué desechada.

Al día siguiente, me encontraba con Lucio V. López en casa de del Valle; aquél le refería precisamente la reunión en el salón de Obligado, y malicioso como de costumbre, le decía: "Estaba Guido, con su facha tudesca de Gambrinus"; y volviéndose a mí, como para corregir su irreverencia, agregaba: "Ustedes deberían hacer el retrato de Carlos Guido, es una figura nobilísima".

En la misma frase cincelaba su joya irónica y rendía homenaje al dignísimo poeta. Ese era López: la actividad más inquieta y el juicio más reposado. Sus ojos parecían quemados por el estudio. Brillaba en ellos la llama vacilante de una lámpara perpetuamente encendida, cuando lucha con el primer fulgor del alba. Miraba con la recóndita tristeza del que ha penetrado en todos los repliegues de la tortuosidad humana. Justificaba así su constante humorismo, instintiva defensa de los seres demasiado sensibles, que han de estar listos para el combate aunque hayan de dejar la vida, como las abejas, al asestar el dardo.

Entre tantos campanudos personajes, su sencillez era notoria. Malgrado ser figura eminentísima, y yo desconocido, no admitía que al encontrarle en la calle le cediera la vereda; se arreglaba para desbaratar mi cortesía. Un día en que, viéndonos venir, ambos nos apartamos al borde de la vereda, bajé a la calle para cederle el paso; el doctor López hizo lo mismo, y asiéndome el brazo me contó esta anécdota: "Había en Córdoba un reverendo Obispo y un doctor G... que gozaba de la consideración pública, tanto como si también lo fuera. Cuando se encontraban al paso, recíprocamente se cedían la vereda, hasta que un buen día bajaron los dos a la calle, pero el Obispo, aunque obeso, le ganó de mano, y agarrando del suelo una piedra intimó al doctor que usara de la vereda si no quería que le diese una pedrada. Entre risas y reverencias el doctor se sometió al capricho del Obispo."

—Bueno, doctor, aquí el Obispo y el doctor G... es usted mismo, a mí me tocará la próxima vez armarme de la piedra.

—La próxima vez me verá en la vereda de enfrente.

Infortunadamente no le ví más. Poco tiempo después moriría trágicamente en un duelo absurdo, que, de haber habido opinión pública para impedirlo, no se habría podido llevar a cabo.

Y cuando víctima de la más atroz injusticia se hallaba en el lecho de muerte, sintetizaba, en una sentencia lapidaria, su último juicio sobre la época en que le había tocado vivir: "Estas son, Aristóbulo (1), las democracias inorgánicas".

Con él desapareció uno de los argentinos más ilustres, uno de los hombres más preparados para el gobierno. Lucio V. López todo lo reunía: tradición de familia, hondo talento y amor al estudio, independencia de carácter, liberalismo, horror a la pedantería, y agudeza espiritual incomparable. Su muerte prematura fué una pérdida nacional de la que no nos hemos re-
puesto.

En Lucio V. Mansilla, la naturaleza y la cuna derramaron sus dones a porfía. Hijo predilecto de Misia Agustina, la mujer más linda de su tiempo, al decir de unitarios y federales — la única vez que se pusieron de acuerdo (2), — unía la hermosura corporal a la gracia verbal, a la distinción intelectual. Mimado por unos y por otros, tuvo veleidades narcisistas, forzando a veces la nota personal decorativa.

Hay un fastuoso retrato de César Borgia (3), pintado por el Bronzino, que arroja viva luz sobre los modos de vestir de Lucio V. Mansilla. César Borgia lleva una amplia boina emplumada, de terciopelo carmesí, plantada de soslayo como una aureola, dejando ver un tercio del cráneo; un jubón ricamente ornamentado, capa terciada sobre el hombro izquierdo. En su *Excursión a los indios Ranqueles*, Mansilla usa capa colorada; en el Paraguay, capa blanca; en su casa, con el pijama rojo, que lleva también a bordo, en viaje a Europa, usa la misma boina encarnada de César Borgia. En la calle, la galera terciada, a menudo gris.

Porque era un epicúreo se le consideró ligero. Tuvo larga vida, pero no fué comprendido; pasó entre nosotros como un conversador elegante, forrado de Don Juan; se tenía por un

(1) Se dirigía al doctor del Valle, que distanciado políticamente de él, acudía a darle el postrer adiós.

(2) Véase *Amalia*, de Mármol.

(3) *El Príncipe*, de Maquiavelo.

“aficionado” que hacía excursiones en la política, en la literatura, en la filosofía, en la milicia, aun cuando dejara en todas partes la huella indeleble de su paso. En la guerra del Paraguay fué soldado brillante y prestigioso; como jefe de frontera y explorador, escribió entre los bárbaros su admirable *Excursión a los indios Ranqueles*, que traducida a varios idiomas tuvo éxito universal y le dió rango de escritor originalísimo; como periodista dictó a su secretario varios volúmenes de *Causeries*, sobre innumerables y renovados temas.

Se complacía en resolver airoosamente las cosas más difíciles y precisamente por ser pariente, sobrino carnal del tirano, casi obligado por lazos de familia, de nombre, por solidaridad con los suyos a excusar sus desmanes, a valorar sus condiciones y sus éxitos, se despoja de todo vínculo para estudiar al déspota en calidad de fenómeno, como caso clínico; y armado ya de una lente, de un bisturí, de un microscopio o de un catalejo lo examina friamente de lejos, de cerca, de todos los puntos de vista y en todos sus actos. Y su ensayo sobre Rosas resulta el más ecuánime, el más sintético, el más sagaz, el más hondo, el más comprensivo de cuantos se han escrito.

Como conversador interesante, durante largos años no conoce rival en Buenos Aires; como su facundia es inagotable, los envidiosos dicen que estudia sus conversaciones antes de salir de casa, según las personalidades que piensa encontrar en el día. Pero, en realidad, como está habituado a ser el centro en todos los grupos y su mucho mundo, sus vastas lecturas, su agudo ingenio le dan superioridad manifiesta sobre sus interlocutores, acapara la atención de todos e insensiblemente acaba por convertirse en monolenguista. Mas la culpa no es suya, sino de sus contemporáneos menos bien armados y dotados para esas lides. Algunos duelos, de trágicos resultados para el adversario, y notorias buenas fortunas en el florido campo de las galanterías, dieron los últimos toques a la más arrogante y airosa figura porteña entre las que han animado la calle Florida. Y cuando se instala en París para pasar allí sus últimos años, tiene una actuación destacada en el boulevard, entre los jinetes del Bois, ya que en parte alguna de la tierra podía pasar inadvertido.

¿Cómo es que con tantas y variadas condiciones no tuvo la actuación dirigente a que estaba destinado? Simplemente porque le faltó la gravedad facial (1), para disimular su propia superioridad; porque nunca consintió en atenuar la chispa de su ingenio para servir de fondo, siquiera fuera momentáneamente, a otros menos bien dotados y aguerridos.

Buenos Aires tenía entonces solamente cuatrocientos mil habitantes, en vez de la densa masa de dos millones que ahora tiene, pero florecían más que ahora los espíritus originales o no eran ahogados por multitudes amorfas, ajenas a nuestro medio. Hoy los cultores de todas las artes se cuentan por series, pero las personalidades son más escasas.

EDUARDO SCHIAFFINO.

(1) La seriedad del burro.

POESIAS

TRANSICION

COMO un niño perdido en un desierto
iba mi corazón bajo su angustia...
el paso incierto,
la esperanza mustia.

Sólo una senda había,
y esa daba en la Muerte...
y el corazón languidecía
sangrando, casi inerte...

...Mi pena amaneció con tu mirada,
gloria de amor a mi existencia diste
y fuiste una alegría inesperada
en la hora más triste.

Primavera en la nieve
de mi estepa desierta;
aurora que despierta
al árbol aterido y lo conmueve...

A tientas, como un niño por un bosque sombrío,
iba mi alma perdida...
el ayer era inútil y vacío:
hoy por ti vuelve a sonreír la vida.

CANCION DEL NUEVO AMOR

BRISA matinal que pasa
entre la rama florida,
qué dirá, pues conmovida
tiembla cada flor de gasa...
Grácil levedad de pluma,
la brisa besa la rama
o en sus flores se perfuma...?
Dime tu secreto de hada
para decirlo a la Amada.

Arroyo que al sol rebrilla
y con blando serpenteo
se alarga como un deseo...
¿qué dice su voz sencilla
de fluyente bisbiseo
a las cosas de la orilla...?
Dame verter el sentido
de tus frases en su oído.

Solitaria estrella que arde
como lámpara votiva...
¿qué habla su luz a la tarde
que se inclina pensativa...
y entre los campos y el cielo
flota como un desconsuelo
donde el alma está cautiva...?
Dime tu secreto, estrella,
para decírselo a Ella.

Que este amor nuevo precisa
palabras que nunca han sido,
frases de nuevo sentido,
emoción pura y concisa:
estrella, arroyuelo, brisa...

CANCION DEL RECUERDO

CUAL agua recién nacida,
límpida, fresca, inocente,
que asoma en la piedra herida
y resbala en la vertiente,
fué el amor de adolescente
que llenó toda mi vida...

Estrella que en la penumbra
del anochecer titila...
gota de luz que destila,
alma que un alma vislumbra,
el fulgor de tu pupila
todas mis noches alumbra...

Lejana tarde que añoro
cuando a mi ruego cediste...
si alguna vez, solo y triste,
sin quererlo, acaso, lloro...
como el que cuenta un tesoro
gusto el beso que me diste...

JUAN BURGHI.

TALES DE MILETO

DE pliegues austeros, la aristocrática túnica de Tales de Mileto era bien conocida en más de una de las doce ciudades de la antigua Jonia, cuya federación él concibió como medio de resistencia a la codicia de sus copiosos vecinos. De noble prosapia milesia habíase entregado a la Filosofía política y convirtiéndose en consejero de los gobernantes Jonios.

No se le conocía haber pasado por escuela alguna. Su habilidad política le había nacido del viajar, observando, y así probablemente adquirió también su ciencia meteorológica. Pero, ¿de dónde toda su ciencia astronómica, toda su geometría lineal? Tales viajó por el Egipto y sacerdotes egipcios fueron sus maestros reconocidos. Con ellos aprendió las curiosas cualidades de los triángulos que él aprovechó para la mensura de distancias y alturas, con ellos aprendió su astronomía y aquella su filosofía física que fué objeto de investigaciones y debates en las cultísimas escuelas jónicas.

Cuando el noble milesio regresó a su patria, mejor dicho, a la patria de sus enseñanzas, traía fragmentos importantes de la sabiduría a que se habían consagrado los templos en las tierras del Nilo; pero ahora Tales sonreía sentado sobre las arenas de una playa, frente al místico Mar Mediterráneo. Rodeado de algunos amigos, el Maestro, trazaba líneas y triángulos y círculos. Y, cuando del seno de las aguas, se alzaba la noche sobre sus cabezas, de las arenas de la playa, Tales conducía hacia las arenas de los cielos las miradas de sus amigos, para hacerles ver allí también el prodigio de aquellas mismas misteriosas relaciones de las líneas y los triángulos y los círculos. Y ahora eran los armoniosos movimientos de los planetas, el asunto de su encantadora conversación, que no interrumpía

el regular romper de las ondas sobre la playa. Les describía la esfericidad de Venus, y de Marte, y de Júpiter, como la de la Luna y la del Sol, y de esta familia era la Tierra cuya masa interpuesta proyectaría en no lejana fecha la curvatura de su sombra sobre la Luna.

“Son rítmicos —les decía— los movimientos de los planetas en torno del Sol. Cuán maravillado me quedaba cuando desde lo alto de los santuarios de Menfis los sacerdotes egipcios, noche a noche, me hacían seguir esa imponente traslación a lo largo de la banda de signos que ciñe este bello Universo nuestro. Pero hay misterios recónditos que se asocian con esta animación suprema de las esferas divinas. En nuestros propios santuarios tal ciencia también existe, pero cuesta largo tiempo el adquirirla, porque nos seduce a los Jonios más el encanto de las cosas que sonríen en las playas sin riberas del día, que el solemne misterio de las cosas que piensan en las torres estelares de la noche.”

Algunas otras veces, en respuesta a las preguntas de sus jóvenes amigos, en torno de él sentados, escuchando la doble elocuencia del Maestro y del mar, se remontaba a los orígenes de las cosas.

“Todo fluye del agua —decíales.— De las aguas del Firmamento brota la flor eterna del Universo, como estas pequeñas perfectas flores de concha con que trazamos las líneas sobre la arena, brotan de este líquido azul de Jonia; mas no penséis que esta mi comparación me hace olvidar que las aguas del Firmamento son absolutamente otras. Las del Firmamento son la esencia sutil de que todas las cosas nacen y a las que todas las cosas vuelven. Pero en los santuarios esta esencia la llamamos agua porque ella toma la forma del Pensamiento Divino que es la piel que la contiene, son las cosas los pensamientos de los dioses donde rebosa esta esencia sutil, agua del Firmamento. Los bárbaros reirán de mi decir, pero vosotros los jonios más artistas del pensamiento que los bárbaros, comprenderéis. Los bárbaros también comprenderán un día. ¿Cuándo? No lo sé. Pero las verdades eternas que son el patrimonio de la raza humana durante largo período de su existencia sobre la tierra flotan suspensas de la mente de los dioses en la luz

que sólo brilla para quienes las buscan con el ojo certero del espíritu.

“Y cuando los hijos de los bárbaros den principio a su ascensión hacia el conocimiento por la infinita escala de los yerros y los aciertos, alternativamente reirán y reflexionarán. A las veces verán, como vosotros hoy, que la generación de los mundos puede, en pequeño, contemplarse en esa matriz de mundos que es el vientre de una mujer. Allí mirarán el agua inicial, y desenvolverlo y contenerlo todo hasta el instante en que tras siete o tras nueve edades de la Cintia de los cielos un nuevo ser brote, como una breve flor de amor y de carne a la claror del alba, y los nietos de los bárbaros admitirán un día, como lo admitís hoy, ¡oh, mis amigos!, que en cada uno de nosotros se contiene un pequeño océano de agua salobre donde infinitos seres vivientes desarrollan su maravillosa existencia, construyendo, destruyendo, reparando, equilibrando, como lo observáis todos los días, en este animado azul que ciñe las canoras playas de Jonia.

“Y la substancia última de los minerales, de las arcillas, de los metales, de las maderas, de todo cuanto ofrece tenaz resistencia, se les escapará de entre los dedos, y de entre los ojos y será allá en el fondo de su razón algo intangible que fluye por entre las entrañas y bajo la piel inalcanzable del Cosmos. Se les confundirá en lo más luminoso de su mente con estas fuerzas inteligentes que nosotros llamamos dioses, cuando decimos que las cosas están llenas de dioses o que son las cosas, frágiles y bellas formas, humanos o divinos pensamientos henchidos de las aguas del Firmamento sobre las cuales se cierne el eterno Cisne que las mantiene vivas y fecundas.”

Y un ala del silencio rozó las cabezas de aquel pensativo grupo. Un instante después, algo murmuraron las aguas. Tales, y tras él sus amigos, se levantó y en presencia del Cielo y mirando hacia las costas egipcias entonó su himno a la luz que sólo esplende en el vasto y profundo corazón de la Noche.

ROBERTO BRENES-MESÉN.

LA ESCUELA EN EL REGIMEN DE ORGANIZACION DE LA INSTRUCCION PUBLICA ARGENTINA (*)

La Escuela Activa: Sistema Montessori - Kindergarten

XIX

HEMOS estudiado los principios fundamentales en los que reposa la doctrina de la escuela activa, las bases filosóficas y antecedentes científicos en los que pretende fundar la remoción del régimen actual. Entremos ahora a considerar más particularmente los sistemas propuestos en su aplicación práctica.

Tres son los principales, o por lo menos, los que han llegado a tener difusión universal.

Se destaca, desde luego, el de la doctora María Montessori, médica especializada en estudios de niños anormales, a los que se dedicó como ayudante en la clínica psiquiátrica de la Universidad de Roma. Esta circunstancia la puso en contacto con niños idiotas de un instituto para alienados, dándole ocasión de que se dedicara al estudio de las enfermedades mentales de los niños. Sus investigaciones la llevaron al conocimiento de las obras de dos sabios franceses, especialistas en estas enfermedades, pero que combinaban en el tratamiento de los niños anormales, la pedagogía a la psiquiatría: José María Gaspar Itard y Eduardo Seguin. El primero reunió sus observaciones en una obra titulada *Rapports et memoires sur le Sauvage de l'Aveyron, l'idiotie et la surde-mutité*. Pero quien más profundamente impresionó y ejerció una influencia determinante en sus ideas y en su vocación, fué Eduardo Seguin. Maestro y médico a la vez, encaraba el tratamiento de los enfermos, no solamente dentro del punto de vista biológico, sino también del pedagógico y moral. Consignó su pensamiento en una obra aparecida en 1846, titulada *Traite-*

(*) Ver los Nos. 285, 286, 287, 290-91, 294 y 295.

ment moral, higiène et education des idiots. Reposaba su sistema en la acción directa del médico o maestro sobre el espíritu del enfermo, de tal manera, que consideraba fundamental la calidad y condiciones del instructor de idiotas. "No todo el mundo, decía Seguin, puede instruir idiotas, no porque esta función exija facultades intelectuales desenvueltas, sino porque tienen que ser reforzadas con ciertas ventajas físicas y sostenidas por algunas cualidades morales". La aplicación de este método despertó en la doctora Montessori un entusiasmo colindante con el fervor vocacional y se entregó al estudio de la psicología experimental, de la antropología pedagógica, sobre cuya materia dió un curso libre en la Universidad de Roma. Fué entonces que el director General del Instituto Romano de los Beni Stabili, Ingeniero Eduardo Talamo le encargó la organización de escuelas infantiles dentro de la casa. "La genial idea de Talamo, dice la doctora Montessori, consistía en recoger los niños de tres a siete años de los numerosos inquilinos del gran inmueble, y reunirlos en una sala bajo la dirección de una maestra, que debía habitar en el mismo edificio: y esta escuela de párvulos se llamó "Casa dei Bambini". La comparación entre niños retardados o deficientes y los niños pequeños de primera edad, le sugirió la idea de la aplicación del método a la educación de los párvulos normales. "La comparación entre deficientes y normales, dice, es posible, cuando se estudian niños de distintas edades, a saber: los que no han tenido la fuerza necesaria para desarrollarse (deficientes) y los que no han tenido todavía tiempo para desarrollarse (párvulos). En efecto, a los niños tardos se les considera psicológicamente como a aquellos cuya mentalidad presenta el cuadro casi normal de los niños que tienen algunos años menos que ellos... Los métodos que conducían a ensanchar la personalidad psíquica del retrasado, podrían, por lo tanto, ayudar el desarrollo de los niños, constituyendo una higiene de la personalidad humana normal". Es así como la eminente educadora italiana llegó, con el hallazgo de su vocación, a germinar y madurar sus ideas pedagógicas de reforma docente, que tanta repercusión han tenido en el ambiente escolar del mundo entero. Espíritu exaltado, imaginación viva y plástica a la vez, dotada de esa elástica sensibilidad femenina, que la actividad de la inteligencia repliega para

aplicarla a una labor sentimental, muy pronto el generoso entusiasmo por los niños llenó y dominó su espíritu. Se percibe, empero, en su ternura vocacional el origen de su entusiasmo: hay un fondo de piedad, de conmiseración, en ese mismo afán de hablar de la libertad del niño y del culto de su personalidad. Su cultura científica está impregnada de emoción, oscurecida por ese vaho de emotividad que perturba la exactitud de las observaciones y la recta fijación de las ideas. Detrás de la maestra eximia aparece la mujer con la sensibilidad quebradiza de la médica de los niños anormales. Pero ¡cuánta riqueza de intuición, de actividad, de dinamismo noble y dignificante! ¡Hay, es cierto, ingenuidad, minucias, magnificación de cosas triviales y la agresión a cosas inocentes, pero es propio de estos espíritus femeninos exaltados, que dan sin reserva tanta riqueza espiritual en una obra de proporciones inestimables!

Como vemos, la obra de la doctora Montessori, la que le ha dado sobre todo singularidad y prestigio, se refiere principalmente a la educación de los niños de tres a seis años, es decir, a los de edad pre-escolar, por lo que conviene previamente informarnos sobre el origen y formación de los institutos consagrados a ellos, métodos y sistemas que los organizan en su evolución y los principios a que responden, a fin de darnos mejor cuenta de las ideas de la educacionista italiana.

Es por otra parte interesante conocer en su formación histórica estos establecimientos que nacen con un carácter de beneficencia, del que se desprenden después para transformarse paulatinamente en institutos educacionales.

XX

Aparecen en Francia primeramente, con el carácter de "casas de refugio" o "de guardar", que alojan niños semi-abandonados por los padres, que forzados a dejar su hogar para atender su trabajo, durante muchas horas del día, no pueden prestarles las atenciones que la edad reclama. No ofrecían generalmente otra seguridad que la de la guarda y alimentación de los niños, sin condiciones de higiene y con la simple vigilancia de una mujer casi siempre ignorante, que recibía diez, veinte o treinta niños

en una sola pieza mal aireada, sin luz, desaseada, en las que aquellos gritaban, jugaban o dormían todo el día. En 1771, el pastor Juan Federico Oberlin, "el apóstol y civilizador de Ban-de-la Roche", como lo llama Buisson, después de terminar sus estudios de teología se dedicó a la enseñanza con fervor, fundando en una comuna del departamento de Vosges, Ban-de-la Roche, la primer "école a tricoter", así llamada porque los niños recojidos en ella y a los que se enseñaba a rezar, la lectura, el canto, el dibujo y el cálculo, eran dedicados al trabajo manual. Hombre realmente extraordinario por su vocación y austeridad, pertenecía, dice Buisson, a la raza de los educadores. Poseía la pasión de instruir a la juventud y a su vez se afanaba en hacer de sus parroquianos hombres completos. Todas sus obras estaban inspiradas en una intención pedagógica, a la vez que en un criterio práctico, pues sus enseñanzas se ejercían directamente sobre las cosas. Más que acción de filántropo había en la suya obra de educador, preocupándose no sólo de educar niños, sino de formar maestras, a las que llamaba "conductoras de la tierna juventud" y entre las que se destacó la misma señora del pastor, su colaboradora, y las señoritas Sara Bauzat, muerta prematuramente a los 29 años, y Luisa Schleppey, cuya larga carrera de abnegación fué recompensada en 1829, otorgándosele el premio Monthyon por la Academia Francesa. Reunían a los niños más pequeños en piezas espaciosas para prodigarles cuidados maternales y la mayor parte del tiempo la ocupaban en juegos apropiados, mientras los mayores hilaban, hacían trabajos manuales, cosían. La historia santa y la historia natural eran enseñadas por medio de imágenes. Se trataba de inculcarles el gusto del dibujo y se les instruía en la confección y pintura de mapas de pequeño formato, ocupación que entusiasmó tanto a los alumnos que penetró en las familias y se hizo la distracción predilecta de los días domingos. En la primavera y en el verano se los llevaba a pasear enseñándoles en los bosques las plantas que habían sido descritas en las aulas. Se les inculcaba el amor y el cultivo de las flores con el propósito de ejercitarlos en los trabajos rurales y sobre todo de la agricultura, labor secundada por los padres. Se les formaba hábitos de obediencia, de sinceridad, de bondad, de beneficiencia, y se ponía especial cuidado en el cultivo del idioma y la dicción co-

recta, acostumbrándolos a la denominación francesa justa de las cosas.

Hay, pues, en las ideas del fundador de "los asilos de niños", nombre que tomaron después en Francia estos establecimientos, principios de fondo muy semejantes a los que han inspirado a los pedagogos posteriores, pudiéndose afirmar que existe desde su origen, en las orientaciones de la enseñanza infantil, un fundamento común.

En 1801 la señora de Pastoret fundó en París una "salle de hospitalité", con el mismo carácter de las casas de refugio o "creches", como se les llamó después en Francia, cuando en 1844, Fermín Marbeau las fundó dándoles formas definitivas. (Entre nosotros se llaman asilos maternales). La fundación de la señora de Pastoret se extinguió con los primeros alumnos, pero la idea repercutió atravesando el estrecho y en 1816, Roberto Owen fundó, en su establecimiento industrial de New-Lanark, en Escocia, una escuela de niños, cuya dirección confió a un obrero tejedor, James Buchanan, de limitada instrucción, pero de grandes aptitudes docentes, encontrando, al decir de Greard, en su buen sentido y corazón, toda una disciplina educativa. El éxito de Buchanan fué tal, que Lord Henry Brougham lo llamó a Londres en 1819 y le encargó la organización de escuelas infantiles, que tomaron el nombre de Infant Schools. Estos establecimientos prosperaron extraordinariamente y Buchanan pudo fijar un conjunto de procedimientos que importaba un método de educación y de enseñanza. Su prestigio llegó a Francia, despertando de nuevo el entusiasmo de la señora de Pastoret, que, ayudada por el abate Desganettes, organizó una Junta de Señoras obteniendo una subvención municipal y la concesión de un local, con lo que pudo inaugurar en París el 1º de abril de 1826 el primer asilo de niños, con el nombre de "Asilo de Ensayos" de acuerdo con la organización de los Infant Schools ingleses. En el mismo año, Juan María Cochin, Alcalde del Distrito XII, aportó su concurso, encargando a una mujer inteligente y consagrada, la señorita Eugenia Millet, la misión de trasladarse a Inglaterra a estudiar la organización de los Infant Schools, y aprovechar lo que pudiera ser aplicado en Francia. A su regreso publicó sus "Observaciones sobre el sistema de las escuelas en

Inglaterra, para aplicarse a las escuelas establecidas en Francia, con la denominación de "asilos de niños". En 1828 se abrió un establecimiento de este género a imitación de los Infant Schools de Londres, y Cochín inauguró su asilo modelo para el que confeccionó su *Manual de los asilos infantiles*. Desde entonces prosperaron los establecimientos de este género, extendiéndose por toda la Francia. En 1836 sólo Paris contaba 24. En 1831 se anexó al asilo Cochín un curso normal destinado a formar el personal de enseñanza de estas clases de asilos. Como al principio surgieron como establecimientos de carácter meramente caritativos y particulares, las subvenciones municipales, solicitadas y concedidas a medida que los institutos se acrecentaban, provocaron los reclamos pertinentes de la Junta de Hospicios, que al facilitar recursos y costear gastos, adquiría derechos de superintendencia y contralor. El conflicto con la Junta de Señoras se resolvió estableciéndose esta superintendencia y contralor a favor del municipio, por decreto de octubre de 1829. Vino después el conflicto fundamental, el referente a la naturaleza misma de estos establecimientos, cuyas modalidades docentes se acentuaban y el Departamento de Instrucción Primaria reclamó sus facultades de inspección. Se planteaba así el problema central, de fondo: ¿Eran institutos de beneficencia o establecimientos escolares? El problema señalaba la transformación que se había ido operando lentamente, a medida que se progresaba en los sistemas de enseñanza y se desprendían de sus caracteres filantrópicos. Así, en circular de 6 de abril de 1836 se da a los asilos de niños el nombre de escuelas y se les coloca bajo la jurisdicción del Ministerio de Instrucción Pública. En 1848, por decreto de 28 de abril, se reafirma su carácter escolar, declarando impropia la calificación de establecimientos de caridad y se les modifica la denominación de "asilos de niños" por la de "escuelas maternas", que subsiste. Por decreto de 1855 se los define: "establecimientos de educación donde los niños de ambos sexos reciben los cuidados que reclama su desarrollo físico y moral". El decreto último de julio de 1921 agrega "e intelectual". La enseñanza comprendía: primeras nociones de instrucción religiosa, lectura, escritura, cálculo mental y dibujo lineal; conocimientos usuales al alcance de los niños, obras manuales apropiadas a su edad,

cantos religiosos y ejercicios morales y corporales. La admisión de los niños era autorizada por los alcaldes y el personal estaba exclusivamente formado de mujeres. El impulso de acrecentamiento de estos institutos se acentúa notablemente desde 1867. En 1879 se reforma su plan de enseñanza, agregándose ejercicios de lenguaje, nociones de historia natural y geografía, recitados al alcance de los niños, y se organiza el cuerpo de inspectores generales y departamentales, fijándose la edad de ingreso de los niños de 2 a 7 años. Por ley de 16 de junio de 1881 se declaran escuelas primarias públicas, las clases intermediarias entre los asilos de niños o escuelas maternas y la escuela primaria, denominadas "clases infantiles". Eran institutos que existían en diversas partes de Francia, revistiendo formas diversas. No tenían realmente caracterización precisa, pues algunos estaban formados por niños que salían de las escuelas maternas y otros por niños que venían directamente de los hogares. Este último parece haber sido el primero que existió. Se admite en ellos a niños de 4 años generalmente y su enseñanza comprende parte de la que se da en las escuelas maternas y parte de las que se da en las escuelas primarias. Funcionan como anexas a una escuela maternal o primaria.

En 1887, por decreto de 18 de enero, decreto orgánico de organización de la enseñanza primaria, y por decreto de 15 de julio de 1921, se modifica fundamentalmente el sistema. Se divide el ciclo de estudios, en las escuelas maternas, como en las clases infantiles, en dos secciones, teniendo en cuenta la edad y desarrollo de la inteligencia. El tiempo de clase se emplea en: 1º Ejercicios físicos: ejercicios respiratorios, juegos, movimientos graduados, acompañados de cantos; 2. Ejercicios sensoriales, ejercicios manuales y de dibujo; 3. Ejercicios de lenguaje y de recitación, relatos y cuentos; 4. Ejercicios de observación sobre los objetos y sobre los seres familiares a los niños; 5. Ejercicios que tienen por fin la formación de los primeros hábitos morales; 6. Para los niños de la primera sección, ejercicios de iniciación en la lectura, escritura y cálculo.

Por la forma en que está redactado el decreto, se percibe el propósito de eliminar del concepto de la educación infantil lo que pueda dar lugar a la idea de enseñanza propiamente, y así

lo especifica en el informe que acompaña al decreto. No quiere decir que no deban aprender, sino que deben aprender ejercitando sus sentidos y sus músculos, más que leyendo libros o escuchando lecciones. En lugar de enseñarles "los conocimientos usuales", se les mostrará objetos naturales, seres vivientes, y se aprovechará de su instintiva curiosidad para introducir en su espíritu ideas exactas sobre estos objetos y sobre estos seres. De igual forma se procederá con los principios de moral, los que se tratará de inculcarles haciéndolos actuar de acuerdo con las reglas elementales de la moral y haciéndoles contraer buenos hábitos.

El decreto de 1921 modifica también el estatuto de las maestras de escuelas maternas. Tiende a crear un cuadro especial de maestras consagradas a los niños de edad pre-escolar, estableciendo que sólo pueden ocupar cargos en estos institutos las que se han especializado en la materia, y hayan obtenido el certificado de pruebas que consagren esta especialidad, como la Pedagogía Infantil, escuelas de maternidad, puericultura, higiene y ciencias aplicadas a la puericultura y la higiene. El sistema, es, pues, en la actualidad, ecléctico, tiene partes del sistema netamente francés, con principios de los sistemas Froebel y Montessori.

XXI

Entremos al estudio del sistema Froebel, tratando de fijar previamente sus ideas en el orden general de la educación, que se desenvuelven dentro de las concepciones filosóficas predominantes entonces en Alemania y los principios formulados por Pestalozzi, del que fué su discípulo. Mezcla de metafísica y nociones científicas, son éstas las que orientan su sistema en lo que tiene de aplicación práctica. Los principios sustentados por la biología y la psicología, dan su asiento a las ideas centrales. La educación debe tender a la unificación profunda de la vida, "a la unidad de lo individual y fragmentado, por medio de atención, intuición y conocimiento del espíritu, del espíritu unificador que va unido a toda individualidad y diversidad". Lo absoluto, de acuerdo con el dogma filosófico del idealismo alemán en boga entonces, es espíritu consciente de sí mismo, en el que se encuentra la explicación del origen, significación y destino de la exis-

tencia del hombre y la naturaleza. Es lo que produce la unidad, explicando a su vez la multiplicidad de la naturaleza y de la vida, ya que las únicas diferencias reales son las unidades y sub-unidades comprendidas en aquellas. Es esta idea de vinculación, de enlace interior, la que da la interpretación de toda realidad y el plan de la educación no constituye otra cosa que su realización en la vida del individuo. Pero la noción filosófica de la unidad envuelve a su vez la de desenvolvimiento, de continuidad en la generación de las cosas, de manera que la educación no puede ser otra cosa que el proceso evolutivo en su más alto grado.

Ahora bien, el método para alcanzarlo es el de la auto-actividad, en virtud de la cual se realiza a sí misma, forma su mundo, se hace consciente y lleva a cabo su destino. El niño deja, pues, de ser considerado como un ser receptivo, para transformarse en un ser creador y todo proceso educativo debe partir de las inclinaciones naturales del niño, para expresarlos en acción. Tales son los principios fundamentales que sirven de base a su sistema y que cimentaron la organización del kindergarten.

Incidencias de su vida y fracasos sucesivos lo inclinaron a buscar apoyo en la mujer, a la que principalmente se dirige, con el propósito de interesarla en su obra educativa. Trató, pues, de fundar institutos, donde a la par que fueran educados los niños, sirvieran de centro de observación y enseñanza para todas las mujeres amantes de la infancia. Así nació en él el entusiasmo por la educación de los niños de la primera edad, preocupándose de buscar ocupación al niño desde su nacimiento. En junio de 1837 creó en Blankenburgo (Turingia), el "Instituto para el cultivo de los impulsos de ocupación de la niñez y la juventud" y publicó su sistema con el título de *Medios de juego y ocupación para la infancia y la juventud*. En junio de 1839 inauguró la "Institución para juegos y ocupaciones", también en Blankenburgo, con una base de 40 a 50 niños, de uno a seis años de edad, donde todas las tardes, de tres a cinco, se dedicaban a los juegos, en cuatro secciones distintas, encomendadas a un director. En junio de 1840 estableció el Jardín Alemán Infantil. En noviembre de 1845 fundó en Annaburgo de Torgau un Jardín de la Infancia, en 1846 en Keilhau con un curso de formación y enseñanza de Jardineras Infantiles.

El juego, era en la idea de Froebel, como representativo de la actividad espontánea más característica del niño, la base del proceso educativo en los primeros años de edad, como resultado directo de sus intereses nativos, pues por él se introduce en el mundo de las relaciones sociales, adquiere el sentimiento de la independencia y la ayuda mutua. Con el juego, el trabajo constructor forma el comienzo y fin de la actividad educativa. El trabajo manual como finalidad creadora, desenvuelve las aptitudes del niño, pues el uso de cualquier objeto material sirve en la escuela para saber lo que el niño puede hacer con él.

Las ideas características de su sistema eran, pues, el desarrollo individual como fin, la actividad espontánea como método, la cooperación social como medio. El desenvolvimiento de las energías que nacen larvadas en el individuo, deben ser despertadas, no provocadas por el educador, debiendo la acción de éste limitarse a apoyar la actividad del alumno, sin prescribir ni determinar su conducta. Hay también un orden en la aplicación de los medios de enseñanza, siguiendo una serie decreciente, desde el conocimiento de los cuerpos, a las superficies, líneas y puntos, pues "todas las manifestaciones del espíritu y de la vida, así como toda dirección de las mismas, van unidas a ciertos grados de desarrollo, determinados, precisos y completos por sí mismo".

La enseñanza se realizaba por ejercicios distribuidos en cuatro series o grupos: *Primer grupo: Movimientos rítmicos, marchas, juegos acompañados de cantos.* Los juegos lo constituían escenas de la vida diaria o algún acontecimiento de actualidad, que importaba la observación, previa a la imitación consiguiente; movimientos del agricultor, como siembra, cosecha y trilla; del tren con sus numerosos vagones; de los pájaros que vuelan del nido y vuelven; la rueda del molino que da vueltas por la acción del agua. A cada juego lo acompaña un canto que lo define. Tienden a fortificar y desarrollar los músculos del niño, a desarrollar su espíritu de observación, su sentido musical, organizar el juego elevando el nivel de los placeres en general.

2º grupo: Cultivo de pequeños jardines. Importa un alto concepto educativo: representa el rincón de la tierra donde está cada uno y el bienestar de poseerlos hace que inspire el respeto

a los de los otros. A más, por su conducto se lo aproxima al niño a la naturaleza, que debe ser estudiada como la vida, es decir, la planta como desenvolvimiento, el animal como actuación, el órgano como función. Pero para él la idea de la naturaleza estaba vinculada a la de la percepción interna espiritual que su contacto produce en el niño. Decía: "Si la naturaleza toda entera nos enseña a conocer el bien y el mal, en ninguna parte no lo hace de una manera más viviente, más tranquila y eficaz, que en el mundo de las plantas y las flores".

3º grupo: *Gimnasia del ojo y de la mano*. Comprende la educación de los sentidos, tendientes a desarrollar la mano y hacerla adquirir una cierta destreza, a desarrollar el golpe de vista, hacer adquirir el conocimiento de la materia y de su manejo, inculcar nociones de tamaño, número, etc. Es aquí donde concentra el eje de su sistema, dentro del concepto de que el jardín de infantes no debe olvidar el desarrollo general del ser, dedicando la misma atención para todos los sentidos, cuidando el ojo para habituarlo a ver bien, el oído para enseñarle a oír y escuchar bien, como a la mano, gusto, olfato, tacto; tampoco debe descuidar las facultades intelectuales, dejándolas enervarse, y al ocupar los sentidos, desenvolver la atención, la reflexión y el juicio.

De allí que el material de ocupaciones se desarrolle en sus seis dones, que contemplan el criterio de gradación: A) *Sólidos*: *Primero*: la pelota, como representación del cuerpo más simple; *el segundo* una bola de madera y un hexaedro o cubo cuyas aristas son de la misma dimensión que el eje de la bola.

Así como el primero permite conocer los distintos colores que presenta la pelota, éstos dan idea de la forma. Los 3º, 4º, 5º y 6º dones resultan de la división del hexaedro en distintas partes iguales, con lo que se consigue despertar en el niño el orden, la atención, la paciencia, la perseverancia, la exactitud y el cuidado. A los dones, acompañan con cantos rimados, los medios de ocupación; B) *Superficies*: cajas con formas semejantes a las cristalinas, de gran diversidad, con las que se da lugar, en combinación con partes recortadas, a formas nuevas; cajas con 4 a 56 tablitas de combinación; superficies en papel: plegado, recortado, tejido. C) *Líneas*: bastoncitos para trabajos de enla-

zamiento, obras con pequeñas arvejas, juego con hilos, anillos. D) *Método* de dibujo. E) *Punto*: perlas, picaduras, botones, encajes. F) *Material sin forma*: modelado, arena y arcilla.

4º grupo: *Conversaciones, poesías y cantos*. A los juegos, actividades constructivas, agrega historias, poesías y todo lo que pudiera proporcionar al maestro elementos para dirigir y despertar las actividades del niño. Cuentos maravillosos, de esos que encierran alguna verdad profunda bajo una forma graciosa; fábulas, cuyos personajes, tomados del mundo animal o vegetal, presentan el cuadro de la creación activa y fiel, realizando su obra en la naturaleza llena de orden y de paz: historias del mundo que nos rodea, historias de todos los días; pero nunca cuentos ni historias con malos ejemplos. Cantos y poesías simples y sencillas, de sentido educador, como para dar al niño, con la emoción estética, la calma y docilidad a que predisponen las melodías dulces y graciosas.

Después de la muerte de Froebel, acaecida en junio de 1852, una de sus discípulas más consagradas, la Baronesa Berta von Barenholtz Bulow Wendhausen, continuó con empeño la propaganda en pro del Kindergarten. Habiendo prohibido el gobierno alemán su funcionamiento en Prusia, se trasladó a Londres, donde dió conferencias, conquistando el apoyo de Carlos Dickens, que publicó en su diario *Household Words*, una serie de artículos sobre Froebel. Expuso después las ideas froebelianas en París, Italia, Suiza, Holanda, Bélgica, Rusia, y en 1861 volvió a Alemania. En París, donde retornó en 1855 y permaneció cerca de dos años, fué acogida con simpatía en los medios más diversos: la Junta Central de los Asilos de Niños, presidida por la Emperatriz, propició su iniciativa y dispuso una experiencia práctica, que se realizó en el Asilo de Niños dirigido por la señora Pape-Carpantier. La señorita Julia Mallet, el señor Marbeau, fundador de los "crèches" o Asilos Maternales, estimularon sus esfuerzos; atrajo igualmente la atención y el apoyo de los discípulos de Fourier y la del filósofo Augusto Comte. En 1856 se creó una Junta de Patronato de las Jardines de Infantes y se fundaron numerosos establecimientos para la aplicación de los principios froebelianos. En Bélgica y Holanda recogió muchas adhesiones, obteniendo que el escritor belga F. Jacobs redactara en

francés un *Manual de los Jardines de Infantes para el uso de las maestras y madres de familia*. En 1860 obtuvo la adhesión de Edgar Quinet y Michelet, quienes acrecentaron la propaganda favorable a las ideas del sistema. En 1867 fué invitada a hablar en el Congreso de filósofos reunidos en Francfort, con el propósito de estudiar el movimiento educacional contemporáneo y después de oír su disertación se constituyó una comisión permanente, con la denominación de "Unión de Froebel", formada con el propósito de estudiar el sistema. De entonces data la expansión de los Jardines de Infantes, tan hostilizados en sus principios, para ser después instituidos oficialmente en toda la Europa Occidental.

En Estados Unidos, que es el país en el que ha adquirido mayor desarrollo, Carlos Schutz, discípulo de Froebel, estableció en 1855 un Kindergarten alemán, en Watertown, Winconsin. Posteriormente se establecieron otros diez kindergarten organizados por comunidades alemanas. El primero de lengua inglesa fué fundado por la señorita Isabel Peabody, en Boston, en 1860, instituto particular, no oficial, y en 1868 una escuela para la preparación de maestras de Kindergarten, también en Boston, por la señora Matilde Kriege y su hija, bajo el patrocinio de la señorita Peabody. En 1872 se estableció uno similar en Nueva York, destinado a la enseñanza de maestras para kindergarten, por la señorita Maria Boelte y en 1873 su discípula la señorita Susana Blow, aceptó la invitación del Inspector William T. Harris de San Luis, de dirigir el primer kindergarten oficial de Estados Unidos. San Luis llegó a ser el centro de difusión de los kindergarten públicos en todo el país. En 1874 Chicago contó con el primer establecimiento de este género, multiplicándose en forma tal, en toda la República, que en 1919 Estados Unidos contaba con nueve mil kindergarten públicos y mil quinientos particulares.

Entre nosotros, la ley nacional de Educación, del año 1884, prescribe expresamente la obligación de parte de los encargados de la dirección de la enseñanza primaria, de establecer: "Uno o más Jardines de Infantes, en las ciudades donde sea posible dotarlos suficientemente". El Consejo Nacional de Educación, en sus cincuenta años de existencia no ha organizado uno solo en toda la República. Ha manifestado la más absoluta despre-

ocupación, a pesar de requerirlo en forma imperiosa las modalidades especiales de la población de esta ciudad. Se ha preocupado de instituir tipos de escuelas que la ley no autoriza y ha olvidado las que ésta prescribe. Si ha tenido veleidades de beneficencia al constituir los comedores escolares, ¿por qué más bien, respondiendo a necesidades indiscutibles y al cumplimiento de funciones impuestas por la ley, no ha tratado de organizar *dos* Jardines de Infantes, por lo menos, en cada distrito escolar? Ciudad de población heterogénea, con hogares deficientes, en los que los niños de la primera infancia no encuentran dirección adecuada que les facilite la tarea en la edad escolar, con dificultades de idioma y de costumbres, ninguna como ella impone con mayor exigencia la multiplicación de estos institutos. Tampoco tenemos escuelas de retardados, ni existe preocupación alguna por abordar con seriedad estos problemas de la enseñanza.

En 1884 se creó el Jardín de Infantes de Paraná y por decreto de 31 de enero de 1885, durante la presidencia del general Roca, siendo ministro de Instrucción Pública el doctor Eduardo Wilde, se constituyó el kindergarten Normal, encargándose la dirección y profesorado de la materia a la educacionista norteamericana señora Salié C. de Eccleston y auxiliar a la señorita Dolores Aranzadi. Este establecimiento dió excelentes maestras, pero alejada la señora de Eccleston de la enseñanza, después de haber dirigido en esta ciudad, en 1897, el kindergarten que funciona en la escuela normal N° 1, desapareció el curso normal, para ser restablecido al restaurarse la Escuela Normal Superior de Paraná, en 1931, por el Ministro Padilla, conjuntamente con la organización de una sección para niños retardados y anormales, y volver a ser de nuevo arrasado, en 1932, por la incomprensión e incompetencia de la función ministerial. ¡Ha sido, indudablemente, ésta, una medida agravante para la cultura del país!

Y así, en la ciudad de Buenos Aires no existen sino dos Jardines de Infantes, correspondientes a los cursos de aplicación de las escuelas normales Nos. 1 y 3, y en algunas ciudades de provincia, dependientes del Ministerio de Instrucción Pública. No hay, es cierto, personal preparado en esta especialidad, por la inexistencia del curso normal pertinente, pero tampoco existe de

parte de los poderes públicos la preocupación que la docencia reclama.

La Municipalidad tiene en esta ciudad, un Jardín de Infantes, en un lugar apropiado a la naturaleza de su función, y que no tiene un carácter docente exclusivo sino más bien de beneficencia. Recoge los niños a las 8 h. de la mañana y son retirados por los padres a las 18 h. de la tarde, de tal manera que pasan el día, en su casi totalidad en el Establecimiento. Es, pues, una mezcla de "asilo maternal" y kindergarten, dentro de las atribuciones que corresponde a la Municipalidad. Pero aún no ha definido su carácter, pues está bajo la dependencia de la Asistencia Pública, con las limitaciones de su régimen interno que le impone la intervención de dependencias que desconocen su naturaleza. Sería conveniente prestarle la atención que su importancia reclama (1).

No hay en el Kindergarten Argentino un sistema uniforme de aplicación orgánica. Fundado bajo la influencia del sistema norteamericano, basado en el método froebeliano, declinó después para tener actualmente el régimen que les imponen las direcciones de las escuelas normales, más bien preocupadas en la formación del Magisterio y del Profesorado, que en la de una atención prolija a institutos que allí no tienen función, pues no existe el curso normal correspondiente al Kindergarten. Creemos que deben formar parte de las escuelas primarias y que el Consejo Nacional de Educación debe abordar de lleno una organización que la ley prescribe.

ANGEL ACUÑA.

(1) Autor de la ordenanza creadora de la Institución de los Kindergarten municipales fué el director de Nosotros, Roberto F. Giusti, mientras ejercía el cargo de concejal. El primer Kindergarten, en edificio propio, fué inaugurado en 1927 por el Intendente Noel. Desde entonces la Institución ha vegetado, sin que nadie haya pensado en ella — así los intendentes Guerrico y Naón— sino para pretender matarla. Todo cuanto dice de ella el autor de este artículo, es exacto. Qué carácter y proyecciones debió tener, puede leerse en Nosotros, en el N° 185, de enero de 1925, donde se publicaron la ordenanza y sus fundamentos.

N. DE R.

UNA NOVELA URUGUAYA (*)

I.—Posición

EL año 1933 ha de quedar en nuestra literatura como un hito que marca la evolución de nuestro pintoresquismo colorista hacia la madurez de una realización entrañable.

Esta función trascendente, la han asumido aún a pesar de ellas mismas, dos obras de singular significación: *Sombras sobre la tierra* de Francisco Espinola y *La Cruz de los Caminos* de Zavala Muniz. Ambas, con ser tan diferentes en su realización artística y aún en su intención — más sociológica la segunda, más humanamente desinteresada la primera —, están henchidas de tal contenido amoroso, de tal entraña de piedad dentro de sus contornos realistas, que han llegado a tiempo para salvar a nuestra literatura de ese nativismo de guitarra y poncho que estaba en camino de convertirla en una cosa informe, odiosa y falsa, por obra de los imitadores sin talento de una tendencia sana y fecunda que nos ha dado obras de alto contenido artístico y perdurable valor en nuestras letras. Ni más ni menos que un éxito fácil y un negocio provechoso transformaron en la España de pandereta y castañuelas a un país rico de contenido anímico y de entraña fecunda.

Zavala Muniz y Francisco Espinola, en sorprendente coincidencia de época — sorprendente para quien no es capaz de comprender la coincidencia en madurez, de los frutos — han roto con sus obras la cáscara brillante, coloreada y artificiosa de nuestra literatura gaucha, para morder a plenos dientes en la pulpa amarga y sufridora de su contenido humano de dolor y de miseria.

(*) SOMBRAS SOBRE LA TIERRA, de *Francisco Espinola (h.)*. Sociedad Amigos del Libro Rioplatense. Montevideo, 1933.

Dos aspectos totalmente diferentes de ese dolor, en dos obras también diferentes en género y realización — novela y drama —, prueban hasta qué punto es rica la materia artística de nuestra realidad, y cómo basta solamente agregar al talento de nuestros escritores, una dosis de corazón y otra de valentía, para darnos obras maestras de originalidad en ese campo que había agotado ya su pintoresquismo superficial, con la imitación de caracteres y situaciones de largo tiempo divorciados de la actualidad punzante y viva de nuestro medio.

Explotados una vez más nuestros gauchos — diría Zavala Muniz — han visto transformarse en vacua literatura, su carne de fatiga y de miseria, para distracción de ociosos y pedestal de vanidades.

Hemos de ocuparnos hoy solamente de la primera de estas dos grandes obras que constituyen — por fin — en nuestro medio, literatura seria, profunda, hecha al mismo tiempo que con talento, con *sustancia humana*, con dolor vivido, con entraña palpitante, que hace de tales libros mucho más que obras literarias: obras de amor, ofrendas de solidaridad en el gran sufrimiento y el tremendo problema que es la vida.

Sombras sobre la tierra es una obra de tal trascendencia humana y literaria, que rompe los planos de la novela nuestra, para alcanzar — ¡cosa admirable! — sin perder su condición esencialmente artística, significado de humanidad, de protesta y de rebeldía. Con razón, con honda razón se abre el libro bajo la advocación del versículo evangélico de San Lucas: “Y como llegó cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella”.

Porque todo el libro es, precisamente, esto: el llanto de un corazón generoso, henchido de piedad y de amor por los miserables, frente a la culpa de la ciudad indiferente y cruel.

Francisco Espínola ha bajado al infierno del arrabal, del arrabal pueblerino, que es como la esencia concentrada de todos los arrabales, — ignorancia, miseria y vicio — acompañado él también por su Virgilio — una inmensa misericordia apostólica — sin cuya compañía no se atraviesa impunemente los círculos fatídicos que se le olvidaron a Dante.

Ha bajado al barrio de ranchos y de latas que ciñen en cinturón de angustia a nuestros pueblos de campaña, sin olvidar

tampoco a nuestra orgullosa capital, y cuyo solo aspecto, contemplado al pasar desde el vagón ferrocarrilero, nos encoge el alma con la visión externa, apenas entrevista, sin embargo, de sus dolores y de sus miserias.

Espínola no se ha contentado con contemplar de lejos el cinturón de angustia: ha bajado a los círculos dantescos, y ha regresado con la marca imborrable dentro de su corazón. Para no sucumbir, le ha sido preciso tender un velo piadoso de poesía y de amor sobre la tremenda realidad, para que su espectáculo de horror no le robara para siempre el valor de seguir viviendo en la complicidad colectiva de tanto dolor y tanta infamia acumulados.

Surge de las páginas de la magistral novela, el grito de su rebeldía; se agranda en nuestros oídos, asorda nuestro corazón con su mudo clamor, sin que la novela adquiera, ni por un momento, estridencias de polémica, inarmonias de proselitismo.

Y esto es, acaso, lo más admirable de este admirable libro. *Sombras sobre la tierra* no deja de ser, en ningún momento, una obra de arte, una sombría obra de arte, sin la más pequeña escoria de sentimentalismo dulzón; de ese sentimentalismo romántico que hacía estremecer a Baudelaire frente a *Los Miserables*, que le merecieron el juicio cáustico y definitivo como una sentencia inapelable: "Ce livre est immonde et inepte". (Baudelaire, *Lettres a sa Mère*. Calman-Lévy, París, 1932). Espínola está tan lejos del sentimentalismo blanduzco de Hugo como de la intención propagandista de Zola. Su realismo, de una desnuda crudeza en los detalles, no tiene tampoco la objetividad, la imparcial observación documental de *La Fille Elisa* o de la *Germinie Lacerteux* de los Goncourt.

Más cerca, por la intensa poesía con que envuelve a sus criaturas, está de la impresionante *Maia* de Gantillon, con la que se emparenta estrechamente, aunque con mayor intención misericordiosa todavía.

II.—Poesía

Hay en *Sombras sobre la tierra*, dos elementos, estrechamente, íntimamente entremezclados, y que dan tono persona-

lísimo a este libro, uno de los más vigorosos y densos que se hayan escrito hasta ahora entre nosotros.

El que hiere más directamente nuestros sentidos espirituales es un elemento de intensa poesía extendido como un velo sobre la realidad dolorosa; que difumina sus contornos, disimula sus miserias, y permite leer el libro sin la congoja atroz que, de otra manera, nos hubiera doblegado bajo su peso de horror. Poesía que fulgura en imágenes de poderosa sugestión, de belleza fuerte y delicada; con que se entreteje el estilo todo del autor subyugándonos bajo su encanto: "Han pasado muchos días. Pero al invierno le cuesta levantarse y seguir la vuelta. En sus esfuerzos hiela, llueve, sacude las cosas de la tierra. Y toma aliento. Y se debate..."

"Era una flor azul junto a aquellos ojos azules, llorando inmóviles, abiertos. Tenía un tallo largo... Y siguió hacia el arroyo; la sacudía en la bombacha al caminar. Cuando la alzó a los ojos..."

"Era una flor azul, quebrada casi toda. La dejó caer... Cayó en la barranca... Iba hacia abajo, hacia el gran río, tendida sobre las aguas veloces, tirando de su tallo, la flor azul..." ("Cayó la flor al río. Y en el oscuro légamo, derramó su perfume. Se ha marchitado. Ha muerto...") ¿No es cierto que involuntariamente vienen a la memoria, los versos de *Tabaré*?

Pero he aquí otras que no nos traen ninguna reminiscencia: "Ah, la calle parece, ahora, un extraño cementerio de tumbas en doble fila que se estrecha delante y detrás del que transita..."

O esta otra: "La pobre aurora vigilante en los abismos para dar, manchada de luz, sucia de luz, la voz de alarma bajo el horror del lucero inmóvil de espanto!..."

Y ese estupendo poema de la noche, extrañamente, profundamente hermoso, que podría perfectamente desengarzarse del libro y seguir viviendo con vida propia junto a los más bellos que se han escrito sobre el tema. Y luciría más aún en la soledad desnuda de su belleza perfecta: "Oh noche, donde las sombras descienden al corazón del hombre, por donde suben las sombras del corazón del hombre, en donde el hombre envuelve en sombras su corazón!..."

Sería imposible citar todas las imágenes de tan intensa be-

lleza que pululan en un deslumbramiento de riquezas. Todo a lo largo del libro, el tono poético da a la obra, en su extraña combinación con el elemento realista, un absurdo carácter de poema, el poema del Bajo, si es posible juntar en uno estos dos conceptos, como, sin embargo, lo ha conseguido Espínola a fuerza de lirismo.

Poesía que no está solamente en el estilo, sino también en la maestría con que nuestro escritor maneja el claroscuro del ensueño, y pasa de éste a la vigilia, y de la vigilia a la pesadilla, en un continuo fluctuar de lo consciente entre la ensoñación y el recuerdo.

Poesía que embellece la fealdad, redime el vicio, pone en el rostro marchito de las mujeres malditas, fresca de juventud, y en las almas gastadas, ensombrecidas de tinieblas, fulgores de bondad angélica. Poesía que destaca con tan resplandeciente luz las aristas divinas en el barro humano, que quedan ellas solas brillando en la oscuridad opaca que les sirve de terciopelo sombrío para destacar su brillo. Poesía que estiliza hasta levantarlos a la categoría de símbolos, sin que pierdan por eso su palpitante humanidad, a los seres que se mueven como eternizados en sus gestos y actitudes cotidianos: el viejo Mangunga recitando los versículos de la Biblia en medio de los más vulgares menesteres de su vida miserable; el jorobadito Carlin, la víctima de una mano de mujer, harpía más que mujer; y cuya fuga de la casa es un poema de extraordinaria ternura, que culmina en un detalle de honda y enternecedora humanidad: la muerte del cardenal azul en el bolsillo del niño dormido; los dos indios hermanos frecuentadores de las tabernas nocturnas; los cuatro hermanos Falero, tintineantes de medallas y relicarios. Todos estos personajes se mueven, actúan, sufren, se emborrachan y asisten a los velorios, como el coro de la tragedia griega que comentara y diera realce, no con sus cantos, sino con sus vidas mismas al personaje central, el contradictorio y humano Juan Carlos, cifra y eje único del libro.

Toda esta carga de poesía legítima, poesía nacida de un hontanar de ternura recóndita, hace gravitar la obra hacia un polo poemático de extraordinario lirismo. Se extiende, diluida como luz de luna sobre las *sombras* que oscurecen la tierra; les

da un aspecto nuevo, casi fantástico, sin quitarles por eso su realismo, como no pierden su condición de árboles, de casas, de barrancos o de olas, las cosas que contemplamos bajo la lumbré embrujadora del plenilunio.

Los hechos son exactos, los detalles de una realidad, de un verismo que llega hasta la crudeza, a veces hasta la crueldad: los hombres y las mujeres, de una humanidad sangrante y viva. Y sin embargo, nada nos choca, nada nos indigna, nada nos subleva. El manto de poesía, la luz de luna, el resplandor de piedad, derramados sobre los seres y las cosas del barrio maldito, transforman la realidad de otra manera insoportable, en este maravilloso poema de ternura y de amor.

Ternura para todas las criaturas, desde la mujer explotada hasta su misma explotadora, víctima convertida contra su voluntad en victimaria; desde el indio maloliente, carne de suciedad y de ignorancia, hasta el atormentado protagonista; desde la novia inocente que no llega a cristalizar en novia, hasta la vieja sirvienta maternal. Para todos tiene Espínola ternura y misericordia; a todos envuelve en su perdón evangélico, porque todos son para él las víctimas de una tremenda sentencia que los doblega a su destino.

No hay en todo el libro una sola palabra de condena, un solo grito concreto de acusación, como si, para el autor, una fatalidad más fuerte que la voluntad humana presidiera las injusticias y los horrores de la vida.

III.—Técnica

Esta carga de poesía que arrastra la novela, determina una técnica diversa a la habitual de este género literario, que es, sin embargo, la técnica moderna más bien que la ausencia de técnica que arguyen algunos. *Novela abierta*, a la manera cara a Pío Baroja, sin principio ni fin, sin la *arquitectura* que deseñarían los novelistas clásicos. *Sombras sobre la tierra* carece, en efecto, de intriga, de nudo, de desenlace. Tres, cuatro, varias intrigas se anudan, se entrecruzan, como los hilos de un complicado tapiz, sin que uno solo quede suelto o perdido en el intrincado dibujo. Veinte, treinta personajes distintos se mueven, viven, se influyen unos a los otros, tal y como en la vida

dependemos de los seres que nos rodean. Esta falta de un esqueleto sólido, esta ausencia de arquitectura, es la falta de esqueleto, la ausencia de arquitectura de la vida misma. La artificiosidad radica precisamente en lo contrario: en aislar a un personaje del ambiente *grouillant* en que se mueve; en recortar los acontecimientos como figuras de papel, y otorgarles, por soberana decisión del novelista, existencia independiente de los otros. La vida no termina nunca de una manera feliz o desgraciada como terminan las novelas, con un hecho que, cuando no es la muerte, es sólo un eslabón más de la serie ininterrumpida de los hechos.

La novela de Espínola, como la vida misma, no se cierra con una lápida definitiva sobre el destino de Juan Carlos. Nada sabemos de él, después de su paseo con la Nena, por la Picada. Hay como un hueco en la novela, como un agujero de oscuridad en el que se pierden las conjeturas del lector, como se han perdido seguramente las de la Nena, en el largo esperar, día tras día, su retorno. ¿Cuánto tiempo esperó ella, inútilmente, el regreso anhelado? La dejó así, sin decirle nada, acaso sin saber él mismo si volvería, tal como ella se lo pidiera en el comienzo de sus amores, intuyendo, por la larga experiencia de sus hermanas de infortunio, el final sin final de estos amores.

Por días y días, se habrá preguntado ansiosamente, desesperadamente: —“¿Volverá?” Y su cerebro dolorido, quemado por las lágrimas que no se pueden derramar, habrá supuesto las más contradictorias posibilidades. La ausencia se ha ido prolongando más que otras veces. Más de lo suponible. Hasta matar toda esperanza.

Y de la misma o parecida manera que ella, se pregunta el lector, desconcertado: ¿qué se hizo de Juan Carlos? En el callejón sin salida de su tragedia interior, ¿le abrió vía más fácil, una bala? ¿Volverá un día al regazo de sus turbios amores? ¿Ha huído a la Capital, que lo ha tragado más completamente, más definitivamente aún que lo hubiera hecho el Bajo? ¿Caerá al fin el olvido apaciguador sobre el corazón dolorido de la Nena? ¿Será el sufrimiento de ésta, condición indispensable a la felicidad de Olga, como es su condición de maldita, el precio necesario de la pureza y honestidad de aquélla?

No lo sabemos. Ni importa tampoco saberlo. Los hechos son

así. Nos asaltan un día sin tomarse la molestia de darnos una explicación de ellos mismos. ¿Acaso sabremos nunca la causa verdadera de tantos acontecimientos, que nos tocan sin embargo, tan de cerca? El enigma nos rodea por todos lados, nos estrecha entre sus mallas, nos aprieta, nos acongoja con la insolubilidad de sus problemas. Y es preciso vivir. Y no sucumbir a sus trágicas charadas. ¡Ay de Edipo, que se atrevió a descifrarlas! Espínola ha querido ceñir su poema a las características de la realidad; y nos ha dado estrechamente entrelazados esos dos elementos que constituyen la esencia misma de su obra: poesía y realidad.

El procedimiento nos recuerda, aunque no exactamente, el de otra novela magnífica, formada por cuadros independientes, trozos de vida sorprendidos por un ojo zahorí que atraviesa techos y paredes para penetrar la oculta realidad de las más diversas existencias que se anudan y desenlazan bajo el cielo gris de Nueva York.

Espínola no sigue precisamente el mismo procedimiento, porque su intento no es, como el de John Dos Passos, darnos una visión sintética de la existencia de una gran ciudad. Pero su técnica participa algo de la sinfonía grandiosa, en la que se cruzan y responden las voces más variadas, surgen los leit-motifs y se apagan diluídos entre el fragor de otros sonos; o se alternan los estrépitos de los cobres con la melodía lírica de los violines. La técnica de Espínola, menos complicada en el conjunto que abarca, adquiere finuras que no tiene Dos Passos, menos lírico, menos poético que nuestro autor. Si lo recuerdo, es para señalar lo moderno y eficaz del procedimiento.

Con menos arquitectura si cabe, con mayor ausencia, puesto que total ausencia de arquitectura, el célebre *Ulysses* de James Joyce parece haber dado a nuestro magnífico novelista, algo de su extraordinaria maestría en traducir — maravilloso triunfo de la técnica! — el estado semiconsiente entre el ensueño y la vigilia, el divagar de la conciencia que se deja ir en turbia correntada de sensaciones y recuerdos.

Espínola traduce admirablemente estos estados. En su novela ocupa parte principal el ensueño, el recuerdo, la duermevela. Carlín sueña despierto, cuando junto a Juan Carlos, en vis-

peras de elecciones, revive la huida de la casa de *tío* Juan Gamarra; sueña despierto, y revive sus sueños de entonces. Y el recuerdo, el ensueño y la vigilia, tejen y destejen en su mente, las madejas del ayer y del hoy, hasta que la voz de Basilia lo saca bruscamente de su mundo de recuerdos y visiones.

Sueña Juan Carlos su pesadilla atroz de la marcha del Bajo sobre el pueblo, una página apocalíptica de sombría belleza. Toda la vida de Juan Carlos es un ensueño del que despierta de pronto violentamente, en la violencia. Sueña, vive sus alucinaciones con intensa realidad, oye las voces que le hablan, ve claramente, con la precisión de las cosas vivientes, los fantasmas que embargan su mente en una como constante alucinación. ¿Dónde empieza la realidad? ¿Dónde concluye el sueño?

La imagen de su madre se superpone a la imagen presente de la Nena. Lucha él contra lo que juzga una profanación. Pero la imagen es tan viva, la identificación tan absoluta y tan independiente al mismo tiempo de su voluntad — no pudo a pesar de su esfuerzo evocarla junto a su casi novia — que se entrega completamente a ella, y deja desbordar su corazón sobre el regazo de su amante extática. Y de pronto, un detalle vulgar y cotidiano de la triste realidad tan absolutamente olvidada en su deliquio, lo despierta brutalmente de su ensueño. Y pasa sin transición del arobo a la cólera y a la violencia, que descarga sobre la desdichada mujer, como castigo de su propia inconsciencia.

Sueñan también los otros personajes de Espínola, hasta los secundarios, hasta los insignificantes, y despiertan de pronto, y contemplan con ojos alucinados la realidad que los circunda. Sueña el indio bajito que “ha estado bebiendo desde temprano de la noche en lo de “El Tuerto”, y la flor azul se le ha aparecido empecinada, en la mente”.

“...El tuvo una flor en el ojal del saco. Era una flor azul...” Lo despiertan las exclamaciones de los que llegan, las preguntas que le dirigen, y a las que contesta mecánicamente para caer otra vez en su divagación: “...Era una flor azul. Tenía al medio una cosita blanca. Era...” —¿Cuatro riales? Ta bien, güenas!— ...Era una flor azul en el ojal del saco. El se la fué quitando despacio. Hasta que ella alargó la mano. Pero al ir a agarrarla...

“...Era una flor... ¿eh, yo?... Caña chica... Era una flor azul... ¡Grande no, chica! ¡Salú!... Era una flor azul. Y ella también tenía los ojos azules. Y él un caballo de ancas...”

Y así continúa, terca, la alucinación, hasta que cae el sueño borrándolo todo en la conciencia ya turbia por el alcohol, del indio de lo de “El Tuerto”. Sueña en la hija del capataz Echa-güe el domador que llega a la *pensión* de doña Zulema, mientras la Nena se le trasmuta así, entre los brazos, en la mujer que él desea.

Sueña Iracema, o recuerda, mientras la enfermedad la sume en las lindes de la muerte, y revive con la nitidez de los agonizantes, el día de su boda, cuando en un carruaje de llantas de goma, en un día de primavera, se sentía completamente feliz junto al esposo que acababan de darle. “Ah, va veloz, y silenciosamente a través de los campos, deslizada por un coche de cuatro caballos, por el Arerunguá! Y aspira el perfume de un jazmín del país, blanco de florecillas, que hay frente a una Estancia grande, con rejas de hierro en puertas y ventanas... Un jazmín donde... Pero es Miranda el entrerriano, el que está a su lado... Es él quien le estira el pie para que estribe y se siente en las ancas de su pangaré... Iracema hace un esfuerzo por retener las ideas, y perdida la conciencia, se queda dormida...”

Sueña la Nena sus sueños más alucinantes cuanto más desgraciada la hace su violento amante, y sin saber leer, descifra en la carta tomada del bolsillo de Juan Carlos, las frases que le dicta su deseo: “¡Yo no quiero más que a la Nena! Por eso no podré ser nunca más tu novio. No iré más a tu casa. No te escribiré más...”

Pero su sueño más hermoso, su sueño espléndido, lo sueña junto al viejo Mangunga, cuando ya abandonada bebe las promesas maravillosas de la estupenda predicción de Isaías...

Todo el libro de Espínola es un sueño... Sueño de amor, de misericordia, de ternura. La imaginación preside, como la suprema deidad taumatúrgica, el proceso de esta magistral novela.

De este divagar dentro de la realidad, de esta ensoñación que es como la raíz misma de la que se alimentara la vida psíquica de los personajes de Espínola, deriva la técnica de nuestro

novelista. La trama sutil de los sueños, íntimamente entretejida con los acontecimientos reales, se desenvuelve a lo largo de las páginas de *Sombras sobre la tierra* en un proceso artístico tan fino y maravilloso, como no había sido realizado hasta ahora por ninguno de nuestros escritores.

Agreguemos desde ya que en ello no existe la menor preocupación freudiana; ninguna intención deliberada como la que quita eficacia a algunos dramas, sin embargo punzantes, de Le-normand. El subconsciente existe en todos los personajes con una fuerza y un vigor tanto mayores cuando menor es la lucidez mental de los habitantes del arrabal. Pero lo que hace grande a la obra, es que este subconsciente existe *a pesar* del autor, brotado de la observación directa, de la creación legítima y viviente de sus criaturas, pero nunca deliberada y artificiosamente colocado por él. Y en esto también se acerca a aquel discutido escritor irlandés cuya larga e impura odisea a través de algunas conciencias, pone a prueba la resistencia moral e intelectual de sus lectores.

IV.—Juan Carlos

El núcleo central de la novela de Espinola, lo constituye la psicología de Juan Carlos. Acaso toda la novela esté construída con esa única y deliberada finalidad. El Bajo existe porque él es la preocupación, el imán, la perenne atracción que obsede al protagonista. Es para él, “un vaciadero, sí. Pero también es un refugio”.

Las mujeres malditas, las tabernas, los miserables que las frecuentan, Mangunga, Olga, Carlín, Basilia, hasta Milonga y Tupambay o Coco no son sino el ambiente, las condiciones necesarias a la vida psicológica de Juan Carlos.

Adquieren vida, realidad, movimiento, existencia, en una palabra, porque sin ellos no existiría la tragedia anímica de aquél. Toda la ternura, toda la piedad que rebosa el libro, es ternura, es piedad, es amor hacia el joven. Como la pulpa sabrosa y perfumada del fruto en sazón, sólo existe en función de la semilla que lleva oculta, así la pulpa lírica de esta magnífica obra, no tiene más razón de existir que su semilla, la psicología de Juan Carlos.

Los personajes, las cosas, los seres desamparados que se mueven víctimas de la fuerza superior de su destino son, más que figuras de la realidad objetiva, creaciones del mundo apasionado y sensible de Juan Carlos. La pintura del Bajo no es una pintura realista, sino la cinta que se desenvuelve en la mente y el corazón del protagonista. Esos hombres y esas mujeres, embellecidos en una especie de redención piadosa que nos muestra solamente su aspecto angélico, tal vez real y exacto, pero no único, son las imágenes que ellos han dejado en el espíritu de Juan Carlos, que, como un lente amoroso, se interpone entre la miseria, el vicio, la sordidez humana, y la visión lírica que nos ofrece Espínola.

El amor que derrama Juan Carlos sobre todas esas criaturas dignas de toda su piedad, se traduce en una obstinada negativa a darnos su cara de sombra, que les falta para ser completamente humanas. La ternura de Juan Carlos, como una verdadera ternura materna, se rehusa a admitir los defectos de sus criaturas, y las embellece al suprimir como inexistentes, sus imperfecciones. ¡Eternecedora exaltación de la piedad!

El libro adquiere así, por virtud de esa embellecedora ternura, una extraordinaria virtud lírica, que lo levanta sobre toda esa miseria acumulada, hasta el reino de una completa redención. Es como una absolución, como un inmenso baño de inocencia con que el autor purifica los antros, y devuelve a sus víctimas su perdida condición de hermanos nuestros, que la sociedad cruelmente les quitara.

Espínola ha creado a su personaje central con minuciosidades de madre, con cariño de entraña, derramando sobre él toda la fuerza, todo el poder, toda la eficacia de su talento creador. Y ¡cosa curiosa!, esta criatura que es la más cara, la más estrechamente unida a su autor por los lazos de la creación, no beneficia de la exaltación piadosa que embellece de ternura a los demás actores del drama. El lente amoroso que es Juan Carlos, no se interpone entre él mismo y su creador. Esta criatura, modelada con tan amoroso cuidado, que llega a veces a la pasión, no ha cegado sin embargo a aquél. Ninguno de sus defectos ha sido ocultado, ninguna flaqueza le ha sido perdonada, como si Juan Carlos, por virtud misma de su superioridad espiritual, no

mereciera como los otros esa extraña compensación artística que el autor derrama a manos llenas sobre los míseros habitantes del arrabal. En ocasiones, llega éste hasta la crueldad con su criatura, sin embargo más querida que todas. Lo ha observado con ojo zahorí, agudo de clarividencia. Su mirada desnuda ha escudriñado sus entrañas, sin que su piedad por la desventurada criatura, le haya velado ninguna de sus imperfecciones. Hasta llega, involuntariamente, a hacerle sufrir, se diría que como en expiación de una culpa que él sólo conoce, tormentos que semejarían un castigo impuesto por una conciencia afinada hasta lo absurdo.

Y ha creado así *un hombre*. Un hombre superior a lo normal por sus sentimientos de extraordinaria fraternidad humana, por su piedad casi apostólica, por su ternura casi femenina, por la sensibilidad casi morbosa de su conciencia atormentada. Pero, *nada más que un hombre*. Y nada menos, tampoco. Y esto solo constituye su grandeza.

La perfección de las criaturas modeladas con excesivo amor por sus autores, acaban generalmente por deshumanizarse a fuerza de virtudes; por perder su condición de seres vivientes para convertirse en arquetipos que dejan por eso mismo de interesarnos. La sugestión tremenda de la novela rusa, con Dostoyewski a la cabeza, proviene, en cambio, de la lucha constante entre el anhelo de perfección casi místico, la sensibilidad extraordinaria de las conciencias, y sus flaquezas humanas, sus imperfecciones, sus vicios, sus taras hereditarias.

Juan Carlos no es, sin embargo, una criatura dostoyewskiana. Está todo él dentro de la realidad etnológica y psicológica de nuestro país. No es tampoco un apóstol. No tiene nada de un redentor. Si alguna vez siente impulsos de sacrificarse, ellos pasan, dejando en su alma el amargo sabor de una derrota.

Porque para ser mártir o rebelde, para sacrificarse en aras de sus semejantes o luchar por ellos desesperadamente, es preciso una fe, una fe absoluta, total. Una fe que ciegue con la evidencia de su fuerza, y lo arrolle todo, bienestar, satisfacciones, ambiciones, amores, amistades, estima y consideración social si es necesario, y arrastre al hombre como un torrente invencible, en la embriaguez estupefaciente de la acción. Una fe

que ponga a los costados de los ojos espirituales, pantallas que le oculten las mil distracciones del camino, para dejarle ver tan sólo, limpia, recta, segura, la ruta del sacrificio y de la lucha. Entonces las almas, en cierto modo mutiladas de todo aquello que no es su convicción profunda, van como flechas disparadas, a clavarse en mitad de su destino.

Pero lo que constituye precisamente la tragedia anímica de Juan Carlos, lo que lo hace profundamente humano, y como tal profundamente interesante, es que, siendo un hombre de una sensibilidad afinada hasta la tortura, carece de la fuerza propulsora de una fe. Esta divergencia entre su ideal humano, sus aspiraciones fraternas, y la incapacidad de realización de su carácter, la duda, la vacilación que lo consume, es lo que constituye su angustioso drama íntimo, de que hará víctima, en definitiva, a la criatura más débil que él que le es adicta.

Alguien ha pronunciado, frente al personaje de Espinola, el nombre de Hamlet, de un Hamlet criollo. Dejando de lado la falta inelegante de proporción, vemos en el protagonista de *Sombras sobre la tierra*, una creación psicológica distinta. Lo que atormenta al héroe shakespeareano es una duda puramente intelectualista. Hamlet se plantea problemas de índole filosófica y metafísica, que no tienen solución; y su lucidez intelectual lo inhibe para la acción. Juan Carlos no llega nunca a planteárselos. Su sensibilidad misma le veda la audacia de ciertos pensamientos que conducirían al otro a la convicción de la inutilidad de todo esfuerzo por *deliberada* resolución del raciocinio. Hamlet peca por exceso de intelectualismo, Juan Carlos por exceso de sensibilidad.

En este último hay una como timidez del pensamiento que no se atreve a llegar a las últimas consecuencias de su deducción, que aterrarian su conciencia. Todo lo cual no es, en definitiva, sino falta de decisión, falta de voluntad. Cierta que a veces se presenta al espíritu de Juan Carlos, la duda sobre la eficacia de su intervención y llega a experimentar, "en el horror de la ráfaga glacial de un pensamiento", la sensación de la inutilidad de todo bien al hombre; de que en el fondo, el hombre *más vive de su desgracia que de su felicidad* (1). Que afán de

(1) Los subrayados son del autor del presente artículo.

muerte es el amor, y afán de muerte es el arte y todo pensamiento. . . .”

Pero estas reflexiones se nos antojan, a nosotros, como la excusa que se forja una conciencia para disculparse ella misma, por debajo del raciocinio; y diríamos, a pesar de la contradicción de las palabras, *inconscientemente*, como una voz subterránea que la defendiera ante el tribunal de sí misma. Sofismas que tan hábiles somos en forjarnos, para hallar disculpas ante nuestra propia culpa de indiferencia y de inacción.

Juan Carlos se da cuenta, por ráfagas, de esta culpa que le señala su propia voz interior. Su conciencia le habla en ocasiones con acentos que no pueden enturbiar los sofismas: “El nombre de Lenin, que cruza la América desde Méjico hasta Tierra del Fuego, él lo pronunció en algunas oportunidades, primero que nadie, entre las guitarras, ante las pupilas dilatadas del indiaje. *Pero él no pudo sacudir el yugo; desatarse de la cadena ancestral*. Más allá del razonamiento, más allá de las necesidades del espíritu, algo lo mantenía ligado al pasado de la estirpe”.

He aquí develado completamente el carácter de Juan Carlos. En estas pocas palabras está toda la explicación de su tragedia anímica: “*El no pudo sacudir el yugo; desatarse de la cadena ancestral*”. No hay en él duda filosófica alguna, ninguna falta de convicción intelectual. No hay sino falta de voluntad, el impulso que ponga en movimiento esa máquina, toda pronta ya para la acción; falta de valor para seguir los dictados de una conciencia que él no quiere oír, y cuyas voces acalla con sofismas intelectuales, y expía con terribles sufrimientos. Pero no evitará que le grite un día con acentos que no podrá disfrazar ninguna bella paradoja: “Ya es tiempo que se haga por los hombres *algo más que amarlos! . . .*”

Porque él sabe bien, aunque quiera ocultárselo a sí mismo, que hay alguno culpable de los males atroces, y que “todo el mundo está lleno de Centros y de Bajos, *de pulpos chupadores de vidas* y de hombres escapados a sus tentáculos, perdidos en el oscuro instinto de la libertad que no se quiere entregar”. Y entonces, la virtud de su íntima, inconfesada verdad, le inspira apóstrofes que tienen toda la fuerza de las visiones apocalípticas: “¡Hijos de los Bajos del mundo, bajadlo todo a la tierra! ¡Pu-

rificad, enterrad! ¡Que no quede piedra sobre piedra! Han invadido los campos, dejando tras de sí los alambrados, como la babosa su estela. Mío el árbol que se ofrece ciego, todo extendido en ramas hacia los cuatro costados. Mía la carne que se desangra, mirando sin oomprender el sacrificio. Mío el hermano muriéndose por el sudor, levantador de mi techo, que por ser mío, será para mí solo. Mía la máquina, ahora... ¡Fuera, hombres lentos, hombres que os fatigáis, hombres que queréis vivir, amar, tener mujer, hijos!... ¡Los que necesitáis dormir, fuera!... ¡Y los hombres descoloridos de hambre, frente a las máquinas relucientes de grasa! ¡Ah, ni una piedra sobre otra!...” Juan Carlos sabe quiénes son los culpables: la ambición, la codicia desenfrenada de dinero, la explotación del hombre y de la mujer, el odio, y la indiferencia, y la cobardía. Y sabe también que todo ello tiene domicilio en el Centro. Sabe bien que “cae una capa de plomo sobre el Bajo. Pero que, allá arriba, en el Centro, a los triunfadores se les pudren los dientes, los huesos se les tuercen y comban, la sangre se les aguachenta, las miradas se les apagan, los cráneos se les pelan”. Porque el Bajo vuelve hacia el Centro su mirada que petrifica, y se venga así de sus verdugos.

No, Juan Carlos no tiene ninguna duda filosófica. Sabe perfectamente cuál es su deber de hombre, la ruta que le marca la solidaridad. Pero no tiene valor para seguirla. Sabe que el precepto evangélico es imperioso: “Dejarás a tu padre y a tu madre...” Pero él no tiene la voluntad necesaria para sacrificarlo todo por sus hermanos de dolor. “¡Ah, si yo tuviera valor! ¡Pero soy un cobarde, un egoísta asqueroso!... ¡Soy un miserable! ¡Yo, sí, yo que parezco tan bueno! ¡Si lo fuera, arrojaría lejos todo lo mío, viviría como esos desgraciados, les enseñaría a matar y a devastarlo todo! ¡Pero temo, temo por mí! ¡Me da lástima de mí!...”

Y esta es su verdadera, su única y muy humana tragedia.

Ama a la Nena, sufre por su condición de mujer del Bajo; pero no es capaz de arrancarla del infierno en que se debate. “¡Y... yo qué sé! Es que soy un atravesado. Si la saco de aquí, si la retiro, me parece que no la querría. Como si yo, para querer, tuviera que compadecer. Como si no me gustara más que lo triste, lo que me da lástima...” Abierta confesión de sadismo,

a donde va a parar en último término su sed de sufrimiento. Esas mismas violencias para con la desdichada criatura que lo quiere con tanta devoción, y que la arrojan sangrante contra los ángulos de los muebles, o la levantan en vilo por los cabellos, y llegan en el refinamiento de la crueldad a arrojarla a la calle como a los perros, y le escupen a la cara “el más amargo dolor de su vida de prostituta; más brutal que el porrazo contra el suelo, más hiriente que los improperios del cuarto”, la sardónica salutación de Año Nuevo; “¡Adiós, ché! Feliz Año Nuevo!”, ¿qué son sino necesidad de ver sufrir para amar y para compadecer, en un sadismo puramente animico, un *sadismo caritativo*, si es posible concebir semejante paradoja? Pero son también, en una complejidad de sentimientos que hacen tan humano a Juan Carlos, una válvula de escape a su drama interior, una como reacción contra sí mismo; una necesidad de probar su fuerza, su poder sobre los demás, de la misma manera que los niños ejercitan sus energías nacies sobre las criaturas más débiles que ellos, animales a los que atormentan con un gozo secreto de hacer sufrir, y aún compañeritos más pequeños, o sirvientes indefensos ante el tribunal indulgente de la madre.

Inconscientemente, Juan Carlos se prueba a sí mismo con estos actos de violencia —la violencia del débil— su fortaleza ilusoria, que ha de expiar tan amargamente después. De ahí la necesidad, luego de ellos, de disculparse ante sus propios ojos, de repetirse hasta el cansancio, y repetir a los demás, a Martín, a Margarita, a la Nena; en una como sugestión de una verdad que se le escapa: —“¡Yo soy un hombre bueno! ¡Yo soy un hombre honesto!” Y luego, dirigiéndose a Margarita: “Tú no sabes hasta qué punto soy bueno! ¡Hay que estar dentro de mí para saberlo! Cuando hago mal, lo pago con qué creces en mi alma! Sin la esperanza de que haya un Dios testigo de lo que no sale de nosotros, sería cosa de pegarse un balazo. Yo quiero a todo. Toda la vida, todas las cosas del mundo! ¡Y estoy solo y ciego!”

En otra ocasión, en un acceso aún más grave de su conciencia, dirá a la Nena: “Ya nunca, nunca más volveré con los míos. *Seré bueno por fin*. Seré espantosamente bueno. Moriré

por tí... ¡Ah, no! ¡Más bueno, más bueno todavía! ¡Mataré por tí!"

Pero esta lucidez de su conciencia, que le marca imperiosamente a veces su deber, se estrella contra la falta de decisión de su carácter. Espínola ha pintado magistralmente la lucha entre la sensibilidad de una conciencia extraordinariamente afinada, y la falta de voluntad de Juan Carlos. Y para justificarse ante sus propios ojos, el joven *mide su bondad por sus remordimientos*.

El concepto de bondad sufre así una extraña desviación. Las luchas de su alma se traducen, en último término, en sufrimiento para los seres mismos a quienes quisiera evitar todo dolor. Pero como él expía atrocemente sus cóleras, sus crueldades de criatura débil, cree que sus sufrimientos lo redimen, en una extraña confusión de sentimientos de bondad y de compensación. Hay en esta confusión, un carácter religioso perfectamente apreciable. El sufrimiento propio, la expiación, redimen al pecador *ante el tribunal divino*; el dolor del remordimiento *compensa* el pecado, en un anticipo de castigo que le será descontado luego en la eternidad. Pero este concepto puramente cristiano y egocéntrico, nada tiene que ver con la verdadera bondad, que se traduce en bienes positivos para los demás. Con razón piensa Juan Carlos que "sin la esperanza de que haya un Dios testigo de lo que no sale de nosotros, sería cosa de pegarse un balazo". Por que sin ese Dios, y sin su juicio supremo, *lo que no sale de nosotros*, no tiene ningún valor, absolutamente ningún valor social.

En el fondo, el héroe de Espínola no es sino un producto de la educación religiosa. Encontramos a cada paso, en su vida, el sedimento que ha dejado en su carácter la lectura de textos religiosos, acaso también la educación de su primera edad. La falta prematura de la madre, ha exacerbado en él este desequilibrio sentimental, desarrollando en su alma la tendencia al remordimiento, al análisis de conciencia, a la valoración excesiva de la expiación, que es el signo más característico de su origen cristiano.

Juan Carlos, a pesar de sus luchas que despiertan en nosotros tan intensa simpatía por la extraordinaria humanidad que palpita en ellas, no es, en el fondo, sino un niño. Por eso dirá

a la Nena, en un arranque de enternecedora sinceridad: "A mí nadie me compadece. Todos me envidian, o me temen o me respetan. *Sólo tú me tienes lástima*. Y por eso te quiero..." Es la voz del niño desamparado, de la criatura débil que busca la protección y el amparo de la mujer. Juan Carlos ha encontrado, por fin, en la mujer que lo ama, esa protección femenina que le faltó al perder tempranamente a su madre. He aquí por qué a pesar de él mismo, la imagen de la madre se confundirá en su alma con la imagen de su amante. Y por qué a pesar de sus esfuerzos conscientes, no conseguirá unir aquella con la imagen de Olga. Subconscientemente, su debilidad de criatura fundirá en un solo sentimiento las dos ternuras activas que en su vida le han dado la sensación de protección que necesita. Todo esto es de una verdad psicológica admirable, y hace de *Sombras sobre la tierra* una novela de una realidad, de una observación, de una humanidad excepcionales.

Pero Juan Carlos es además de un niño, débil como niño, una conciencia, una sensibilidad, una *responsabilidad actuante*. Por eso sus violencias, sus cóleras, terminan siempre en accesos de remordimiento y sufrimientos de expiación.

De la lucha de estos dos elementos psicológicos, nace la enorme humanidad de Juan Carlos, cuyo drama nos llena el corazón de angustia y de ternura. Como el Lázaro de Andreief, *ha visto* con los ojos de su conciencia, que le ha dicho la palabra tremenda, y nunca ya podrá tener paz ni felicidad. El único camino que se abre ante sus plantas, es el único también que no podrá seguir. Y frente a él, en un trágico anonadamiento, desgarrado por la voz que lo llama a la lucha y la fuerza inhibitoria que lo retiene al borde de la resolución, ve deslizarse su vida en una ternura ineficaz que consume sus energías en el dolor de una estéril expiación. Su heroísmo se satisface en gestos pueriles que serían sublimes si reportaran algún bien a los demás, como en ese que pinta mejor que ningún otro su ternura por los miserables, de soportar durante largo rato el nauseabundo olor que despiden los dos indios hermanos: "Lo asaltaron intensas ganas como de llorar; una mezcla de asco y compasión por los que estaban allí, inmóviles, satisfechos de su compañía, los codos en las rodillas, cruzados de brazos. El olor que ascendía lo acqui-

naba en sí mismo como frente a una presencia inmensamente desdichada, y le volcaba luego su doliente piedad sobre ellos hasta trascender hacia la vida toda. Aparecieronle los paños negros de la iglesia, Olga, las palabras del sacerdote fundidas por el eco, el Enclavado. Y ante una compasión que crecía embargadora, experimentaba la necesidad ineludible de permanecer allí, de someterse al suplicio de seguir aspirando aquello repulsivo que, ahora, en vez de revolverle el estómago, le abría cauces amplios a su piedad, momentos antes contenida quién sabe por qué diques. Una tristeza sin límites lo envolvió. Y gozaba su corazón en un compartimiento con la humanidad entera, de dolores, de desamor, de abandono, en las repugnantes alas que se tendían desde las plantas fraternas”.

El sacrificio que se le exige es demasiado grande para las fuerzas humanas, y nuestra piedad se extiende al drama íntimo que lo consume. Como al protagonista de Sudermann quisiéramos también gritar al héroe de Espínola: “¡Libértate de tí mismo! Para la paz o para el sacrificio, ¡libértate! ¡Decídete por el camino que ha de traerte al fin la tranquilidad del alma!”

Quisiéramos insuflar en esa voluntad vacilante, una ráfaga de cólera divina que lo hiciera capaz de cumplir su trágico sueño. Por que más lo quisiéramos rebelde, en el fondo de nuestro corazón, más lo quisiéramos conquistando su paz interior en una lucha desesperada contra el egoísmo y la hipocresía de la sociedad, que derrotado en suicida o conquistado definitivamente por el Centro. Y hasta degradado, absorbido por el Bajo, compartiendo definitivamente con los miserables, su vida de dolores y de vicios, que en esa vacilación constante en la que no encontrará nunca el equilibrio de su existencia desgarrada entre las dos fueras que se lo disputan.

Por desgracia Juan Carlos es un candidato seguro del Centro. Fatalmente, inexorablemente, sus características psicológicas lo condicionan a la claudicación. Para él las terribles condiciones que exige la sociedad a sus miembros —el abandono consciente de las víctimas expiatorias a su nefasta suerte— serán particularmente dolorosas. No depondrá su carga amorosa de piedad, de solidaridad fraterna, de responsabilidad humana, sin una espantosa expiación. No venderá a sus hermanos de

miseria, sin que toda su vida futura quede marcada por la tremenda traición. Pero fuera del suicidio —¿o acaso, de una vía de escape en la realización artística?— no queda para él otro camino. Ya se pregunta, frente a los consejos que le prodigan sus amigos del Club: “¿Y si tuvieran razón estos idiotas?”

Los años terminarán la obra de su impotencia anímica. La tempestad de los veintiocho años se irá apaciguando dentro de su corazón, y acabará por admitir, como los otros, la *necesidad* de que exista el Bajo, con sus miserias y sus vicios. También él acabará justificando la tremenda ignominia; y será con el tiempo uno más de los tantos burgueses apoltronados en el confort, que sonríen con indulgencia de las *locuras* de su juventud.

Triste final, que Espinola ha tenido el buen gusto de ahorrarnos. Le quedamos agradecidos que nos haya evitado la banal evolución que se esboza, burguesa y decepcionante. Y que nos haya dejado abierto un camino a la imaginación hacia una desaparición voluntaria y desesperada, que nada soluciona sin embargo.

Todas estas aspiraciones nuestras, prueban hasta qué punto las luchas, los sufrimientos, los problemas del protagonista de *Sombras sobre la tierra*, son también las luchas, los sufrimientos, los problemas de todos los hombres de corazón, frente a esa llaga que Espinola ha tenido la valentía, la piedad y la honradez de mostrar abiertamente, de poner al descubierto para poder curar un día, no sabemos cuándo, pero estamos seguros que en una humanidad mejor.

Esta sola condición sería ya suficiente para colocar a nuestro joven y profundo novelista entre los hombres de más honrado y fraterno corazón; si la realización artística de su obra no lo hubiera colocado también, de golpe, entre los más grandes escritores de nuestra naciente América.

LUISA LUISI.

Montevideo, 1934.

ANONIMOS Y PASQUINES COLONIALES

DURANTE la época colonial menudearon los anónimos y pasquines manuscritos, cuya letra se disfrazaba hábilmente, para que el autor no pudiera ser hallado. Y en esa forma se molestaba al prójimo con alguna broma o sátira, que sin ser grave, servía después de comidilla entre los vecinos, que comentaban el contenido en diversos tonos. Los anónimos y pasquines servían también para atacar en esa forma encubierta a las autoridades gubernativas, e incluso, como ocurrió en Santiago de Chile en 1666, se atribuyó al propio Capitán General del Reino, la paternidad de un impreso clandestino hecho en Lima, en el que se atacaba a su antecesor en el cargo y al obispo del lugar, en forma demasiado hiriente para la dignidad de ambas personas. (1)

Los anónimos y pasquines circulaban por igual en prosa tropezona o puestos en verso, forma esta última de más fácil adaptación al oído, y sin duda, más molesta para las víctimas por cuanto su difusión se hacía más fácilmente. (2)

Otras veces los anónimos atacaban fuertemente los derechos regalistas, o en ellos se incitaba a los americanos a libertarse de la tutela peninsular. Delitos muy graves éstos, que la justicia

(1) JOSÉ TORIBIO MEDINA. *Biblioteca Hispano-Chilena*. I, 549-584.

(2) Pueden verse reproducidos varios en verso en ERNESTO RESTREPO TIRADO, *La guerra de los pasquines*, publicada primeramente en *Síntesis* y reproducida en la obra de dicho autor *De Gonzalo Ximénez de Quesada a don Pablo Morillo*. 64-106. París, 1928 y en RICARDO R. CAILLET BOIS, *Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución Francesa en Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*. Número XLIX, Apéndice Nos. 2 y 21. Este mismo autor, en el citado *Apéndice*, reproduce diversos pasquines. Nosotros hemos reproducido algunos referentes a la época del gobernador Olaguer Feliu en Montevideo, en nuestro ensayo: *Del Montevideo del siglo XVIII. Fiestas y Costumbres*, en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, tomo VI, Nº 2, notas 52 y 62.

perseguía implacablemente, castigando con severidad a las personas de quienes se sospechase que los hubiesen escrito o simplemente leído y hecho circular. (3)

En sucesivas aportaciones iremos dando noticias de varios procesos seguidos en el siglo XVIII, en los virreynatos del Perú y de Buenos Aires, sobre anónimos y pasquines de diversa índole, que iniciamos con la presente, completando en parte un enjundioso capítulo de José Antonio Pillado, relacionado con la causa que se le siguió en Buenos Aires al abogado José Vicente Carrancio, en época del virrey Juan José de Vértiz y utilizando para ello algunos documentos inéditos hasta la fecha. (4)

*
* *

Con pocos meses de diferencia, en Buenos Aires, en el año 1779 se conocieron varios pasquines y anónimos que fueron obra, al parecer los últimos, de una misma mano y que llevaban la misma intención y finalidad.

Los aludidos pasquines aparecieron una mañana del mes de marzo, adheridos a la pared de algunos edificios, y su texto tendía a protestar contra la reforma que intentaba implantar el Intendente de Real Hacienda, Manuel Ignacio Fernández, aumentando los derechos de las alcabalas, del tipo del 4 % que se pagaba entonces, al 6 %. Uno de los pasquines encontrados representaba "con figuras grotescas al Intendente Fernández y al Contador Francisco de Cabrera, cabalgando en burros camino de la horca, con inscripciones alusivas al mal desempeño de sus cargos, acompañadas de amenazas y maldiciones". (5)

(3) Puede consultarse nuestro estudio: *La potestad del rey de España sobre las Misiones de los Jesuitas (1760-1777)*, en *Síntesis*, Buenos Aires, 1928 (abril), año I, N^o 11, pp. 43-56. En el citado estudio analizamos las persecuciones de que fué víctima Miguel de la Rocha Rodríguez, acusado de haber escrito un folleto en contra la potestad real sobre dichas Misiones. En la obra citada de CAILLET BOIS, se dan nutridas noticias relativas a diversos pasquines que circularon con motivo de la Revolución Francesa y de las medidas tomadas por las autoridades para impedir su difusión en el Virreinato del Río de la Plata.

(4) JOSÉ ANTONIO PILLADO, *Buenos Aires Colonial. Edificios y costumbres*. Buenos Aires, 1910. Volúmen I (único publicado). *Pasquines y Anónimos*.

(5) PILLADO, op. cit., 209.

No quedó reflejada solamente allí la protesta, sino que en la siguiente noche, cuatro individuos disfrazados, llevando redecillas en la cara, que a uno de los testigos que depusieron en la sumaria "le parecieron jente de oficio", penetraron violentamente en casa del recaudador Benito Gómez de la Fuente y con amenazas de muerte le pidieron la entrega de las instrucciones que poseyera al respecto para darlas a las llamas, pero éste, con argucias, convenció a los enmascarados de que no se habían promulgado, y por lo tanto regían y estaban en vigor las antiguas, entregándoles a los dichos el ejemplar de éstas que poseía. Cuantas averiguaciones y pesquisas hicieron las autoridades gubernativas posteriormente para descubrir a los autores de este hecho resultaron nulas y el asunto no pasó más allá de lo que declararon algunos testigos.

Cuando aún comentábase la osadía de los enmascarados, ocurrió un nuevo hecho, con ribetes de escándalo social, que dió mucho que hablar en las tertulias familiares.

En la noche del once de agosto del indicado año fué arrojado un sobre en el interior de la sala de la morada de los hermanos Francisco Antonio y Antonio José de Escalada, en donde reuníanse habitualmente de tertulia varios amigos con los dueños de casa. El citado sobre iba dirigido al primero de los Escalada. Entre los presentes en la noche indicada se hallaba José Vicente Carrancio, que, según declaró después, se opuso a que el sobre fuera abierto, por considerar que por la forma como había llegado podría ser algún grave insulto para la familia de la casa, y aunque algunos de los allí presentes pidieron que aquél se quemase, Carrancio resolvió — según después escribía — para evitar algún lance funesto, llevárselo a su casa y leerlo reservadamente y dar cuenta de su contenido, si así convenía, a Francisco Antonio de Escalada.

En memorial elevado al rey, manifestó Carrancio que llegado a su casa y abierto el sobre se encontró con un papel burlesco, que llevaba el siguiente título: *Noticias de las cosas que más me chocan o enfadan* (6). Enterado del contenido, avisó en la siguiente mañana al último de los Escaladas citado, lo que

(6) Dicho anónimo ha sido reproducido por PILLADO, *op. cit.*, 211-217, y lleva el siguiente título: *Noticia individual de los sujetos y cosas que más me chocan en esta ciudad de Buenos Aires.*

contenía el mentado sobre, suplicándole, a la vez, que no hablase de su contexto con nadie y que lo diera enseguida a las llamas (7). En realidad los hechos ocurrieron de manera bien distinta a lo escrito por Carrancio, pues, en la sumaria consta que éste avisó a Escalada para que citase a los amigos de la tertulia con el fin de reír un rato con la lectura de su contenido. Por la noche de ese mismo día se reunieron los amigos en el lugar de costumbre para comentar el escrito. El después famoso anónimo era al decir de Pillado "una broma pesada que ponía en evidencia los defectos personales de hombres conocidos y bien vinculados a la sociedad bonaerense. Era, digamos así, una lista de clasificaciones que comprendía 45 pullas dirigidas contra otros tantos sujetos, sin excluir las señoras". (8)

Un segundo anónimo apareció en la tertulia que se reunía en casa de María Josefa Cabezas, viuda de Pedro García Posse, donde fué llevado por María de Cáceres, viuda del capitán Vicente Reyna, a la que se lo había dado el capitán Joaquín Salgado, el que, a su vez, lo obtuvo de un niño, a quien no conocía, y que se iniciaba así:

Si has quedado satisfecho
de mi anterior papelón
prosigo con la intención
de lo que quedó en mi pecho.

Este anónimo, a la par que el anterior, no hacía otra cosa que ridiculizar a algunas personas, amenazando al final con un nuevo escrito:

quienes llenarán el blanco
de la otra tercera parte. (9).

Ambos anónimos, como era de esperar, fueron comentados y conocidos por muchos vecinos, iniciándose de inmediato

(7) Esta versión de Carrancio, no concuerda con los hechos, por cuanto en la esquila que le remitiera a Escalada, hablándole de su contenido le decía: "la carta es un convite que se hace a la tertulia y es preciso que usted la convoque para la noche, pues no tiene otro objeto que reír un rato". *Cfr. PILLADO, op. cit., 222.*

(8) PILLADO, *op. cit.*, 211.

(9) Lo reproduce in extenso PILLADO, *op. cit.*, 226-232. "El primer ejemplar apareció en la Plaza Chica en la tienda de un asturiano de 22 años llamado Nicolás del Campo y en lo de su vecino Miguel Zamora, quien lo entregó al Capellán de S. E." *Ibidem*, 233.

con ese motivo un sumario, en el que declararon más de cincuenta individuos, como aseveraron los hermanos Escalada, en memoriales elevados a Carlos III.

Lo cierto es que no pudieron hallarse los autores de ninguno de los anónimos circulados; sin embargo, en la sentencia pronunciada en 8 de noviembre se decía que aunque no había podido esclarecerse —a pesar de las diligencias practicadas— quienes fueran sus autores, sin embargo quedaba en “fuerza y vigor la presunción, que desde luego resultó, contra el Dr. Dn. Josef Antonio Carrancio, Dn. Francisco Antonio y Dn. Antonio Josef Escalada. Contra el primero, por no constar que el papel que manifestó, fuese el mismo que recogió; y contra los tres por haber dado motivo a que se publicasen y sacasen diferentes copias del original, que últimamente entregó dicho Dn. Antonio Josef Escalada a Dn. Agustín Wright, quien lo reservó, y ninguno de ellos lo dió al fuego, como debían, “por lo que se les condenaba en todas las costas causadas y que se causaren a los supradichos Dn. Josef Vizte. Carrancio, Dn. Francisco Antonio y Dn. Antonio Josef Escalada, y Dn. Agustín Wright; al primero en tres partes, al segundo y tercero en otras tres de por mitad, y a Dn. Agustín Wright en la séptima parte restante, todos mancomunados, alzándoseles la carcelería en que al primero en su casa y a todos en esta ciudad y sus arrabales se les constituyó, con desembargo de los bienes del Dr. Carrancio” (10).

Paralelamente a este sumario se le siguió a Carrancio otro en ese mismo año, acusándosele en este último de haber escrito expresiones injuriosas contra diversas autoridades, en un memorial que presentó en un juicio en el que intervenía como defensor, por su calidad de abogado, condenándosele por esta causa a cuatro años de suspensión en el ejercicio de su profesión (11). El expediente que se incoó con este motivo lo remitió Vértiz con carta reservada de 8 de octubre de 1779, a Carlos III, en la que decía que había procedido en la forma indicada contra Carrancio, de acuerdo con el dictamen que le emitiera el asesor general del Virreinato, agregando, por otra parte, que en diversas circuns-

(10) La reproduce in extenso PILLADO, *op. cit.*, 235-236.

(11) Sobre este asunto se ha ocupado JOSÉ JUAN BIEDMA en *Crónica Histórica de Río Negro* 114, *cit.* por PILLADO, en *op. cit.*, 224, nota 1.

tancias había intentado contener la procacidad del mismo, y que la experiencia le había demostrado la inutilidad de sus esfuerzos para sofrenarle, pues —arguye— en sus escritos les falta el decoro a los jueces y a las autoridades superiores, con expresiones poco reverentes. La causa principal del castigo fué —según Vértiz— porque había tratado con irrespetuosidad al Virrey del Perú “usando de cláusulas ajenas al carácter y representación, que debía benerar: y aun no salió de esta capital mi antecesor el capitán general Don Pedro de Cevallos, cuando protegiendo a un litigante, esparcio por su escrito expresiones ofensivas a su buena memoria en cuio concepto, y de su incorregibilidad se ha determinado la referida suspensión para moderarle”.

En la misma carta avisaba Vértiz al monarca que se le seguía a Carrancio otra causa sobre diversos anónimos circulados en la ciudad, y aun cuando —decía— que éste no era el autor de los mismos, sin embargo contribuyó a que se difundiesen. Después de lo dicho por Vértiz en la carta reservada al monarca, no hay que sorprenderse de que se le castigase a Carrancio por este asunto y se le considerase como el principal difundidor de ellos. Para cortar la circulación de los mismos, dió Vértiz un bando en 5 de noviembre, prohibiendo componer, escribir, trasladar, distribuir y expender pasquines, sátiras, versos, manifiestos y otros papeles sediciosos e injuriosos a personas públicas o a cualquiera particular —así lo dice el bando que glosamos—, ordenando que en el término de veinticuatro horas el que tuviese alguno en su poder hiciese entrega de él a los Jueces Ordinarios de la capital (12).

Los autos relativos al asunto de los anónimos los remitió Vértiz con nueva carta reservada a Carlos III, de 22 de enero de 1780. Mientras ocurrían todas estas cosas, Carrancio, que además de ejercer la abogacía desempeñaba el cargo de promotor fiscal y defensor de la Real Hacienda, había sido ascendido al empleo de asesor de las Reales Rentas de Tabaco y Naipes, cuyo título le otorgó José de Galvez, por R. O. de 27 de agosto de 1779, lo que se le comunicó por oficio al Intendente Fernández, en 1 de

(12) Se reproduce en *Facultad de Filosofía y Letras. Sección de Historia. Documentos para la historia del Virreinato del Río de la Plata*, I, 281. Buenos Aires, 1912.

enero del siguiente año. La noticia de los juicios seguidos a Carrancio debieron producir muy mal efecto en la Corte, donde al parecer estaba bien conceptuado. Como era de suponer, los acusados elevaron por su parte extensos memoriales sobre lo ocurrido al monarca, defendiéndose de los cargos que se les hacían.

Los hermanos Escalada fechan el suyo en 24 de noviembre de 1779 y lo repiten, agregando un nuevo escrito, en 22 de enero del siguiente año. En ellos relatan los hechos ya referidos sobre los anónimos y se quejan de haberse dado demasiado estrépito al asunto por todo el Virreinato; defienden a Carrancio, de quien dicen que es abogado de crédito y señalan al secretario de Cámara del Virrey, Antonio Aldao, como perseguidor del anterior y principal causante por lo tanto del ruido y alboroto.

Por su parte Carrancio escribió dos largos memoriales que fechó en 24 de noviembre de 1779, tratando independientemente el asunto de los anónimos, del de la suspensión en el ejercicio de su profesión.

En el relativo al primer asunto, después de referir lo ocurrido, escribía: "Ahora pues; mas de cincuenta testigos se han examinado en el proceso, y entre tanta caterva no se advierte uno que exponga de oídas, ni a ciencia cierta, que Yo he sido el autor del papel", agregando más adelante: "La única presunción que resulta contra mi, se deduce de un principio destituido de fundamento; se haze consistir en la posibilidad de haver subplantado el papel, colocado en las entrañas de la carta otro distinto de el que se arrojó primero" y hace destacar que su situación en el asunto se la debe "a la sangrienta pluma de el doctor don Antonio Aldao, Secretario de Camara interino de el Gobierno; este Doctor implacable enemigo de todo europeo." En el segundo memorial, con referencia a la suspensión del ejercicio de su profesión de abogado por cuatro años, declara que Vértiz, en ese asunto, no tiene más parte que la de haber refrendado con su firma la sentencia "porque su notoria bondad es incapaz de producir perjuicio", y vuelve a hacer destacar que todo se debe a los "criminosos influxos" del doctor Antonio Aldao, por el odio prevenido que profesaba a todo europeo y por ser su capital enemigo. A la par de estos memoriales, Carrancio otorgaba plenos poderes a su hermano Manuel Angel, para que en la Corte, don-

de se hallaba, siguiese su defensa, quien hizo presentación al Consejo de las Indias, en 7 de febrero y 23 de mayo de 1780, de dos escritos acompañados de diversos documentos, para justificar el buen proceder e inocencia de su hermano en ambas causas. Pasadas todas las actuaciones al fiscal del citado tribunal, este expidió dos vistas, la primera en 27 de febrero del año arriba citado, relacionada con el asunto de la suspensión del ejercicio de la profesión y acusación por injurias en sus escritos a las autoridades gubernativas. El escrito del fiscal, que es extenso y de gran interés jurídico, llega a las siguientes conclusiones: “que habiendo reconocido —escribe— y meditado todas las cláusulas, voces y expresiones que han dado merito a la Probidencia del Virrey, no puede menos de combenir en que el Abogado Carrancio no ha usado en sus escritos de aquella moderación que prescribe la ley 7, título 6, partida 3, en la que se dá la regla que han de obserbar los Abogados en el razonar sus Pleitos y exponer los Fundamentos de las partes sin producir expresiones poco respetuosas a los Magistrados o indecorosas”, pero advierte, que el Virrey no debió prohibir de que se le admitiese a Carrancio recurso de apelación ante la Audiencia de Charcas, y finaliza su escrito apuntando que se le debe levantar la suspensión y unicamente se le debe apercibir. Visto en la Sala segunda del Consejo lo anotado por el fiscal, cuyo nombre es digno de recordarse —José de Cistúe—, aprobaba cuanto éste había escrito en 26 de junio; en consecuencia el secretario de la parte del Perú, Miguel de San Martín Cueto, en carta acordada de 22 de julio, le decía a Vértiz que debió admitir la apelación que Carrancio interpuso para la Audiencia, a la vez que se le encargaba que si éste hubiera dado pruebas de moderación hasta entonces, se le levantase la suspensión en el ejercicio de abogado. Al mismo tiempo se le expedía una R. C. relacionada con dicha conclusión.

Con referencia al asunto de los escritos anónimos, el mismo fiscal, en su vista de 18 de junio, dice: que habiendo analizado la sumaria no encontraba razones para condenar a los acusados y con referencia al auto-sentencia suscripto por el Virrey, agregaba que se debía revocar “como injusto e infundado y que a su consecuencia mande —el Consejo— que el Asesor y Escribano reintegren a Carrancio y demás condenados por el enunciado

Auto de todas las costas que se les han exigido reservando a Carrancio su derecho a salvo para que en razón de los daños y perjuicios que se le han seguido por esta causa use de su derecho donde y como le convenga", con lo que se conformó la Sala segunda del Consejo en 26 de junio.

El mismo secretario San Martín Cueto, con la fecha de su anterior carta acordada, expedíale otra a Vértiz, en la que se le decía: que se le devolvían los autos originales para que admitiese a los acusados, si lo interpusiesen, escrito de apelación ante la Audiencia de Charcas, y con referencia al sonado anónimo, se le escribía que quedaba el Consejo enterado de su celo, pero que el indicado caso resultaba ser ridículo, por cuanto no contenía nada grave contra las personas de quienes se ocupaba.

Ignoramos el cumplimiento que se dió a las citadas cédulas y cartas acordadas, por cuanto no hemos hallado ningún otro dato posterior con referencia al asunto, pero lo historiado nos dibuja dos hechos bien definidos. El primero, el exceso de precauciones tomadas por las autoridades gubernativas, aun en asuntos de simple locuacidad e ingenio, como el de los anónimos en verso; y el segundo, el manifiesto abuso de las mismas autoridades en no conceder a los acusados apelación ante la Audiencia, para la revocación de sus injustas como arbitrarias sentencias, que, como hemos visto en el Consejo Real de las Indias, su fiscal defendió con claras expresiones.

*

* * *

Antes de dar fin a este artículo vamos a reseñar un anónimo citado por Pillado, pero que este autor no tuvo a la vista y que equivocadamente supuso que se conoció en Buenos Aires en 1776, cuando en realidad éste no circuló allí, y posiblemente nadie sospechase su existencia en nuestra ciudad (13).

He aquí su título, con diversos detalles referentes al mismo:

La verdad desnuda conforme deue decirse, y practicarse. Lamentaciones continuas en que gimen los Moradores de los Pueblos de la Provincia del Rio dela Plata, de quien toca por incidencia la del Paraguay. Representazion de los mismos Pueblos a

(13) Cfr: PILLADO, *op. cit.*, 200.

su Soberano, para q^e. remedie tanto daño como se sigue á Su R^l. Serbicio, a sus Fieles Vasallos, y ala Catholica Religion: Enero 12, de 1766. Consta este escrito de 86 fojas, y no tiene indicación de lugar. Fué remitido con carta de Manuel José Ordoñez, dada en Montevideo a 31 de octubre de 1791, dirigida al Conde de Floridablanca, en la que le decía que dicho escrito había estado oculto en un arca hasta ese año, llegando casualmente a sus manos el original "demasiado confundido", por lo que se resolvió sacar la copia que le remitía. En 1792, por oficio fechado en Aranjuez a 26 de abril, el Conde de Aranda pasaba al marqués de Bajamar los antedichos escritos, para que éste hiciese con ellos el uso que creyera conveniente. Del escrito original se hizo un análisis, en donde se le describe así: "En las 20 primeras (fojas) se denuncian los excesos del Gobernador, que ala sazón era de Buenos Aires Dn. Pedro Cevallos, suprimiendo su nombre, dándole el dela estatua de Nabuco, describiendo su conducta publica en todos los ramos de administración con los colores mas negros; refiriendo hechos abominables de tiranía, despotismo, barateria, codicia sordida, abandono delas propias obligaciones, connatos de infidencia, liviandad, irreligion y otros innumerables: se proponen remedios para evitar el contravando, que con mano oculta y por interes faborecia Cevallos". El resto del escrito está dedicado a atacar a los padres jesuitas en su actuación en las Misiones que regentaron en las provincias del Rio de la P^lata y del Paraguay.

A pesar de cuanto hemos dicho arriba, sospechamos que el autor del escrito fuera el mismo remitente, quien en su carta decía: "Todos generalmente buscan un Mezenas aquién consagrar las obras, que, ó sus Entendimientos compusieron ó que sus Estudiosas Tareas trageron a nuestro Idioma de otro extraño; y por lo regular para aplaudirlos, no solo son historiadores desus proezas, sino que desenterrando los huesos de sus antepasados son Genealogistas de su ascendencia; Pero yo no tengo que observar esta regla, porque estoy mui cierto que no tengo necesidad de otros méritos que los de V. E. alos q^e. de ninguna manera exageraré mejor que con decir que son de V. E. aquién dedica mi respeto esta obra, no producida delas escasas luzes con que naturaleza me adornó sino de otro, que despues de

hauer en eila trauajado con propiedad tubo la estrañez de ocultarla, y hasta este año en que casualmente vino a mis manos ha estado sumergida en una Arca, q^e. por el preciso silencio que observa no puede decir *Verdades* al paso que *Desnudas* importantisimas para la conservación de estos países”.

La verdad desnuda, y los documentos adjuntos, quedaron sepultados en los anaqueles del despacho del marqués de Bajamar, sin tener utilización posterior, y sin tomarse sobre los mismos ninguna resolución de interés (14).

Sevilla, 1933.

JOSÉ TORRE REVELLO.

(14) Los documentos citados en esta parte se conservan en el *Archivo General de Indias (Sevilla). Sección V. Audiencia de Buenos Aires. Est. 124, Caj. 2, Leg. 11. Moderno, legajo 323.*

NEO - LIBERALISMO EN COLOMBIA

A un amable envío del escritor colombiano Germán Arciniegas, consistente en tres números de la revista *Acción Liberal* (8, 9 y 10; set.-nov. 1933), debo el conocimiento de la interesantísima evolución política de liberalismo progresivo que en aquel país se está desarrollando.

Tiempos son éstos en que, como es notorio, las principales naciones de Europa y hasta la mayor de América, y, por obrar como satélites de aquéllas, la generalidad de las demás, atraviesan una penosa etapa de decrepitud, causada no por otro motivo que el debilitamiento y extravío esencial del pensamiento político y, por consiguiente, de la obra política que realizan los gobiernos respectivos.

Ninguna calamidad cósmica aqueja al globo terrestre, ninguna peste universal diezma a las multitudes, ni los gases de ningún cometa ha inficionado la atmósfera de modo que la tierra y las aguas hayan disminuido su fertilidad. El comodín de achacar las presentes penurias a los estragos causados por la guerra, carece, a tres lustros de distancia, de todo valor como explicación de las mismas, si consideramos que la Humanidad vive prácticamente al día; constantemente se consumen y renuevan las subsistencias; muy poco tiempo basta, en el orden natural, para que, transcurrida una devastación de cualquier grado entre los componentes de la especie, se reanude la actividad de producción y consumo y el curso de la vida en general, así como una intensa cacería no podría ser causa para que, después de concluída, los individuos remanentes de las especies diezgadas encontrasen especial dificultad para procurarse el sustento y prosperar, sino que más bien sucedería lo contrario. Notemos también, que así como la gran ciudad de San Francisco, destruí-

da por un cataclismo, fué reconstruída y equipada de nuevo en pocos meses, las de todo el mundo, podrían, en igual caso, ser reconstruídas sin mayor dificultad. Hasta se consideraría una suerte tan desastrosa emergencia, porque así habría... abundancia de trabajo!

No habiendo, pues, ninguna razón *física* para que los pueblos que fueron o no beligerantes en la Gran Guerra sufran actualmente las crisis y dificultades económicas y subsidiarias que sufren, claro está que la culpa es íntegra de los procedimientos gubernativos que se practican. Y a su vez si esos procedimientos son deficientes se debe a que es deficiente también el ambiente de las ideas político-económicas, dado que los gobernantes son meros frutos y representación del medio intelectual.

Un signo concreto de la desorientación reinante es el general asentimiento que halla la opinión de que el liberalismo ha caducado; que es una doctrina o moda del pasado siglo a la cual ya no corresponde acudir como guía para el gobierno de las sociedades. Se ha caído en ignorar que la doctrina liberal es perenne y eterna, como es permanente la sed del ser viviente por la mayor libertad para desenvolverse según sus necesidades, apetitos y nuevas ocurrencias.

Por eso en este panorama de extravío intelectual, me ha causado sorpresa muy agradable y confortante el enterarme de que en una importante nación hispanoamericana ha surgido y se ha impuesto, hasta alcanzar la efectividad del gobierno, un grupo de pensadores políticos que, pese a la niebla de decadentes sujestiones, tienen clara conciencia del valor substancial y permanente fecundidad de los principios liberales.

Leo, por ejemplo, en las páginas de la nutrida y culta revista colombiana, un artículo con la firma Juan Lozano y Lozano, donde dice:

El liberalismo es ante todo y por sobre todo una fuerza dinámica, a diferencia del conservatismo y del socialismo, que son fuerzas estáticas. El conservatismo es un sistema cerrado que mira al pretérito; el socialismo un sistema cerrado que mira al futuro. No hay campo en ninguno de los dos para las nuevas ideas, y lógicamente no pueden imponerse sino por la dictadura... A quien dentro de un paraíso socialista se le ocurriera una nueva idea, hasta entonces no conocida, del

Estado, se le contestaría en la misma forma que el conservatismo papal contestó a Galileo.

El liberalismo es esencialmente evolucionista y, dentro de las normas de un amplitud amable, vive al día con la vida y es, como todo lo clásico, eternamente actual. Pueden desengañarse los profetas que han predicho la desaparición del liberalismo; porque esa profecía ya fué varias veces formulada en el pasado y los hechos tercos se negaron a cumplirla. Puede ser que sufra ocasos, cuando la dictadura aherroja a los voceros de la libertad; pero siempre de la represión salió la idea liberal más radiante y atractiva. Puede ser que la dialéctica socialista y comunista logre por un tiempo dispersar el criterio, al dejar entrever al pueblo fantásticos edenes. Pasada la primera elección, el edén se disipa en la bruma, y queda el liberalismo, que es el estado normal de la sociedad y está de acuerdo con el medio justo del temperamento humano.

En estos días que corren, he dicho, es oportuno refrescar estas nociones luminosas y antiguas, porque la desorientación ideológica forma una densa nube de humo tras de la cual podrán hacer su agosto tendencias que entre nosotros tienen la gracia de la novedad, pero que, como las comunidades religiosas que nos llegan, fueron ya, por inservibles, desechadas de todos los países.

Penetrados, pues, de que el liberalismo implica una continua obra de evolución progresiva, dentro de sus cardinales normas y temperamento permanentes, comprenden los redactores de la revista que hay una tarea perentoria para estos días: la realización de la libertad y justicia económica, tan distantes aún de consecución. Así lo expresa, entre otros, un escritor del mismo apellido del precedente, Carlos Lozano y Lozano, que es a la par director de la Revista:

La estructura última que informa la concepción del Estado liberal fué erigida hace largo tiempo. Libertad para todos, *entendida* (subrayo) *como igualdad de oportunidades* para todos, sobre la base de la perfectibilidad humana, es decir, sobre la base de que el hombre es indefinidamente capaz de progreso, si se le da oportunidad de expresar su potencialidad humana. Libertad para todos; igualdad de *oportunidades* para todos.

Palabras, palabras; dirán recordando a Hamlet el conservador este-reotipado en la autoridad y el orden, o el socialista, anclado en la propiedad común de los medios de producción y en el control sin límites de la actividad económica por el Estado.

Palabras, decimos nosotros, cargadas de tal contenido dinámico, de tal potencia vivificadora, de tan avasalladora fuerza expansiva, de tan universal significación en el campo del esfuerzo y del espíritu, que así como fueron capaces de alcanzar en el siglo pasado la emancipación del hombre político, serán capaces de alcanzar en este siglo la emancipación del hombre económico.

Y poseído de la profunda emoción que arranca de profundas y comprobadas convicciones, prosigue:

¿Es acaso necesario recordar lo que significa la libertad para un liberal? Ese significado está escrito con vastos caracteres sobre la faz de nuestra vida diaria. Si el hombre moderno puede invocar a Dios como le place, y puede escribir y predicar y enseñar lo que le place, y puede recorrer la tierra buscando transformar y fecundar la realidad como le place, y puede reposar tranquilo sobre el fruto de su trabajo y esfuerzo y puede participar como le place en la formación de los poderes públicos que han de gobernarlo, y puede como le place juzgar y exigir responsabilidades a esos poderes públicos, tal es el fruto de muchas generaciones de liberales cuya fe revolucionaria y arrebatada llenó de mártires las sendas de la historia y creó una nueva humanidad dueña de su propio espíritu, que es aquello que hay de más divino sobre la tierra.

¿Cuál es al tarea de la hora presente? Defender y conservar ese patrimonio esencial, amenazado hoy por todas las manifestaciones de la idolatría del Estado, concebido como fin de sí mismo, desde el fascismo italiano, hasta el bolchevismo ruso. Pero no solamente eso; mucho más que eso. Entender mejor esas libertades; extender a todo ciudadano, sin excepción alguna, la efectividad inmediata de sus dones; *llevar esas libertades hasta sus últimos desarrollos fecundos*, porque no puede ser libre el hombre que no posee *la base material de la libertad*, que es el desahogo económico; ni la base espiritual de la libertad, que es un acopio esencial de conocimientos; luchar contra la opresión de la miseria y de la ignorancia, que son *la última* pero no la menos tremenda de las formas de la opresión.

Estos propósitos son comunes, según veo, a todos los redactores de *Acción Liberal*, como lo es también el concepto de que la clave para la realización de la libertad y justicia económica, dentro de los principios más generales ya conseguidos y disfrutados, consiste principalmente en la apropiación por la comunidad nacional, por el Estado, de toda la tierra del país, para entregarla en libre uso individual y en igualdad de oportunidades a todos los ciudadanos.

El escritor Germán Arciniegas, en un jugoso trabajo inserto también en estos números, se encarga de concretar las directivas que expresa haber sido adoptadas por el Partido Liberal, al que todos ellos pertenecen e inspiran y que posee en la actualidad el poder público, representado en el doctor Alfonso López, ungido recientemente Presidente de la República por dicho partido.

Haciendo Arciniegas una brillante reseña histórica sobre la opresión feudal a que la conquista española sometió a los aborígenes americanos, a despecho de la inerte literatura contenida en las Leyes de Indias, dice:

Algunas personas se sorprenden ante el hecho de que los españoles vinieran aquí para establecer empresas de explotación y no para tra-

bajar. La explicación del hecho está en la substancia del régimen colonial, substancia económica que aun perdura y que sirve para explicar las empresas de arrendamientos, que hoy son, en su esencia, los latifundios colombianos.

Por algún motivo los españoles, al pasar de ser colonia de Roma a nación autónoma e imperio, adoptaron el derecho romano. Fundar colonias era someter otros pueblos al vasallaje y a la esclavitud, para explotar sus tierras. Esto no debe sorprender. Esto es natural y lógico, porque la aventura no la corren los empresarios con el ánimo de civilizar, de propagar ideas divinas, de infundir un espíritu generoso. La guerra de conquista en su forma primitiva y en sus derivaciones no es sino una confabulación de pandillas que se ponen de acuerdo para robar a los vecinos. Si así no fuese, carecerían de objeto empresas semejantes.

Esas consideraciones, donde el autor muestra saber elevarse de lo histórico a lo científico, le llevan a encarar con claro criterio las circunstancias presentes:

Estudiad el régimen de un latifundio, mal llamado "hacienda", y hallaréis que es la encomienda española de hace cuatro siglos... ¿Qué es lo que tiene en este campo el propietario? ¿Es una explotación agrícola, o es una explotación humana? Yo he dicho: empresa de arrendamientos, y creo que diciendo esto me acerco tímidamente a la verdad. Es una empresa de tributos, para arrancarle el tributo a la indiada que nació en esas vegas, que lo fueron también las vegas de sus padres y de sus abuelos, hasta la chibcha generación. En castellano esto no se llama hacienda; esto se llama encomienda.

Hace relato de cómo se sumaban al ingente tributo extraído por el encomendero los que bajo rubros de quintos, alcabala, estancos, almojarifazgo, extraían los funcionarios de la Corona, y de cómo la expoliación era completada por el clero que arramblaba con lo que quedase a los indios en dinero, carneros, gallinas, huevos, y hasta los sometían a trabajo personal si no podían cumplir con dichas exigencias; y sabe el autor que el régimen económico del coloniaje español no fué substancialmente modificado por la declaración de independencia nacional, siendo el mismo que subsiste en el presente.

Es un hecho científico que no hemos salido del régimen colonial, y de que es ese el régimen que domina a dos horas de Bogotá (*). Es ésta la *rectificación esencial* que debe hacerse a la guerra de la Independencia. La guerra de Independencia no modificó la estructura económica en favor del pueblo... Aun podría llegarse a una síntesis histórica

(*) Me permito observar que, esencialmente hablando, es seguro que dicho régimen subsiste en Bogotá mismo... lo mismo que en Nueva York, pongo por caso, donde los Astor y otros millares de personas ejercen dominio de *encomenderos* sobre la *indiada* constituida por la masa de la población. La cuestión es bien clara y bien sencilla: hay unos que son dueños del suelo y otros que pagan tributo a aquéllos por ocuparlo. — C. V. D.

diciendo que los señores feudales que se establecieron en la conquista se desembarazaron del Estado, por medio de la guerra de Independencia, apenas el Estado les pareció gravoso. Y hoy mismo, contra el Estado reaccionan para mantener sus privilegios feudatarios... No es a humo de pajas como puede afirmarse, como afirmamos nosotros, que el sistema colonial se ha perpetuado en América y que toca ahora a su fin.

Al estudiar los medios de conseguir la emancipación económica del pueblo, en base a la liberación del yugo feudal, desechan los liberales colombianos la solución que propone un partido socializante, denominado Unirista, que allí se ha formado a semejanza del Aprista del Perú, el cual aun cuando propugnando la absorción de las actividades económicas por el Estado, querría expropiar los latifundios sin indemnización para dar las tierras en propiedad a los campesinos, divididas en pequeñas parcelas.

Demuestra Arciniegas que esa tesis, aunque presentada por una agrupación política que se denomina Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), es en realidad una tesis derechista, (pues nada más conservador y "derechista" que el principio de la propiedad privada de la tierra), estando la tesis verdaderamente izquierdista representada por la que allí se denomina "izquierda liberal del parlamento", que procura la apropiación de la tierra por el Estado para entregarla en arriendo vitalicio.

La tesis adoptada por la izquierda liberal —dice— es una tesis de fondo, y, posiblemente, impopular. Los partidarios de la propiedad privada han dicho cosas que tienen que llenar de entusiasmo a la masa campesina. Han dicho, por ejemplo, que el Estado debe arrebatarse sus tierras a los latifundistas, sin indemnización, para entregarlas gratuitamente a los campesinos. He aquí un programa de preferencias para una clase social, que así se hará privilegiada y que establecerá un sabotaje sistemático en todas las regiones del país para apoderarse de las tierras. Esta tesis tiene de excelente el darles una recompensa a los trabajadores, y de peligrosa, de inmoral e inadmisibles, el hacer de esa recompensa algo tan grande que venga a borrar no sólo los pretendidos derechos de los propietarios, sino los derechos mismos del Estado, instaurando principios de anarquía que impedirán toda posible organización social.

La izquierda liberal comprende que no puede continuar la política de los latifundistas; sabe que muchos de ellos carecen de títulos que legitimen sus pretendidos derechos; ve que es necesario reorganizar el trabajo sobre bases justas de cooperación social, pero no admite que se deje en los campesinos la impresión de que ellos valen más por la agitación que por el trabajo; de que basta con que ellos descubran los abusos de los patrones para que el Estado arrebatase a éstos las tierras y las ponga en sus manos, sin que una nueva moral se imponga como regu-

iadora de la vida rural. El plan liberal izquierdista consiste en hacer al Estado dueño de la tierra para que se la dé en arrendamiento a los campesinos. Los campesinos sabrán así que tienen deberes sociales y que responderán ante el Estado constituido para su bien y para coordinar los esfuerzos de la comunidad.

Y he de transcribir también los párrafos siguientes (donde, muy cortésmente, se declara el aprovechamiento de mis contribuciones doctrinarias al problema) porque en ellos se muestra el espíritu realista con que los liberales colombianos escogen las normas de solución para problemas que no son solamente colombianos, sino que, como todo lo hasta aquí tratado, tiene interés y aplicación a los demás países, y muy particular y estrictamente a las naciones ibero-americanas:

Los partidarios de la propiedad privada objetan que en la forma mencionada va a perder el campesino todo halago; que decaerán los cultivos, que retrocederá la producción en términos monstruosos. Pero olvidan esas personas varios hechos. Primero: que la tierra que hoy se va a expropiar está siendo explotada y cultivada no por propietarios *sino por arrendatarios*. Segundo: que la fórmula de arrendamiento que proponemos es la de *arrendamiento vitalicio*, con derecho preferencial de la familia del arrendatario para suceder a éste cuando muera. Tercero: que se van a *reconocer por el Estado las mejoras*.

El proyecto de ley que ha presentado la izquierda liberal no comprende sino una parte del problema: el de las tierras en donde se han producido conflictos entre arrendatarios y propietarios, y que el Estado podrá expropiar por causa de utilidad social. Quedan por fuera los casos en que la tierra no tiene dueño, o en que quien figura como dueño no lo es en el derecho, los casos de latifundios en donde no hay conflictos, etc. Ya se verá en qué sentido ha de orientarse la izquierda en casos semejantes... No es posible quitarle a los Fulanos sus tierras, dejárselas a los Zutanos, convertir en propietarios a los Perencejos, y poner al Estado como alcahuete de todas esas transacciones.

La izquierda liberal tiene como criterio la recuperación de las tierras para el Estado. Dentro de este criterio, la solución de los baldíos no adjudicados es ésta: no hacer concesiones de estos terrenos sino darlos en arrendamientos vitalicios. La solución en el caso de las herencias es ésta: imponer un tributo de sucesión *en especie*, para que el Estado vaya entrando así a ser dueño de tierras para arrendar en todas las regiones. La solución en el caso de las tierras cuyos títulos son defectuosos, es ésta: reivindicarlas para el Estado, y entregarlas en arrendamiento.

Son todas estas soluciones del georgismo, aunque puestas al orden del día por medio de reformas que a los desarrollos primitivos de Henry George han venido haciendo los agraristas. Particularmente, en el caso de las herencias, el sistema ha sido perfeccionado doctrinariamente en la Argentina, por Villalobos Domínguez, gran discípulo de George, cuyos puntos de vista merecen toda consideración.

Al incorporar estas ideas dentro del programa del liberalismo izquierdista de Colombia, no se hace otra cosa sino proceder con sentido

común, para evitar que otra vez la propiedad privada, aunque atomizada, pueda ser el principio de un nuevo ciclo colonial, como ya se pudo ver, mirando hacia atrás en la historia de Colombia, cuando se entregaron las tierras a los indios y éstos las trocaron por pañuelos rabo-de-gallo a los comerciantes, que vinieron así a pasar de buhoneros a terratenientes latifundistas.

Es importante que los izquierdistas liberales colombianos, a la vez que propugnan la solución adoptada, se empeñen en refutar, como lo hace Arciniegas, y en desenmascarar y combatir encarnizadamente la tesis de la pequeña propiedad. Es indispensable destruir el embeleco, y por mi parte he contribuído a ello en el capítulo "El sofisma de la pequeña propiedad" del libro *Bases y método para la apropiación social de la tierra* (Bs. Aires, 1932), a que las referencias de Arciniegas aluden. Es preciso imprimir en las mentes la convicción de que, en boca de derechistas, la propuesta de aumentar el número de propietarios territoriales es una hábil artimaña para sumar fuerzas aliadas al sostenimiento del privilegio que detentan; pero en boca de quienes se proclaman a sí mismos izquierdistas, o es cruda ignorancia o cruda demagogia.

El punto merece arrostrar todas las batallas que sean necesarias, aun afrontando, como lo sabe Arciniegas, los inconvenientes de parcial y transitoria impopularidad.

*

Debo limitar a poco más que lo citado la reseña del contenido de los mencionados números de la revista colombiana, por ser suficiente, me parece, para sintetizar la significación del movimiento que ella interpreta y guía. Esos trabajos pertenecen al Director de la misma o a miembros del Comité de difusión ideológica del Partido Liberal, por lo que adquieren valor de representación colectiva, añadida a la personal de sus autores, aparte de que no todos los demás muestran en el mismo grado la madurez de convicciones. A menudo se advierte una falla que es general en los liberales retardados, consistente en proclamar su fe liberal, reconociendo la necesidad y posibilidad de realizar reformas sociales dentro de la misma. Pero cuando se ponen a mencionar cuáles habrían de ser en concreto esas medidas... sólo se les ocurre echar mano al arsenal de los tópicos socialistas, que son,

por intrínseca índole, lo más antiliberal que pueda darse. Medidas que siempre implican (además de gran error sobre las leyes científicas de la Economía) coacción o tutorialismo sobre el individuo e hipertrofia de las funciones burocráticas, con toda la morosidad, incompetencia, parcialidad y consecuente ineficacia que les son inevitablemente anejas.

Tal espurio origen se rastrea en expresiones o propuestas, como la de establecer salarios mínimos, fijación de jornadas de trabajo, suministro de medicinas y servicio médico gratuito, tribunales de conciliación entre patrones y obreros; prohibición del trabajo a destajo, imposición de "handicaps" a los empresarios y respaldo a la organización sindical como medio de equiparar las respectivas fuerzas para hacer posible la libertad de contratación; imposición del trabajo colectivo y de la participación de los obreros en las ganancias de las empresas; intentos de corregir, por instrumento de la ley, las desigualdades naturalmente existentes entre los hombres; dirección oficial de los cultivos; construcción de viviendas por el Estado; encomienda a los patrones de velar por la salud, higiene, instrucción y elevación moral de los trabajadores; trastocar el concepto de la necesidad de lucha del trabajo contra el *privilegio* con la de una lucha del trabajo contra el *capital*; dirección y control (no discriminado) de la producción por parte del Estado; admitir que los problemas económicos son primordialmente internacionales; admitir que Carlos Marx era verdaderamente un economista, etc., etc.

Todos esos son lugares comunes diseminados por el socialismo y que están incurablemente viciados de futilidad o de ser contraproducentes, en cuanto a los resultados, y de odioso dictatorialismo en cuanto a los procedimientos que su aplicación requiere. Las mentes de los liberales izquierdistas deben ser limpiadas de todos esos tópicos, teniendo bien presentes como exactos los calificativos de "noble" y "sagrado" que, en la misma revista, adjudica B. Sanín Cano al liberalismo e individualismo, dentro de los cuales todo problema social puede hallar soluciones genuinas.

Largo trabajo de estudio y divulgación tiene por delante la juventud intelectual colombiana que, como nos informa a su vez Jorge Padilla, se ha lanzado con unánime y muy plausible predi-

lección al estudio de los problemas de la economía y de la política, relegando los del arte, literatura, ciencia, filosofía y demás manifestaciones de la cultura, menos urgidas de dedicación en la crítica etapa de la civilización que toca vivir a las generaciones presente e inmediata.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

LOPE DE VEGA, MARAVILLA DE LOS SIGLOS

ARTURO Farinelli, gran rabdomante de las corrientes literarias del mundo, se acaparó la colaboración de Gherardo Marone para su "Collana dei grandi scrittori stranieri".

Con su sentido práctico —a pesar de la "scapigliatura" de su romanticismo integral con que nos deslumbrara cuando lo conocimos hace siete años en Buenos Aires— y con ecuanimidad crítica, dióle a Marone la más absoluta libertad de acción. Así le ha publicado las versiones de las *Comedias* de Tirso de Molina (bien venido su *Don Gil de las calzas verdes*, con sus situaciones de equívocos y su "gracejo" fresco) reflejando a qué punto llegaban en su hambre de amores y amorios aquellos nietos de los rigoristas ascetas medievales. Ahora ha permitido que el traductor retomara, enriqueciéndola con su acrecida capacidad filológica, su primitiva versión de *La estrella de Sevilla* (ed. "La Diana", Nápoles 1925) en la que el joven hispanista reavivaba el encantamiento verbal de la lengua escuchada en su primera infancia, pues Gherardo Marone ha nacido en Buenos Aires, de padres italianos, y pasó a Italia al comenzar su adolescencia. Y por si no bastara, el Académico, con su fervor humanista, que amalgama en forma peregrina arte y ciencia, permitió que Marone reprodujera una obra, por él mismo combatida como espuria en la producción de Lope, tolerando, merece citarse como ejemplo, que en la *Introducción* el traductor reafirmara la tesis contraria (lo que era indispensable desde que *La Estrella* es una de las pocas obras que se salvan en bloque) y limitándose a defenderse con una nota.

Farinelli, por otra parte bien sabía que el animador del grupo "La Diana" (¿por qué los napolitanos olvidan tan a

menudo citar este movimiento meridional, digno de sus congéneres "La Voce", "Lacerba", "La Ronda", etc., que al agrupar valores, dando viáticos de gloria, representó un equilibrio frente a las afirmaciones de otras regiones de Italia?) estaba seguro de que la cultura estética de Marone apresaría nuevas formas de expresión realizada, después del magnífico esfuerzo de verter en un idioma límpido y acendrado, la filosofía abismal de Baltasar Gracián (*Oráculo Manual*, edic. Carabba 1929) que se nos aparece aclarando con sus palabras oraculares la negrura de sus tiempos. Y eso que en su hora se creyó que Gracián, como Quevedo, sólo valían por las cosas dichas, los conceptos peregrinos, y no por su manera de expresarlos. Esto sin considerar, naturalmente, su inmortal humorismo. Y fueron horas de polémicas memorables. Semejantes las bregas de hoy por idénticas causas... pero, ¡ah! si las actuales dieran los frutos de aquéllas!

También se nos ocurre que Farinelli, "caballero andante" de las letras, quiso premiar líricamente a Marone, quien en su reciente viaje a la Argentina dió varias conferencias en las Universidades, desenvolviendo el atlas animado de las letras de la Italia Nueva, con mayúscula. El maestro, precisamente, porque durante décadas padeció en carne propia descorazonamientos inevitables ante la indiferencia e incomprensión generales, toleró, como se sufre a uno de su sangre, las "corazonadas" de Marone, en gracia de la gratitud por esas cruzadas donde se juega algo más que un capricho de vanidad.

*

Si bien Marone ya nos tenía predisuestos a admirarle por sus glosas, que son apéndices a la obra traducida; y si bien creyéramos insuperable su "Ensayo sobre Gracián", donde revive con potencia de escorzos y claroscuros esa época grandiosa, aun ha sido capaz de ofrecernos otro motivo de mayor interés al enfrentarnos con la titánica figura de Lope de Vega, "fénix de los ingenios"; o, como también fué llamado, con el énfasis ineludible de aquellos años, "pasma del Orbe" y "monstruo de la naturaleza": esto en son de elogio. Y ya veremos que Lope hizo lo posible por justificarlo (casó tres veces y coronó tales nup-

cias con triples guirnaldas de amantes) alistándose por momentos entre los poetas malditos, siendo más benéfico para los que escuchaban sus escenas de vorágine poética que para sus familiares. Así se lo ve elevarse en las espirales de algunos versos divinos, y caer luego en las bajezas del literato inseguro de su fama (a Góngora, aun admirándolo, atacábalo por cualquier medio; a Cervantes aparentó desdeñarlo, pero dejando correr que el *Quijote* de Avellaneda era suyo... señalado favor porque a esa falsa continuación debemos la del libro que adormece cualquier pesar). En Nápoles, Lope tiene su pasaporte ideal con las máximas inmunidades. Siempre vivió con sus ojos suspensos en los magisterios que aquí se resumían. A los veinte años, después de quince de entrenamiento poético, —según se afirma a los cinco años de edad comenzó a poetizar, escribiendo a los doce su primera obra teatral— hechizado por la fascinación verbal de Sannazaro, intenta emularlo con su *Arcadia*. Del reino de Nápoles le alcanzaba el polen lírico flotante en Italia, cuyos arquetipos eran familiares en España desde el siglo del Petrarca y Boccaccio. Hasta los menores, a veces, conseguían resonancias excesivas: *La guerra troyana* de Guido dalle Colonne consiguió una boga digna de los poemas medievales nórdicos. Por ello, digamos de paso, asombra cómo, a menudo, y no sólo los indoctos, olvidan que Italia representó, para los máximos representantes del siglo de oro español, el canon de las perfecciones. Italia fué, hay que insistir, el complemento equilibrante de los magníficos influjos del mundo árabe y de las cualidades hebreas.

Los que hablamos la lengua de Castilla sin haber nacido en España, admiramos más que amamos al autor de los 21 millones de versos resonantes. Aunque nunca olvidaremos que Lope enseñó a desear los fulgores del cielo napolitano, contagiándonos de su nostalgia, preferimos a otros de sus contemporáneos que también deambularon por este Golfo. Queremos más al travieso Quevedo, cuyos lentes pícaros se nos ocurre que aún espían en algún *vicolo* de Nápoles. Y nos conmueven los suspiros de Garcilaso amaestrando a mejor amar. Y por sobre todos bendecimos por su *Quijote* a Don Miguel, consolado de los desaires que hubo de sufrir cuando vagaba por el Cerrillo buscando ser enrolado en los tercios, con estos vinos de Italia,

celebrados en *El Licenciado Vidriera*, que diéronle fuerzas para andar no obstante que el grillete de la incomprensión retardara sus pasos.

Si por su plenitud verbal Lope mereció el título de precursor (aunque antes Garcilaso y Boscán ya tenían reformada la métrica, siguiendo el magisterio de Petrarca) con el andar de los años lo restituimos a sus proporciones, libre de las luces falsas de los prosenios. Y en la carrera de la inmortalidad, a pesar de las ventajas iniciales, no logra distanciarse de su competidor despreciado: el "culteranista" Luis de Góngora. Más aún, éste amenaza ganarle: algunas poesías gongorinas, sin necesidad de comentarios exegéticos, resultan bien accesibles, como *Las Coplas* de Jorge Manrique o los desenfados del Archipreste de Hita. Y a pesar de su frialdad aparente, al fin son nuestras como una "prosa" de Gonzalo de Berceo, aquel del "bon vino"; no obstante sus presuntas obscuridades, las creaciones gongorinas resuenan con ecos de siglos: la simple publicación de las *Soledades* con motivo de su reciente centenario, que ha sido después de tres siglos como un segundo nacimiento, libre de los ataques sistemáticos de los tratadistas retóricos, demuestra cómo Góngora no desmerece del "hijo de las musas, Apolo mismo, Lope de Vega, victor!"

Pero, ¿qué tiene Lope que ha dejado cortos a sus panegiristas que lo proclamaban "maravilla del siglo"? Lope ha explotado esa sed de novelesco que todos los hombres alentamos, y máximamente preferían los de su siglo heroico. Lope de Vega gozaba de un predicamento incomparable por la sucesión inextinguible de los deslumbramientos de sus comedias: nunca menos de cincuenta cada año, aún sin seguir a los que le atribuyen 1800 representadas! La eufonía del verso español, mezcla de misticismo y épica, acunaba el ansia de cosas lejanas de los obligados a vegetar en sus villas. Dos o tres "tiradas" de versos resonantes decidían el éxito, fomentando la propensión al ditirambo de sus "sostenedores".

Eran momentos favorables a la convención del teatro, que aun perduraba en el siglo pasado, cuando todavía el público componía su garganta estremecida de emoción, antes de comenzar el espectáculo. Imaginamos el hechizo colectivo. Y mucho es que

hoy aún lo leamos, hechas todas las reservas, desembarazada su gloria de los costrosos elogios de sus obcecados admiradores. Y más que por la magnitud proteica de su "obra monumental", por algunos fragmentos. Y con provecho podemos entregarnos a su compañía. Su realismo rebrilla mágicamente entre las sombras conventuales de su época, con intuiciones geniales.

Cuando Lope finó su accidentada vida, destroncado por el espectáculo de un ajusticiamiento, un biógrafo, interpretando el sentir colectivo de España y de "su piadosa madre, la ilustre villa de Madrid, que siempre le trató con veneración, honrándole con aplausos en la vida y aplaudiéndole con lágrimas en la muerte", lamentábase: "¡Qué mucho si perdió en tres días su mayor tesoro, quedando sin el Apolo que alumbraba sus tinieblas, sin el Orfeo que suspendía sus sentidos, sin la lira que cantaba sus hazañas, sin la pluma que repetía sus fiestas, sin el espíritu que celebraba sus santos, sin la voz que pregonaba sus antigüedades, sin el ingenio que divertía sus pesadumbres, y sin el hijo que la honraba con su nombre!". Ciertamente no era fácil en esa centuria, recibir tamaño elogio póstumo, sin las protestas de sus rivales. Es que Lope bastante merecía, por haber dado al pueblo, sin excesivos sobresaltos espirituales, muchas horas de deleite. Marone, con eficacia crítica, establece el porqué de su revolución teatral, acreedora al éxito inicial. Al desembrollar las intuiciones dramáticas de Juan de la Cueva, Lupercio de Argensola y Virués, el gran Lope clarificó los sentimientos antagónicos de aquellos seres, solicitados al par por los esplendores orientales y los claroscuros de las celdas monásticas. Sin embargo más que en esos aciertos que le dieron la certidumbre de su posteridad literaria, lo celebramos sobremanera porque en su aparente conformismo, que engañó a Farinelli, irrumpen palabras que reflejan horas de duda, disciplina fértil del espíritu. "Aprended, flores, de mí — lo que va de ayer a hoy — que ayer maravilla fui — y hoy sombra mía no soy", dice en su Comedia *La moza de cántaro*, diluídas voces de angustia desperdigadas, que Calderón recogerá, para concentrarlas en su oracular *La vida es sueño*.

El afán de éxito seguro, aminoraba su tormento, que es flor del genio. Así Lope fué el ingenio encarnado. Y no es ser herético

cos consignar que sus tragedias más merecen ese título por sus finales de muerte que por la dramaticidad de las situaciones. Su tono gozoso en el canto desplegado, sin atisbos de humorismo, en la exclusivista felicidad de la métrica, que le permitía escribir una obra de teatro en tres jornadas y en versos martillados y rimados, en el correr de un día.

Marone, recogiendo la plenitud desperdigada en sus innumerables obras, ha establecido, con penetración, cómo Lope ha sido el primero en desvincular las acciones de sus dramas de los preconceptos aristotélicos y a “cacciare dai palcoscenici le varie vuote astrazioni personificate che gli ingombrano e a porre al loro posto, diritti e vivi, i caratteri del mondo e della realtà, a commettere un significato originale a quel “grazioso” che in lui proprio comincia a essere il vero sale della vita e ad avere in sé profonde incancellabili analogie del “folle shakespeariano”. Y así defiende uno de los pasajes de *La Estrella* (precisamente el que dió asidero a Menéndez y Pelayo y a sus serviles continuadores, para establecer la no paternidad de Lope) probando cómo el español consigue acentos dignos del gran britano que vendrá después.

Igualmente irrefutables son las argumentaciones de Marone al analizar el “Nacimiento de la Comedia”. Rastrea sus orígenes vagos en el *Auto de los Reyes Magos*, comprueba sus efectos reales en Gómez Manrique y Juan del Enzina, hasta mostrar su culminación en *La vida es sueño*.

Reparos merece la afirmación de Marone de que sin Lope no habríamos tenido a Calderón ni a Tirso de Molina. Evidentemente éstos le deben algo a Lope; pero es más importante certificar que sin los arquetipos de Italia (sea en la parte “caligráfica”: petrarquismo, ariostismo, etc., sea en su “contenido”, que va de los *Diálogos* bocachescos a la *Mandrágora* de Maquiavelo) Lope no hubiera alcanzado su plenitud, sin contar los incalculables influjos del *Aminta*.

En pocas páginas Marone traza una semblanza vívida de Lope, ejemplo “di sregolatezza e di potenza, di male e di bene, di disordine e di genio che un uomo solo—in disperato anelito verso Dio— sia riuscito a lasciare alla nostra terrestre umanità”. Difícil constreñir en contados párrafos las gestas de tamaño di-

lapidador de vitalidad (imbuido de la vanidad de las horas no quiso ser un cronometrista de la propia vida), vorágines de horas, desde los camarines de aquella que prematuramente le enseñó los abismos de la sensualidad, hasta el final en el claustro, cuyas paredes tenía con su sangre en autoflagelaciones frenéticas.

*

Bien hace Marone en colocar en su luz de siglos a Lope, para que le sigamos en su excursión lírica: al través de las escenas de *La Estrella de Sevilla*, ejemplo de drama de hombres más grandes que su humanidad, y *Las bizzarrias de Belisa*, espécimen de la comedia de intriga donde la mujer ya libertada de los cepos del medioevo con las exaltaciones de los "lays d'amors", toma su sitio preponderante en el mundo burgués que surge. No era tarea fácil hallar entre las mil y una comedias de Lope, obras que, al ser contrapuestas, ejemplarizaran su evidente eternidad. Las más famosas, las que llevaron hasta el deliquio a tantos espectadores, cultos e ignaros, sólo perduran viviéndolas en su clima secular. El Lope que tenemos más cerca es el de algunos fragmentos de sus *Soledades y Autos*. Por sus sonetos y romances ponemos a Lope en el mundo fantástico de las palabras arquitecturadas, capaces de cimentar toda una vida. Al lado del marqués de Santillana, de Gutierre de Cetina con su breve madrigal, de Cristóbal de Castillejo, de San Juan de la Cruz, de Sor Teresa, del dulce Garcilaso y de Fray Luis de León... Y sin desmedro de su abolengo lo vemos de bracete de algún "menor" que no tuvo tantas trompeterías de fama "en la hora de la muerte corporal".

El esfuerzo de Marone, al traducir en versos polimétricos el frondoso texto, es una hazaña. Farinelli, confiando en la habilidad del traductor ha hecho una excepción al programa de la "Collana", que será toda en prosa. Así ha conseguido retraer en su belleza formal la creación de Lope. Apenas se consulte la obra, de inmediato surge la comunidad del autor y traductor, en "amorosi sensi". Un idéntico deleite por el vocablo diamantino los emparenta. Y son tantos los aciertos, que las inevitables flaquezas no cuentan, máxime si se piensa que los mismos compiladores hispanos de Lope se han visto en más de

un aprieto; y que no en balde pasa una obra de un mundo a otro sin sufrir algo por su trasplante.

Otra parte jugosa de la tarea de Marone son las notas: sobrias y oportunas, rinden accesible el texto. Y, para mejor, no faltan algunas observaciones, como la de Lope progenitor del romanticismo, atinadas y evidentes, que dan en el blanco con su punta de ironía.

Ahora Lope de Vega es un poco más de Italia. No es sólo de Nápoles, por el lirismo perenne que la "ciudad real" le infundiera con sus maravillas trasoñadas; ya es de Italia retornando a su pro genie artística, al evidenciar ese su realismo espiritualista que fué producto supremo del Renacimiento. Marone, en acción de gracias a la lengua de Cervantes que escuchó en los patios argentinos, entrega su traducción como un breviarío de belleza, riqueza intrarreal, entrevista como el oro en los tropicales ríos fabulosos.

ARTURO LAGORIO.

Nápoles, 1934.

POESIAS

MAÑANITA

POR el camino del cielo
Se fué levantando el sol,
Por entre las nubes blancas
Oro hasta el riacho bajó.

Los álamos se platearon,
Más verde el juncal quedó,
Y el ceibo puso en el aire
Sangre, con su roja flor.

Sinfonía de mil trinos
Por las islas se extendió,
Y alegría de la vida
Inundó mi corazón.

A UN CAMALOTE

NAVECITA verde,
Bajo el sol de enero
Vienes a mi encuentro
Sobre el Paraná.
Navecita verde,
Verdor entre oleaje,
¿Llegarás al mar?
Durmiendo en tus hojas
Te dejo mi ensueño,
Durmiendo en tus hojas
Tranquilo estará.

Navecita verde,
 Verdor entre oleaje,
 Flotando, flotando,
 Llévalo hasta el mar.

ALAMOS

DERECHOS, altos, esbeltos,
 Al cielo quieren llegar.
 Centinelas de los riachos,
 Firmes en su puesto están.

Y sólo al pasar la brisa
 Inclinan su rigidez,
 Con la suave aristocracia
 De un saludo de marqués.

CANCION DE CUNA ISLEÑA

DUÉRMETE mi niño,
 Duérmete mi amor,
 Cierra tus ojitos
 Que te canto yo.

¿No ves que la noche
 Ya está en el juncal,
 En el riacho alegre
 Y en el duraznal?

Duerme, que a la virgen
 Ya pedí por ti,
 A la virgencita
 Que está en el Miní.

Duérmete, mi niño,
 Duérmete mi amor,
 Cierra tus ojitos
 Que te canto yo.

RICARDO E. POSE.

SINCERIDAD

S he de ser sincero con mi propia vida,
 No puedo pedirle nada extraordinario;
 Yo me sé algo extraño, algo atrabiliario,
 Fantástico sino de cosa perdida.

Yo vago; deambulo como distraída
 Sombra de la luna que alumbra un estuario.
 Hago de la insólito mi devocionario
 Y tengo en la duda la mente prendida.

Sobre la esperanza que a todos alienta
 De hender el destino con flechas de espuma,
 Tengan otros hombres sus ojos bien fijos;
 Yo sólo ya aguardo que cuando se sienta
 Mañana flotando mi soplo en la bruma,
 Avive la llama que prende en mis hijos.

Rosario.

ADOLFO ELÍAS.

CANCION DEL TRAJE MARINERO

M marineros sin naves por las rutas del sol,
MARINEROS en tierra fuimos en nuestra infancia,
 Había en nuestros ojos ansiedad de distancia,
 y un afán de ternuras en nuestro corazón.

La infantil alegría oficiaba su misa,
 y fué un lírico asombro nuestro viaje inicial.
 Por los cuatro horizontes, desatando su risa,
 iban los marineros con Gaboto y Solís.

Mi infancia también tuvo su traje marinero,
 y el amoroso puerto de un diáfano querer...
 Cruzó todos los mares mi arriesgado velero,
 que era tan sólo un simple barquito de papel.

BALADA DE LAS NIÑAS QUE JUEGAN AL SOL

POR la breve cinta del claro sendero,
sendero de acacias y lilas en flor,
frescas cabelleras y voces al viento,
las niñas que dicen baladas del sol...

La ronda repite canciones del alba,
que evocan dulzuras de un tiempo mejor...
Repasa el recuerdo su libro de estampas,
y llueven nostalgias en mi corazón.

Como una calandria gorjeando ternuras,
asciende a las nubes la alegre canción...
Lo mismo que un ramo la infancia perfuma,
y vuelca en mi vida su copo de sol.

ANDRÉS DEL POZO.

CRÓNICA

LETRAS ARGENTINAS

Paisajes y figuras de San Juan, por *Juan Pablo Echagüe*. Editorial Tor, Buenos Aires.

SAN Juan ha dado al país obispos, doctores, mártires (Laprida y Aberastain), y por sobre todo, nació en su suelo el extraordinario genio de Sarmiento. Un hijo enterrecido del amigo del civilizador, don Juan Pablo Echagüe, en *Paisajes y figuras de San Juan* evoca recuerdos de su niñez florida. El crítico elegante de la mocedad rememora tiempos pasados. Viénele el señorío espiritual de aquel Pedro Echagüe —“otrora colaborador de Sarmiento”— conmillón del cuyano en los días aciagos de la tiranía y la organización constitucional. *¿Se matan las ideas?* es el título de una bella reminiscencia infantil. Fué en la apoteosis rendida al genio. Sarmiento llegaba a su amada tierra en 1884, por última vez, con su postrer saludo de despedida. El *primer ciudadano* de la Escuela de la Patria hizo su entrada triunfal en la ciudad —cuéntanos el biógrafo— “en uniforme de general, bicornio en la cabeza y espada al cinto”, realizando así el sueño de su niñez en su ancianidad de patriarca. Este general de leyendas fué escoltado por los niños de las escuelas —soldaditos de su eterna prédica civilizadora—, y ante el regocijo pueril habló un “tal muchacho en nombre de sus condiscípulos de las escuelas primarias...” “Cuando el chico terminó su laudatoria, declamada con expresión “sorprendente”, si hemos de creer a los periódicos locales de la época, vió al grande hombre adelantarse hacia él, sintió que lo levantaba en brazos, lo besaba en la frente, y ¡oh sorpresa! percibió mojadadas de lágrimas sus mejillas flácidas. ¡Sarmiento había llorado mientras lo escuchaba! ¡Qué fibra sensible hizo vibrar la inocente voz del niño en el alma del rudo combatiente?”

Sarmiento, crítico teatral, es otra página interesante, sobre la casi desconocida labor del célebre polemista en asuntos de teatro, como asimismo *Orígenes psicológicos de “Recuerdos de Provincia”*, monografía leída por Echagüe en el Museo Mitre, años atrás. Una completa biografía de Ignacio de la Roza, quizá la mejor lograda, llena esta galería de figuras sanjuaninas, entre las cuales se destaca la del “primer conductor de aquel pueblo por las rutas de la cultura y de la gloria”.

Es, en síntesis, el libro de Echagüe, una de las mejores fuentes de información para conocer el complicado espíritu del genio de Sarmiento.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

La casa del hornero, nuevos poemas localistas, por *Carlos Abregú Vi-reira*. Buenos Aires, Flaiban y Comilloni, 1933.

LEYENDAS y motivos norteños se cantan en este simpático volumen. La *casa del hornero* y el *nido del hombre*; el amor conyugal —vigoroso y sano— y el sentimiento de la naturaleza; niños, animales, árboles... arran-

can al poeta canciones espontáneas. A veces sus árboles y sus animales parecen acariciados por un hálito de la selva de Kipling.

He hablado de la espontaneidad de los versos y acaso sea conveniente que insista y aclare.

Abregú suele buscar empeñosamente la palabra, según dice en *Egoísmo*. Pero toma una original determinación:

*Si busco la palabra
y si por fin la encuentro
allá, perdida,
en un rincón cualquiera del cerebro,
humilde, solitaria,
soy con ella egoísta a tal extremo
que prefiero dejarla allí escondida
para gozarla sola en mis silencios,
y le miento al papel que está a la espera
de su sensual desfloramiento,
que la he buscado mucho y no la encuentro.*

¿Será por eso que su vocabulario es tan reducido? Es lástima, ya que parece tratarse de un espíritu pletórico de vida.

Dice luego en *El elogio de la maestra*:

*"Belgrano fué un general
de alma noble y austera".
Esto me enseñaba Catalina Trejo
cuando fui a la escuela.
Yo era un chico bueno; yo era un chico serio;
ella fué la maestra que tuve en la escuela,
y esos simples versos el primer veneno
que beben los niños poetas.*

Se notará cómo cojea y no consta el verso *de alma noble y austera*, si lo comparamos con el que le antecede. Salvo que sea leído enérgicamente:

de jalma noble y austera.

El veneno inicial ingerido con aquellos humildes renglones, no ha sido todavía eliminado del todo por el poeta. Por eso suele caer en versos como los que siguen:

*tener en cualquier calle, en la soleada aldea,
a Viracocha, artista; a Coquena, vigía,
de Eulalia! Al rancho...
y que de ahí, la Armada le daba sus escalas.
sobre un viejo algarrobo de ricos frutos de oro.*

El autor usa sinéresis poco recomendables. La sinéresis —ya lo dije otra vez— es figura inarmónica que oscurece la límpida sonoridad de los vocablos.

*Tres pichones, como tres
estrellas tenía el Hornero.*

Este verso duro lo lleva, insensiblemente, a uno largo:

*Tres estrellas, todas las tres
hermosas como el lucero.*

La fácil sencillez suele inducirlo a prosaismos vituperables:

*Sólo se oye a veces
la tos de algún viejo
que leyendo diarios,
a las fauces del sol tira el hueso
de su reumatismo.*

Asimismo habla el autor de "noches engullidas por el misterio de las sombras" y de un hombre a quien "el viento le *aporreaba* el pecho".

La familiaridad de los poemas, hace aun menos admisible la afectada colocación del pronombre en este segundo verso:

*Es niña humilde y buena
que nadie mirala pasar...*

No pretenden, estas observaciones de pormenor, invalidar el libro, meritorio por diferentes conceptos. Aspiran sólo a impugnar el primitivismo técnico, la escasez de imágenes y la carencia de un vocabulario rico, de ninguna manera incompatibles con la humildad de los asuntos preferidos del poeta. Usa éste demasiado la voz *árbol*, así, sin individualizar. Los nombres de animales son escasos en el libro.

En esta cuarteta no hay ni poesía ni verso:

*¡9 de Julio! Lindo día
para jugar a la taba
o correr a la sortija
con una suerte bárbara!*

El poeta reunió allí —no puede decirse que ha combinado— versos de siete, ocho y nueve sílabas.

Cuando logra su objeto, se hace leer con sumo agrado. Véase un trozo del poema inicial:

*Y el Duende, viejo y monco, que trema y se fastidia,
clavábale los ojos tenaces de la envidia.
Y Mikilo el siniestro, y Zupay el malvado,
escucharon, absortos, el canto iluminado.
El pájaro, entre tanto, dió comienzo a la obra
con la fiebre y el ansia que en el artista sobra;
sucio, con la argamasa de aquella arquitectura,
desde el amanecer hasta la tarde oscura.
La semana era breve, pero un justo descanso
se daba los domingos, aseado en el remanso.
Era de verle, entonces, con admirable unción,
observando de lejos la hermosa construcción.*

Dice bellamente en *Ternura*:

*...Déjate estar:
el lecho blando, perfumado,
en la pobreza del hogar,
es el lujo colmado...*

En *El elogio de los músicos*, parece oírse un eco lugoniano:

*El grillo y el sapo, son
los músicos pueblerinos,
que ensayan por los caminos
la guitarra y el trombón.*

Entre las mejores composiciones, figuran *La alegría de la mañana*, *Carnaval santiaguero*, *La canción de los cactus* (¿por qué no *cactus?*), *La Federal*, etc.

Esperemos, para un próximo libro, la labor acendrada de un poeta que ya ha dejado de ser novel.

AUGUSTO CORTINA.

Luces en el Océano, por *Enrique de Gandía*. "Librerías Anaconda", Buenos Aires, 1933.

COMO el autor no especifica el género de su obra, el lector queda en libertad de clasificarla a su manera o hurguetear en ella en busca de una denominación. Las primeras páginas parecen amenazar con una de esas aburridas crónicas de viaje, en las que el más insignificante fenómeno atmosférico o la insulsa narración de un viajero exótico ponen a prueba la paciencia de los lectores en el curso de noventa líneas tupidas... Pero, al promediar la undécima hoja, se inicia la "novela de amor", hábilmente engarzada en lo que podríamos llamar "diario de navegación de un soltero".

Estamos, pues, frente a una novela, concebida y realizada según cánones que la heroína encárgase de transmitirnos: "La novela moderna debe ser una crónica que relate, describa y refleje. La historia de un amor que nos hace sentir la personalidad de los amantes, es sencillamente una crónica".

Aceptemos este criterio, pero vamos a disentir de este otro: "Esos escritores aburguesados, cuyos libros relatan siempre la vida en una misma ciudad, en un mismo pueblo, en un mismo país, no pueden por ningún concepto excitar interés personal. Su manera de escribir será buena o mala; pero el espíritu de sus obras no dejará de ser *sedentario*, como ellos". ¡No, amigo de Gandía! Las obras no "excitan interés personal" (cuadraría mejor "universal", que es lo que importa para la fama póstuma) por el continuo cambio de escenario, costumbres y caracteres, sino por la verdad de éstos (así sean de una simplicidad encantadora como los del rincón riojano que nos describe Gálvez), por los conflictos pasionales, la pugna de intereses, el choque de ideas, la originalidad de los recursos técnicos de que se vale el literato... Por sobre toda bella descripción de ambiente estará siempre en primer plano la de los caracteres; y por encima de toda complicación del argumento, la cautivante verosimilitud de los hechos. Para interesar a los públicos de todas las latitudes, bastará que los personajes que se describan sean humanos; que humanas sean las pasiones que los agiten; humanos los sentimientos; hasta las virtudes y los vicios, los errores y los aciertos, la vida y la muerte, han de ser humanos.

El autor nos perdone esta discrepancia; porque estará con nosotros en que no es la mutabilidad de escenarios ni la variedad de aventuras lo que más ha contribuido a la gloria del *Quijote*; ni le fué menester a Larreta salir de España, o a France mudar de isla, para inmortalizar uno y otro a Don Ramiro y a los pingüinos... En todas esas manifestaciones de ricos espíritus novelescos, bastó el soplo humano con el que Dios puso en movimiento estatuas de barro. Los hombres son iguales en todas partes, desde la edad paleolítica. Los diferencia el pigmento, la vestimenta y la estatura...

De Gandía es un enamorado de los viajes y de la historia; por eso insiste: "En literatura el hechizo de la lejanía siempre nos sugestiona. Las narraciones nostálgicas que nos hablan de amores y de viajes ensñados, se adueñan de nuestras almas... ¿Quién no se enamora, aunque a través de las páginas de un libro, de las ruinas árabes de Andalucía, de las can-

ciones de Nápoles, de la poesía de Venecia, del embrujamiento de las ruletas de Montecarlo?..."

El asunto se transforma, por esta posición estética del autor, en un pretexto para describir ambientes. Mas, justo es consignarlo, en *Luces en el Océano* aquél llega, por momentos, a hacernos olvidar que "viajamos" y a concentrar nuestra atención en el proceso amoroso de la esposa del diplomático (la heroína de esta obra) con su accidental amante (el soltero turista), algunas de cuyas escenas son más que voluptuosas...

Hay, en esta degraiciada mujer y su rendido adorador, semejanzas curiosas con los héroes de *El Final de Norma*. Hasta la circunstancia de ser ella y su brutal esposo sajones, y el "Werther" ocasional, latino, resulta sugestiva. Con todo, no apuntamos una inspiración, sino una agradable coincidencia, que se patentiza en este pasaje: "Comencé luego a recordar la musicalidad de la voz de Delfina, su inefable sonrisa, aquel halo de impenetrabilidad en que se encerraba algunas veces como ocultando un misterio".

Si en algo concreto se asemejan Pedro A. de Alarcón y Enrique de Gandía, es en la sencillez y claridad del relato. Ninguno de los dos es artificioso. No obstante, Alarcón supera a de Gandía en la pulcritud con que construye sus periodos. Esta desventaja del segundo la atribuimos a su fecundísima labor literaria. En efecto, de Gandía no sólo lleva publicadas veinte obras en diez años (1924-1933), catorce de ellas históricas, sino que es activo crítico de libros y secretario de la Junta de Historia y Numismática. Tareas todas que el joven polígrafo desempeña con una vocación, un entusiasmo y una regularidad poco comunes.

Así puede explicarse que se despreocupe un tanto de la calidad de sus escritos, en los que algunos errores de imprenta y la desarmonía de no pocos párrafos denuncian falta de tiempo para el "pulir y repulir sin tregua". Si a la envidiable facilidad con que de Gandía escribe, uniese una escrupulosa corrección de las pruebas de imprenta y una oportuna poda de sobrantes, nada tendríamos que objetarle en este su último libro.

Luces en el Océano contiene pinturas soberbias, de efecto, de un realismo muy Flaubert o muy Galdós, que lo mismo incursiona con sagacidad en los espectáculos de la naturaleza humana que en la cósmica. Ese amanecer del capítulo XIV, o esa entrada en la bahía de Guanabara; esas bulliciosas despedidas, o esas insulsas y lánguidas charlas de a bordo entre gente de afectada cultura, o esos corrillos de chismosos en los que se despelleja al prójimo para matar el rato; esas escenas de amor con agrídulce sabor a adulterio, o ese trágico epílogo de un matrimonio de conveniencias, presentan al escritor de garra.

Enrique de Gandía como buen crítico sabrá dar a nuestras observaciones el alcance que ellas tienen. Porque conoce el idioma y es competente en las materias que trata, quisiéramos que huya de las improvisaciones, y ni por pienso pretenda emular a Lope de Vega, en atención a los efectos contraproducentes de la fecundidad del Fénix...

ANTONIO RUBÉN FERRARI.

CRITICA LITERARIA

Anatole France, por *Luis Reissig*. Buenos Aires. Librerías Anaconda. 1933.

ESTE libro de Luis Reissig es un fruto de buena calidad del Colegio Libre de Estudios Superiores, institución de la cual el mismo Reissig ha sido el fundador clarovidente, animoso y desinteresado, y es ahora, entra sus compañeros, en cuyas filas me honro en contarme, el animador

sin descanso y sin par. Nueve conferencias, nueve clases — mejor — dadas en el Colegio en 1931 sobre Anatole France, forman como un todo orgánico este libro, consagrado — la palabra es aquí muy propia — al novelista que nuestra generación admiró sin reserva. Aun recuerdo mi perplejidad cuando debí publicar en *Nosotros*, allá por 1912, un artículo demolidor de la obra de France, del joven escritor francés Paul Glassier, titulado *El crepúsculo de un dios*, que nos enviaba desde París, Juan Pablo Echagüe, advirtiéndonos que aquélla era allá la opinión, justa o no, de muchos jóvenes. Para nosotros, admiradores dogmáticos del maestro de *Le lys rouge*, aquélla era una pedrada en un cristal. Y eso que ya habíamos conocido al *cher Maître* pocos años antes en Buenos Aires, seguido de su infiel escudero Brousson, y observado su flaca humanidad. Mi generación difícilmente hará apostasia al culto de France: lo dije en esta revista cuando "Petit Pierre" murió.

Reissig, sin renunciar al examen crítico, es uno de sus devotos. Su admiración le viene de lejos. Gusta de France la ironía, el ensueño, la ternura, la voluptuosidad, la alada fantasía, la humanidad rica en contrastes y matices. A analizar pacientemente su vida, la formación de su espíritu, la génesis y elaboración de sus libros, sus ideas cardinales, su estilo y procedimientos literarios, fué destinado el cursillo del cual este libro es el compendio. No pretende ofrecernos la revisión de cada uno de los libros de France, ni una visión total de su obra de novelista, de crítico y poeta, sino solamente el examen de sus aficiones mentales, de sus amores y sus odios, de su pensamiento, su arte y su técnica, vinculándolos siempre al temperamento del escritor y a los pasos inciertos de su existencia vagabunda y soñadora. Siendo un libro documentado minuciosamente sobre los biógrafos y críticos de France y con grande acopio de transcripciones de sus libros, representa, con todo, una investigación original, así por el planteamiento de las sucesivas tesis como por el método con que aquélla ha sido llevada. Aunque el expositor se funda en las muchas noticias que ha recogido en torno de la vida y la obra del escritor, las clasifica y depura con criterio personal, componiendo la figura del hombre y el artista tal como surge ante sus propios ojos de admirador ferviente y lector apasionado.

Vida, pensamiento y obra fértiles en contradicciones, el crítico, para resolverlas, se ve obligado a hacer alardes de agudeza y de lógica, que establezcan por debajo de las aparentes mudanzas, una coherencia substancial. ¡Si sabemos cuán difícil es apresar ese espíritu tornadizo y ondulante, quienes hemos tenido que escribir alguna vez sobre él, procurando conciliar su escepticismo y sus impulsos a la acción! (*Anatole France: el aspecto social de su obra*, en *Crítica y Polémica*, 2ª serie). Por eso, si alguna vez los distingos y disculpas de Reissig no alcanzan a convencernos enteramente, más que suya la culpa es del mismo France, escurridiza anguila.

La vasta y compleja materia no está agotada en este libro. Quédale mucho por decir todavía al crítico sobre France, y ha seguido diciéndolo desde su cátedra del Colegio Libre. Por cierto que es ejemplar en nuestro país esta dedicación tan seria y tan tenaz al más completo conocimiento de un grande escritor.

Reissig celebra en Anatole France el culto de la forma. Piensa, como muchos hemos pensado siempre, que es "tan insensato separar la forma del fondo como un perfume del pebetero": esto lo escribía France cuando tenía veintitrés años, y de diferente modo lo repitió en varios pasajes de su obra. Por eso he de hacerle el reproche de que él no cuida suficientemente la forma. Prosista ágil e inteligente, no ha dado los últi-

mos retoques a su prosa, que peca a menudo por el lado gramatical. Sus versiones de tantos pasajes del admirable estilista, piden revisión y mayor pulimento, porque abundan en galicismos y aun en distracciones que se han corrido al texto original. Tampoco apruebo que muchos nombres propios que podían y deberían ser enunciados en castellano, entre ellos, algunos extranjeros, no franceses — valga como solo ejemplo, entre tantos, *Gênes* por Génova — hayan sido conservados en su forma gálica. Pero éstos son detalles de pulimento exterior, a los cuales al crítico le será fácil remediar en una segunda edición, que auguro próxima.

R. F. G.

LETRAS FRANCESAS

L'enfant aux stigmates, por *Charles Plisnier*. — Editoin Labor. Bruxelles.

EN esta novela asombrosa que no puedo sino recomendar calurosamente a todos aquellos cuyo espíritu poético se adentra en el corazón palpitante de la materia, Charles Plisnier, sin ocuparse para nada de las ideas que encierran a los objetos y a los seres vivientes, sabiendo que todo valor, por amplio que sea, no puede avaluar a las cosas, abandona definitivamente el pesado equipaje de la Razón razonadora y llegando a los antipodas del Pensamiento y de la Filosofía, logra evocar en nosotros a personajes cuya vida es más profunda y más real que la de cualquier creación naturalista.

Efectivamente, existe un hecho en cuya trascendencia nos fijamos sólo contadas veces, y es que estamos espiritualmente aislados en el mundo. Recordemos uno de esos momentos en que junto al ser más querido, durante uno de los silencios compactos que siguen siempre a las conversaciones más amadas, recordemos —repito— uno de esos instantes, fugaces gracias a Dios, en que miramos la frente de ese amigo, de esa amada, con el nebuloso deseo de destrozarla y enterarnos por fin de los verdaderos pensamientos, de los sentimientos que oculta. Y es que nadie sabe nada de nadie: nadie siente lo que otro. El mundo de nuestros semejantes nos está cerrado y no hay fuerza que pueda abrírnoslo.

En esto reside el escollo contra el cual se estrellan todos los escritores naturalistas. Como copian a sus personajes de la vida real, éstos, por su realidad misma nos son extranjeros, nos son incomprensibles, se hallan fuera de nuestro alcance. Siendo fiel reflejo de los seres vivientes, se proyectan a sí mismos fuera de nosotros; el contacto que con ellos tenemos se vuelve meramente exterior y por más que nuestra simpatía se esfuerce en llegárseles, siempre nos resulta corta, de manera que su individualidad —es decir el conjunto de cualidades que les son propias, que hacen que sea El y Ella, y no Tú, y no Yo— encontrándose al descubierto, los personajes se nos tornan una enigma que se esfuma en una suerte de mito.

Y es este escollo el que, auxiliado por un instinto poético poco común, ha salvado el autor de *L'enfant aux stigmates*. Reemplazando lo material, lo exterior, todo cuanto es posible conceptual del carácter de su personaje por las cualidades inmateriales del mismo —cualidades eminentemente asimilables por nuestra alma— logra que poco se nos importe la veracidad, la credibilidad de las acciones, de las emociones del homínuclo que incorporamos a nuestra personalidad sensible, que hacemos nuestras, que se producen en nosotros.

Rara vez he experimentado revelación más profunda de mi propio yo como durante la lectura de la obra de Charles Plisnier. Durante dos o tres horas fué un torrente de dichas y de desgracias que si bien yo he vivido, las he vivido — solamente; el concepto que de ellas se me fué

formando ha sido fiel reflejo de mi propia experiencia, de mi experiencia que ocupó un tiempo demasiado largo para que me enterase de su honda significación humana. El cambio que producían en mí los acontecimientos exteriores se hizo lentamente y por lo mismo se me volvió imperceptible. Efectivamente, la percepción sólo existe cuando nuestra memoria haciéndonos presente a un tiempo dos estados de alma sucesivos, los compara, es decir, cuando el mecanismo mental acelera el movimiento de nuestra vida afectiva para hacernos sensibles las diferencias que cunden entre cada instante de una misma vida. Y justamente es esta aceleración la que la obra de Charles Plisnier facilita en nosotros, de allí que nuestra experiencia espiritual se enriquezca tanto, de allí que vivamos con una intensidad desconocida.

Esa acción de carácter mágico es facilitada —quizá producida— por el hecho de que no envuelve a las acciones o a los pensamientos en aquel halo ideológico que —nuevo velo de Isis— nos impide el contacto con su realidad íntima. Purgando su obra de todo concepto, no fijó valor definido a las oraciones de que está compuesta, sino que muy al contrario, las dejó vacías para que nuestro mundo interior pudiera reflejarse en ellas. Sabiendo que al aparecer en el alma, las palabras, independientemente de su valor extrínseco, crean e iluminan un estado de predisposición sin finalidad, de beatitud indeterminada, el autor, exprimiéndolas de sus significados demasiado concretos, demasiado superficiales, demasiado burdos, las empapa en un valor mucho más profundo, humano, un valor íntimo, esencial, que armoniza con nuestro yo. Y así palabras que de todos son, súbitamente se transforman en nuestros objetos, en nuestra propiedad, y adquiriendo repentinamente un significado nuevo, se revisten de una tristeza personal única.

L'Enfant aux stigmates representa, pues, un valor altamente humano cuya poesía profunda arranca de las fuentes vitales del ser y cuya belleza, si bien recuerda estéticas anteriores, es fundamentalmente original, ostentando el sello de una fuerte personalidad artística, de un talento completamente evolucionado, de una sensibilidad que nada tiene que envidiar a la de un Leon-Paul Fargue o a la de un Jules Supervielle. Obra moderna, que traduce un espíritu emparentado con James Joyce, con Proust o con Breton, esta novela constituye una magnífica realización que me obliga a decir que, desde mi "descubrimiento" de Thomas Hardy, ésta ha sido la primera vez en que las horas vividas en estrecha comunión con un autor, en la su atmósfera densa y rutilante, han constituido instantes de profunda enseñanza, o mejor dicho, de intenso enriquecimiento espiritual.

ARIEL ATLÁN.

Ite, missa est, por Armand Godoy. Grasset. París, 1933.

EL último poema de Armand Godoy es, como *Le Drame de la Pasión* y las anteriores *Liturgias musicistas*, una sinfonía poética cuyo tema central es el divino misterio de la misma. *Ite, missa est*, magnífico edificio de arquitectura sabia, es la transposición verbal del sentimiento místico, es el Drama cantado de la miseria humana, la horrible tragedia de los que no poseen la paz interior, es la aspiración unificada y sublimada en un haz luminoso por la Iglesia de las almas doloridas. De allí los tres personajes simbólicos de la Tragedia Antigua: *El verbum dei*, la Iglesia, el Hombre.

Cinco columnas soportan el Templo, cinco piedras fundamentales forman el Arco: el *Kyrie elcison*, el *Gloria excelsis*, el *Credo*, el *Sanctus* y el *Agnus dei*. Cada una motivo musical indefinidamente repetido, cada una madre del Ritmo embriagador.

Cuando el Hombre se deja llevar por su Razón, llega siempre al Abismo tan ancho que no tiene orilla, tan hondo que ningún eco responde. En la lontanía, a través de las sombras del intelecto —obscuro velo que cubre al ojo interior— logra percibir una estrella centelleante, vacilante, como si fuera a apagarse. Dios le aguarda, el Dios de su primera infancia. De allí que todos deban volverse niños, ya que los niños llenos están de fe, de inocencia y de pureza. Inocentes y puros, ya han dejado de serlo los hombres, y bien dice el Apóstol que el Justo peca siete veces al día.

¿Cómo alcanzar esa estrella? Cruzando el Abismo. Y para ello es menester un puente, el único: la Plegaria. Inmenso Arco Iris de fe, de esperanza y de amor, la Misa lanza su arquitectura de luz por encima del espacio y nos abre camino hasta la Divinidad ante la cual nos presentamos con el corazón virgen y los ojos claros del que nunca ha pecado.

Godoy ha tratado este grandioso tema con el alma atormentada del que se siente poseído por el Grito de las multitudes.

El Poema empieza por la primer piedra que impulsa al alma por encima del Abismo, por el Dolor. Las sublimes palabras del *Kirie eleison* son aquí el cuerpo platónico que, por pulsaciones verbales, engendrará al tumulto de palabras con que se inicia el drama. El inmenso quejido de la Humanidad grita por la boca del Coro — perdónese al comentador, que se haya complacido en traducir los versos:

*¡Señor, Señor, ten piedad de nuestra angustia infinita!
¡Señor, Señor, ten piedad de nuestra atroz tristeza!
De nuestros deseos, Señor, de nuestros pecados, de nuestra ignominia:
¡De este pobre cuerpo enfermo donde el alma muere sin cesar!*

La Confesión espantosa atraviesa el Abismo, y:

Señor, ¡ten piedad de nosotros!

contesta el Eco Inefable.

Los humanos claman sus sufrimientos, sus dudas, sus lepras, sus blasfemias, sus risas enloquecedoras, sus lamentos, sus recuerdos de la época en que Dios estaba con ellos. Una voz reprocha:

*Cuando era niño poseía tu amor
Que me acompañaba de día y de noche.*

Tema principal, nace con estos dos versos, tema que atravesará todo el poema para abrirse en el *Agnus dei* como una maravillosa flor de amor y de esperanza. Iniciado aquí, el drama místico se encaminará lentamente hacia una glorificación del Niño.

Pero hasta ahora el hombre se siente abandonado y, mirando hacia el otro lado del espantoso precipicio, reprocha:

*Estoy solo, Señor, ante los días y los años.
Estoy solo, Señor, ante las fuerzas condenadas.
Estoy solo, Señor, ante las pálidas flores marchitas.*

Y sin embargo:

*Cuando era niño, al menor dolor
Tu mirada divina enjugaba mi llanto.*

La segunda piedra del puente es el *Gloria in excelsis*. Las voces van perdiendo su acento de desesperación, sienten que Dios está presente, que las ve desde Su trono y todos piden ayuda, reclaman la Gracia. Una voz dice:

*Tú que en tu sangre, Cordero de Dios, limpias las almas,
Tú cuyo dolor borra los pecados del mundo
Calcina mi carne, mis días vergonzosos, mis noches infames,
Y que la claridad de tu divino amor me inunde!*

Otra voz exhorta:

*Vosotros que sufrís, bebed en la fuente divina
Donde corren las lágrimas del Amor inagotable,
Donde el simbólico lirio brota bajo cada espina,
Donde el Monte prometido nace de cada grano de arena.*

Las voces se suceden rápidamente, todo se humilla, la tierra y el mar y el cielo y la Muerte. El Coro reúne a esa general humildad, canta:

*El dolor de la tierra
Que nosotros llevamos,
La llama salutaria
También cae de rodillas.*

Y es el Milagro. El Espíritu de Dios se inclina hacia sus criaturas y florece el encantado rosal de la liturgia cristiana, la clave del puente milagroso, de la arquitectura imponente que domina la espantosa Faz del Abismo: el *Credo*, sublime superposición de iluminaciones sucesivas dominadas por el Verbo:

¡Creo en Dios!

A lo que responde la alegría súbita de una voz:

*¡Creo! ¡Creo! ¡Creo!
El Dolor hizo brotar el manantial de mi fe...
...Hoy, Señor, sé que abiertos a la luz,
Los ojos de la Muerte estaban llenos de alabanzas,
Y que, excediendo al incienso alado de mi plegaria,
Los pajarillos cantaban, cantaban con los Angeles.*

Corrióse el velo de Isis, todos ven, todos creen. Algunos ya se unen misticamente con la Divinidad, voces participan del Verbo, voces que van y vienen y se cruzan, voces que se mezclan, ritmadas por los puntos de órgano del Coro. El Canto regulariza, se eleva, florece y se multiplica como milagroso capullo madreporico en el Eterno Azul del Limbo.

*Jesús adorado, he hallado mi inocencia,
Me siento perfumado por el bálsamo de tus heridas.
Ya no es el negro lacrimatorio que te inciensa,
Sino los albinos lirios de mis plegarias las más puras.*

Con el *Sanctus* ya sentimos iniciarse la transmutación, la catarsis aristotélica. El plomo en oro se convierte. Las almas desean la pureza y si aún no lo han logrado completamente, bien vemos que sus corazones anhelan esa suavidad, esa candidez del niño:

*Señor, para poder
Decir tu elogio
Quisiera tener
El corazón del puro,

El de los corderos
Y de las violetas,*

*El de las tumbas
Donde están mis poetas*

*Y aquel, aureolado
Por la eucaristía,
De un niño inclinado
Esperando la hostia.*

Empieza la quinta parte del poema, el que nos conduce a la Paz interior, el *Agnus dei*. La transfiguración se ha efectuado. Las inquietudes han desaparecido y la serenidad, la suavidad y la bondad iluminan a las almas. El egoísmo ha huido, todos rezan por los que aún no han pasado por el Puente de la Luz:

*No es para mí que pido tu misericordia.
No es para mí: es para los demás, para mis pobres hermanos.*

El acento ha cambiado, no se oye más el sordo retumbar de las pasiones, todo se halla bañado en la claridad difusa, infinitamente suave, infinitamente pura. En medio de esta luz mística, niños gentiles y rubios pasan tranquilamente. A lo lejos una campana suena dulcemente, mientras una voz murmura:

*El Niño Jesús me dijo de ir al prado
A coger botones de oro para la Virgen María.*

Y el poema termina por la palabra de esperanza y de fe:

Amén.

El Puente de la Plegaria, de la Misa, ha llegado a su destino.

ARIEL, ATLÁN.

HISTORIA

Monteagudo y el ideal panamericano, por *Máximo Soto Hall*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1933.

EXISTE *sobre* Monteagudo una bibliografía tan abundante y copiosa que, ella sola, ya ha merecido estudios especiales. Sin embargo, esta vida de Monteagudo escrita por Máximo Soto Hall no sólo resulta novedosa y amena por la forma en que ha sido encarada, sino útil en sumo grado por la documentación valiosa que contiene, todo lo cual hace que este libro, compuesto con talento y con cariño, deba juzgarse como una obra de positivos méritos, de la cual ningún biógrafo de Monteagudo podrá prescindir.

El señor Soto Hall ha rendido con este libro un homenaje a la República Argentina, a la cual, como dice en la dedicatoria, "por grande la admiro, y por hospitalaria la amo", y los argentinos, no por la simple dedicatoria, sino por el valor de su obra, debemos agradecerle tan importante contribución a nuestra historia.

La lectura atenta de este libro revela en cada una de sus páginas la profundidad con que el señor Soto Hall ha estudiado la vida de Monteagudo. Así, por ejemplo, al referir, en el capítulo I, "La caída de Monteagudo", hace un retrato fino del prócer, de sus enemigos y del ambiente en que vivía. "Su figura elegante, su conversación amena, la distinción de sus modales, todo hacia de él un personaje atrayente", dice el señor Soto Hall. "Sus adversarios —continúa— con menos inteligencia, con

menos energía, con menos astucia, le igualaban en cambio en pasiones violentas y lo aventajaban en carencia de escrúpulos". Con estas líneas el lector ya ha comprendido quién era Monteagudo y quiénes eran, también, aunque no se les mencione, sus enemigos.

Estos enemigos prepararon su caída y su destierro. Monteagudo había prohibido el juego en la ciudad de Lima, y ellos, pocos en número, pero fuertes en intrigas, consiguieron su destierro mediante una propaganda que exageraba enormemente las faltas cometidas por Monteagudo. El señor Soto Hall ha estudiado con inteligencia este momento histórico llegando a conclusiones precisas y exactas.

La parte trascendente de este libro comienza con "Monteagudo en Panamá". Desde la caída de Monteagudo del Ministerio, en julio de 1822, hasta su regreso al Perú en abril de 1824, no se tenían noticias de importancia y ese período pasaba casi desconocido. El señor Soto Hall lo ha ahondado por primera vez reconstruyendo así un trozo de la vida de Monteagudo que tiene capital interés, pues en él tuvo lugar la amistad de Monteagudo con Bolívar y el primero pudo interiorizarse de muchos pormenores políticos que le fueron más tarde de grande utilidad. El señor Soto Hall transcribe varios documentos de los archivos de Bogotá y refiere la amistad de Monteagudo con Francisco Burdett O'Connor, así como los juicios elevadísimo que el primero mereció al segundo, todos ellos curiosos e interesantes.

Monteagudo, elegante, cultísimo —sabía el latín, el francés y el inglés y viajaba con cajones de libros— se conquistó pronto las simpatías de todos cuantos le conocieron. Entre sus muchas habilidades, suponemos que también debía tener la de fingir cuando le convenía y estar siempre como en un escenario, pues ésta es una habilidad de la cual no carecieron ninguno de los hombres que, como él, llevaron una vida de intrigas, de triunfos y derrotas.

El encuentro de Bolívar y Monteagudo tuvo lugar en Quito. El señor Soto Hall expresa con mucha razón que "la inteligencia viva, el temperamento pasional, el carácter violento de ambos, condiciones eran que lo mismo podían dar origen a una franca y sólida amistad que a un odio pertinaz y eterno. Esto ocurre constantemente con todos los hombres de elevada posición intelectual. Si los lectores de este libro no olvidaran las líneas que he transcritas, se explicarían el porqué muchos grandes hombres son fraternalmente amigos u odiosamente enemigos.

De gran interés, por lo poco conocidos, son el proyectado viaje de Monteagudo a México, con objeto de conseguir fondos para la prosecución de las campañas de Bolívar, y el viaje de Monteagudo a Guatemala: viaje realizado con el principal motivo de encontrarse con don José Cecilio del Valle, autor de un plan de unión americana que había entusiasmado a Monteagudo.

El señor Soto Hall hace un estudio acabado de este viaje de Monteagudo, así como del ambiente de la ciudad de Guatemala: la segunda ciudad de la América española y una de las más cultas del Continente.

Interesante es la historia de un retrato de Bolívar que Monteagudo llevó consigo a Guatemala, que terminó por ser destruido en un incendio del año 1873. Pero más interesante, por cierto, y de una gran importancia, es el regreso de Monteagudo acompañado por Manuela Sáenz de Thorne, que llegó a ser la querida más famosa de Bolívar y a quien conocieron, entre otros, Garibaldi y Ricardo Palma. El señor Soto Hall recuerda las discusiones amistosas, pero violentas, que Bolívar provocaba entre Monteagudo, de ideas ateas, y Sánchez Carrión, religioso ferviente: discusiones que fueron el fermento de un odio que separó cada vez más a ambos personajes.

En el capítulo XII, el señor Soto Hall transcribe varias cartas de Monteagudo a Bolívar que demuestran los servicios y los consejos que

el primero prestó siempre al segundo. "Elemento inapreciable para Bolívar", dice el señor Soto Hall que fué Monteagudo, y así, en efecto, lo demuestra su historia.

La idea de la federación americana fué en Monteagudo una preocupación constante, por lo cual el señor Soto Hall cumple con la finalidad principal de su estudio de "reparar una incalificable injusticia cometida con el prócer argentino, a quien no se le ha dado el puesto culminante que legítimamente le corresponde como precursor y fundador de los principios de solidaridad americana".

El libro del señor Soto Hall termina con un interesante capítulo sobre el misterio que rodea el asesinato de Monteagudo. Mucho se ha escrito sobre este punto sin llegarse nunca, como reconoce el autor, a una conclusión definitiva. Sin embargo, el señor Soto Hall después de transcribir las opiniones de mayor autoridad sobre la muerte de Monteagudo y hacer de ellas un análisis concienzudo, llega a afirmar que el misterio de la muerte de Monteagudo permanece impenetrable; pero que la mano que plantó el puñal en su corazón debió moverse instigada por el odio de Sánchez Carrión.

Esta obra, escrita con un estilo elegante y sobrio, preciso y exacto siempre, es, por su documentación y las grandes síntesis de sus capítulos, uno de los libros más bellos y valiosos que se han publicado en estos últimos tiempos sobre el gran Bernardo de Monteagudo.

ENRIQUE DE GANDIA.

Colón (Su nacionalidad. El predescubrimiento de América. Su tumba y el faro conmemorativo), por *Tulio M. Cestero*. Librería "Cervantes", de Julio Suárez. Buenos Aires, 1933.

LA bibliografía colombina, a pesar de ser abundante y variadísima, no contaba con una obra como esta de! Dr. Tulio M. Cestero, completa y documentada, de lectura fácil y amena, que expresase el resultado de los últimos estudios sobre Colón en síntesis comprensivas para todos los lectores.

El presente libro es una obra de crítica, de investigación y de divulgación a la vez. Su autor, profundo conocedor de los problemas colombinos, se ha especializado en lo relativo a la tumba de Cristóbal Colón. Sus estudios sobre el particular son definitivos y no creo que, por el momento, puedan ser superados. En efecto: después de una breve, pero sustanciosa, historia de la peregrinación de los restos de Cristóbal Colón, de Valladolid a Sevilla y de esta ciudad a Santo Domingo, entra el Dr. Cestero a analizar la supuesta traslación de los mismos restos a La Habana en el año 1796 y el hallazgo, en 1877, en la catedral de Santo Domingo, de una caja de plomo con unos restos humanos y una inscripción que los revelaba como de Cristóbal Colón.

La crónica del hallazgo, perfectamente documentada, así como la discusión crítica que sobrevino luego entre historiadores españoles y dominicanos sobre la autenticidad de dichos restos, están muy bien tratados por el Dr. Cestero, en forma galana, flúida y erudita, que deja en el ánimo del lector la convicción de que los restos del descubridor de América halláanse depositados en la catedral de Santo Domingo y no en otra parte alguna.

La cuestión del lugar en que vió la luz Cristóbal Colón es estudiada de un modo sumario por el Dr. Cestero, quien, haciendo caso omiso de todas las fantasías propaladas acerca de su nacimiento, exhibe varios documentos definitivos que prueban concluyentemente que Cristóbal Colón nació en Génova, conforme declaró él mismo y reconocieron todos sus contemporáneos. Este problema hállase resuelto desde hace años y el insistir en él,

tergiversando o complicando los hechos, como hacen ciertos críticos deseosos de publicidad, llega hasta a carecer de interés científico. El ejemplo del Dr. Cestero, que en pocas páginas prueba el nacimiento de Colón en Génova, saltando por encima de toda la erudición, fácil y falsa, que han acumulado algunos autores en sus alegatos inconducentes, debería ser imitado por quienes aun pretenden decir algo nuevo sobre un tema ya definitivamente agotado.

El Dr. Cestero termina su libro sobre Colón con unas páginas dedicadas al faro que por resolución de todas las naciones reunidas en la Vª Conferencia Panamericana se levantará en la margen izquierda del río Ozama, en el mismo terreno en que el 4 de agosto de 1496 se fundó la primera Santo Domingo de Guzmán.

Es, en fin, este libro, un estudio ameno, erudito y útil para todos los lectores, sean éstos profanos en cuestiones históricas —pues les servirá para enterarse rápidamente de problemas complicados—, o eruditos avezados a este género de lecturas, que hallarán en estas páginas un modelo de buen decir y sobriedad científica.

Puede, por tanto, considerarse como la última palabra sobre Colón este bello estudio del Dr. Tulio M. Cestero.

ENRIQUE DE GANDIA.

FILOSOFIA

Meditaciones suramericanas, por el *Conde de Keyserling*. Versión del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres. Espasa-Calpe. Madrid, 1933.

EL conde de Keyserling es un escritor desconcertante. Admirable escritor, elocuente, profundo, agudo, un filósofo que se expresa líricamente y que pasa sin transición de la divagación abstrusa a la definición lapidaria y precisa, nos mantiene suspensos y perplejos sobre qué es, qué busca y a dónde va. Como expresión de su pensamiento y de su técnica expositiva, su reciente libro *Meditaciones suramericanas*, ahora traducido al español por Espasa-Calpe, es de los más significativos entre los suyos. Nacido de su viaje a Sudamérica, hace *pendant* con su *Análisis espectral de Europa* y con *Nortamérica libertada*, antes publicados por la misma editorial española. No se trata — lo aclara el A. en el interesante prólogo escrito especialmente para esta edición — de un libro *sobre* Sudamérica. De su visión de Sudamérica parte el A. para estas *Meditaciones* sobre el hombre, considerado "desde los abismos de la vida telúrica hasta las alturas del espíritu". *Meditaciones* que él juzga útil ofrecer, al extraer a la luz los problemas fundamentales y radicales de Sudamérica, actuando de "partero" — dice — a fin de apresurar el parto y llevarlo al mejor término posible. Porque, afirma, "estoy cada vez más convencido de que la humanidad española e hispanoamericana tiene ante sí un magno porvenir". Y prosigue: "Las posibilidades particulares de la moderna civilización ibérica cuentan entre aquellas cuya realización ha de precisar la Humanidad entera en el curso de los próximos siglos. Si al periodo histórico nortamericano no sigue un periodo ibérico, la culpa toda será, única y exclusivamente, de la posible pereza y el posible indiferentismo de los españoles y los hispanoamericanos".

Ambicioso propósito el suyo; comprometedoras declaraciones. Merecen ser analizadas más detenidamente. Sería imperdonable ligereza hacerlo en una breve nota bibliográfica, condenando, sobre la base de un análisis insuficiente, los que a veces puedan parecer devaneos, y otras,

boutades, del ilustre filósofo viajero y fecundo escritor. Estos son exámenes de ideas a los cuales es debido el ensayo lento y razonado. Porque lo cierto en que, aunque el conde de Keyserling nos desconcierte a menudo con sus divagaciones o nos fuerce a disentir de sus observaciones discutibles o audaces, es sin lugar a duda un hombre de talento que sabe ver muchas cosas recónditas y expresarlas con un *pathos* épico o trágico realmente elocuente.

Baste por hoy. Con esta nota sólo hemos querido anunciar la publicación de un libro que une al interés de hacer referencia muchas veces a hombres, cosas, sentimientos y costumbres argentinos, con observaciones, muy agudas algunas, peregrinas otras, tanto como para hacer saltar indignado a más de un compatriota, el general de la vastedad de su concepción y el no menor de estar bellamente escrito, y además traducido, lo que no es poco mérito, con fidelidad e impecabilidad literaria y gramatical.

R. G.

ARTE

Rapporto sull'architettura, por *P. M. Bardi*. Roma.

MALOS tiempos para el Espíritu. Malos tiempos para el Arte. El hombre de hoy no tiene tiempo que perder; es razonable, inteligente, poco dispuesto a interesarse seriamente por estas pequeñeces: Poesía, Pintura, Arquitectura. Todas tolerables en período de calma, de prosperidad, pero ahora el tiempo de la penitencia ha llegado. El artista se pone una camisa negra, parda, se enrolla bajo la bandera de la hoz y del martillo.

La Arquitectura, por ser el arte más durable se convierte en arte de Estado. Todos se embriagan con el embrutecimiento de la voz de mando, de los himnos guerreros. En casi todos los países, el artista se halla apretado, enjaulado, pertrechado, empaquetado... Es una movilización general, una militarización sin límite. Es la esclavitud. Es precipitarse alegremente en el seno de la barbarie tecnocrata, estatista, materialista, belicista.

Desde hoy, el hombre más despreciado, perseguido, encarcelado, purgado, torturado, asesinado, es el que no tiene opinión política, el que aún no renunció a vivir por vivir. Y sin embargo, ¿para qué demonios estamos en este mundo si no es para vivir, así, llanamente? Pero ya no se puede, es menester enrollarse bajo una bandera. Y hoy la bandera común es la Técnica. Sí, después de adorar al becerro de Oro, los hombres creen en este nuevo Baal: el Técnico. De allí el arte-moralizador, el arte-social, el arte-burgués, el arte-proletario, el arte-regeneración-nacional. De allí los desvarios de la Arquitectura, arte del Estado.

Y sin embargo, Miguel Angel decía que algo le faltaba al artista que no conociera la Arquitectura. Pensamiento grande y peligroso. Muchos de los que tratan este tema ven únicamente su grandeza — cuando la ven.

Esta incompreensión se ha acentuado por culpa de los discípulos —librescos y superficiales— de Le Corbusier. Dilatando su punto de partida, fundaron una como teoría antropocéntrica de este arte, según la cual construir es calcar las formas sobre las necesidades normales del hombre. De allí la arquitectura funcional; de allí la muerte de la Arquitectura como Arte. Esta ha dejado de ser el asunto del arquitecto para convertirse en el de los ingenieros, higienistas, inventores y... periodistas.

Porque el señor P. M. Bardi se dice periodista, y efectivamente publicó dos libros de reportajes, uno sobre Rusia Soviética, otro sobre los desterrados italianos de París, en que ostenta la imaginación más desordenada unida a una contemplación beatífica de Mussolini.

Y el señor P. M. Bardi, periodista, tuvo el propósito de escribir un ensayo sobre la arquitectura fascista. Digo, tuvo el propósito, porque ni logró un ensayo, ni logró hablar de arquitectura. A la verdad que se desquita hablando mucho del Fascismo.

Para decir verdad, a veces trata el tema, pero, entonces, el señor P. M. Bardi, periodista, constituye lo que los franceses denominan "un enfonceur de portes ouvertes", un fabricante de perogrulladas.

Sin embargo existen partes originales, muy originales a la verdad, cuando aconseja crear "una nueva línea horizontal inherente a la tradición mediterránea", por ejemplo. Pero ¿de dónde saca esa tradición horizontal? Hasta ahora la tradición oriental-mediterránea nada tiene que ver con la línea horizontal, ya que es puramente matemática. Quizá el señor P. M. Bardi conteste como aquel héroe de Molière: "Nous avons changé tout cela".

Es más, el joven director de la revista *Quadrante* preconiza una arquitectura basada en la "nueva estilística". ¿Qué es esa "estilística"? preguntaremos. Oh, muy sencillo. En primer lugar, consiste en el utilitarismo; en segundo lugar —artísticamente (¡oh Leonardo!)— la arquitectura "bardiniana" debe lograr "por medio de las relaciones entre la masa y la estructura, del equilibrio volumétrico y de la proporción rítmica, una como transposición en cemento, hierro y vidrio, de la nueva sensibilidad política —es decir fascista— y del espíritu moderno —es decir utilitario, racional y técnico".

Acudamos al propio Le Corbusier. Este exclama que "el arquitecto debe esforzarse en crear formas susceptibles de perdurar y no de caducar". Pues bien, si miramos al mundo, vemos que la técnica se adelanta a pasos agigantados y que las necesidades de los hombres crecen en proporción. Consecuencia: un estilo basado en el utilitarismo pasaría de moda en diez años. En cuanto a la "sensibilidad política" y al "espíritu moderno", ¿quién puede certificar que dentro de cincuenta años tendrán las mismas características?

Y cuando el autor de este informe para Mussolini exclama repetidas veces que "las relaciones entre los volúmenes, entre las líneas, son imposibles de hallar por el cálculo" ¿no nos demuestra acaso su desconocimiento completo de la cuestión? Si en vez de ser "periodista" fuera arquitecto, es decir artista, sabría que los compañeros de la Edad Media y del Renacimiento debieron la realización de esos maravillosos edificios, no a sus maestros, que no pudieron ser siempre genios, sino a la tradición corporativa, de origen helénico, pitagórico, platónico — matemático.

La emoción que nos invade frente a esos grandiosos palacios la debemos, la mayoría de las veces, a cierta relación, a cierta proporción matemática, perfectamente definida y conocida por Leonardo da Vinci, calificada de "divina" por Luca Pacioli, estudiada en la actualidad por el estadounidense Jay Hambidge, el sueco Macody Lund y últimamente por el alemán Moessel.

Esta fórmula no responde a una construcción quimérica de los cerebros helénicos sino a una verdad manifiesta: que la ley matemática es también una ley de la naturaleza. El error de todos estos "arquitectos" como Bardi es el de considerar a la Arquitectura como un arte puramente humano, cuando a la verdad presenta caracteres inhumanos. Lleva el sello del hombre, sí, pero en detalles: la puerta, la escalera. Todo edificio encierra algo más de lo que dispuso el hombre, algo que protege pero que amenaza. De allí la angustia que sentimos al entrar en ciertos edificios, la angustia que siente todo nómada, la angustia que nos oprime frente a un cuadro de De Chirico. Y si no, figuremos a Buenos Aires vacía de sus habitantes...

Un monumento es un objeto resistente, resistente como las montañas

de donde se sacan sus materiales; resistente al Mundo, resistente al Hombre. Nadie puede permanecer encerrado en una casa.

Es pues un error —artístico se entiende— hacer casas que sean únicamente “máquinas para habitar”. Y la prueba la tuvimos en la exposición de la Arquitectura Moderna Italiana que no supo mostrarnos otra cosa que edificios practiquísimos, pero horribles. Lo que no quiere decir que sea menester levantar templos griegos o catedrales góticas, sino armonizar los adelantos modernos de la técnica —hay que hablar de ella— con los cánones hallados por una sabiduría milenaria. Pero esto ya es más difícil...

ARIEL ATLÁN.

POLITICA

Construyendo el aprismo, por *Victor Raúl Haya de la Torre*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1933.

Los apristas con residencia en Buenos Aires han publicado recientemente, por intermedio de la Editorial Claridad, un libro de 240 páginas, que lleva el título del epígrafe.

Se trata de una disciplinada y esmerada recopilación de discursos, artículos y cartas del líder del Aprismo, producidos en 1924, un año después de ser desterrado por el dictador Leguía, hasta la víspera de su secuestro llevado a cabo, por orden de la siniestra tiranía “civilista” de Sánchez Cerro, en la madrugada del 6 de mayo de 1932 y que se prolongó hasta la noche del 9 de agosto. Como sabemos, Haya de la Torre recobró su libertad favorecido por la ley de amnistía promulgada por el señor Benavides, que terminó la arbitraria reclusión en una inmundada y reducida celda de la Penitenciaría de Lima, del ilustre hombre público peruano.

Todos los capítulos del libro son excelentes. En cualquier escrito de Haya de la Torre, por pequeño que ésta sea, se manifiesta su notable característica: meridiana claridad y gran precisión en el planteo de los problemas. No podemos decir cuáles son los mejores, pero nosotros ponemos en primer término *El Aprismo como credo civil de nuestra América*. Esta, podemos decir definición de la doctrina aprista, complementa acabadamente ese otro bosquejo de la filosofía del Apra: “El Aprismo es una doctrina completa y un método de acción realista”, con que comienza el libro *Idcario y Acción Aprista*, de Haya de la Torre, editado por Gabriel del Mazo en 1930. *El Problema del Indio*, es un trabajo del cual han tomado todo o parte, los que después han abordado este problema fundamental de la peruanidad. Su discurso de Trujillo, pronunciado el mismo día que Sánchez Cerro se hizo cargo del gobierno del Perú, tras las fraudulentas elecciones que le dieron el triunfo, le retrata de cuerpo entero; en él hay generosidad y vigor. *El mensaje a la nación peruana* es magistral; creemos, con los muchos peruanos responsables que nos lo han ponderado, que se trata del más elevado y sólido documento producido en el Perú. Y no queremos seguir, porque tendríamos que repetir el índice.

En el apéndice, de 34 páginas, muy bien titulado: Clamor mundial por la vida y la libertad de Haya de la Torre, aparecen buena parte de los numerosos pedidos que por el fundador del Aprismo formularon los más altos círculos intelectuales e institucionales de los países del mundo donde es conocido Haya de la Torre.

Construyendo el Aprismo es un libro interesante para toda América.

ENRIQUE ROJAS.

VARIOS

André Bossin, La Lituania. — Jean Mauclère, Le Pays du Chevalier blanc. — Ladas Natkevicius, Aspect Politique et juridique du différend polono-lituanien. — Henry de Chambon, La Lituania pendant la conférence de la paix. — Victor Jungfer, Hinter den seen, Hinter den Wäldern. — Question de Vilna (Consultations de M. A. de Lapradelle, Louis Le Fur et André N. Mandelstam). — G. Salvatori, L'art rustique et populaire en Lituanie. — O. V. de Milosz, Contes et fabliaux de la Vieille Lituanie.

EN Europa los gobiernos hacen propaganda a su país, con fines turísticos o exclusivamente culturales. Uno de los medios más comunes de propaganda consiste en enviar libros a escritores importantes de otros países. Sin duda porque he sido presidente del PEN Club, o acaso porque mi literatura está algo difundida mediante las traducciones francesas, el caso es que continuamente recibo libros que me son enviados oficialmente desde Europa.

Entre los más interesantes que me han llegado este año figuran varios de Lituania. Los he leído u hojeado a todos, y me atrevo a afirmar que existen pocos pueblos de tan apasionante carácter e historia como la Lituania, y que alguno de esos libros, como el de Milosz y el de Mauclère, han sido lecturas inolvidables para mí.

Nada se sabe aquí de la heroica Lituania, y sin embargo eran lituanos por su raza Dostoiewsky y Mickievicz, como eran lituanos los antecesores de Kant. Y uno de los más grandes poetas contemporáneos de lengua francesa, Milosz, ha nacido en la pequeña Lituania y se considera lituano.

¡Extraño pueblo, el lituano! Habla un idioma que se parece mucho al sánscrito y que es anterior al griego y al latín. Su raza es la más pura de Europa, pues, por razones que sería imposible enumerar aquí, se ha mantenido en un defensivo aislamiento desde la Edad Media. Y en pleno siglo XV, por raro que parezca, este pueblo era todavía pagano.

No conozco una historia tan trágica como la de Lituania. En la Edad Media, los caballeros teutónicos exterminaron por completo a los borosos o prusianos, que eran una de las ocho ramas del pueblo lituano. Por completo, repito, y esto no es una frase. No quedó vivo ni uno solo. Los actuales prusianos habitan parte de las tierras que pertenecieron a los antiguos, pero no son sus descendientes.

Describir lo que ha sufrido la Lituania, tiranizada por Polonia, por Rusia y por Alemania, sería asunto de no terminar jamás. Ningún pueblo en el mundo ha padecido tanto. El gobierno ruso, en el siglo pasado, llegó hasta querer suprimir la lengua lituana. El poseer un libro en lituano, aunque fuese un pequeño devocionario, constituía un grave delito, que era penado con prisión y con el destierro a Siberia.

Pocas cosas tan emocionantes como la lucha de este pueblo por conservar su idioma. En Alemania se imprimían libros en lituano, que numerosos héroes hacían pasar clandestinamente. Los que se dedicaban a este noble contrabando eran fusilados si caían en poder de las autoridades rusas. El gobierno ruso llegó hasta esta brutalidad: hacer registrar por los gendarmes a las gentes que salían de misa los domingos, fuesen hombres o mujeres.

Durante la gran guerra los sufrimientos de Lituania excedieron a todo lo imaginable. El país pertenecía a Rusia, y las autoridades rusas, que nunca renunciaron a su idea de esclavizar a la Lituania, mandaban al frente a los lituanos, a los lugares de mayor peligro. Por su parte, los alemanes, que lograron en tierras lituanas sus grandes victorias, devas-

taron bárbaramente el país, sea que lo considerasen como una parte de Rusia, sea que quisieran vengarse del pueblo lituano, que les había resistido con éxito tantas veces.

Por causa de la guerra, Lituania perdió buena parte de sus grandes bosques, de aquellos milenarios en donde en otro tiempo se adoró al dios Perkunas. El pueblo lituano quedó arruinado, pero no menos resuelto a ser independiente y a conservar su raza, su personalidad y su idioma.

Como sucede siempre, en Lituania surgió, cuando hacía falta, un hombre providencial. Este hombre fué el doctor Basanavicius, verdadero padre de la actual Lituania, y al cual su patria le debe la independencia. Es una figura extraordinaria la de este hombre de voluntad de hierro y de patriotismo sin límites, a quien me gustaría poder compararlo con el cubano José Martí.

Pero Lituania no ha cesado de sufrir. Su capital histórica es Vilna, que está en poder de Polonia. Sería largo explicar cómo esto ha ocurrido y por qué Europa tolera semejante injusticia. Pero el hecho es éste: que hay en Europa una nación heroica, digna de ser respetada y admirada, a la cual le han quitado su vieja capital, su capital de muchos siglos.

En Lituania hay un arte y una literatura. Milosz, que desgraciadamente para su patria escribe en francés, nos ha contado, en un estilo lleno de gracia y de sencilla poesía, muchos cuentos y "fabliaux" de la vieja Lituania, lo que revela en este pueblo un gran sentido literario. En cuanto al arte, el libro de Salvatori nos hace conocer, por medio de espléndidas reproducciones fotográficas, numerosas cruces de los caminos, ricas de emoción y de formas. Lituania cuenta con pintores de verdadero valer, entre los cuales debe citarse a Ciurlonis, que es tal vez el de mayor prestigio; y con buenos escultores. En el libro de Salvatori figura la fotografía de un bronce admirable, titulado "La sacerdotisa", y que revela en su autor, Petras Rimša, a un artista que honraría a cualquier nación.

MANUEL GÁLVEZ.

LOS ESCRITORES ARGENTINOS JUZGADOS EN EL EXTRANJERO

Sobre "La lengua de Martín Fierro", de Eleuterio F. Tiscornia.

EL ilustre profesor de la Universidad de Milán, BERNARDO SANVISENTI, ha publicado en *Archivum Romanicum*, XVII, 425-3 julio-setiembre de 1933, el siguiente estudio acerca del libro de ELEUTERIO F. TISCORNIA, *La lengua de Martín Fierro* (B. Aires, 1930, vol. III de la *Biblioteca de dialectología hispanoamericana*), que juzgamos de interés para el lector, traducir:

La publicación que honra a la filología argentina y al Instituto creado *ad hoc* junto a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad bonaerense, dirigido por Amado Alonso, viene a perfeccionar como segunda y última parte, la obra crítica que Tiscornia inició con tanta perspicacia en 1925, publicando el poema de José Hernández con amplio comentario. (1).

Aunque separadas en tiempo y dadas en cuerpo y formato diferentes las dos partes del complejo estudio están íntimamente ligadas entre sí, pues en el primer volumen Tiscornia había dado ya una muestra más que

(1) Eleuterio F. Tiscornia, *Martín Fierro* comentado y anotado, I, Texto, notas y vocabulario, B. Aires, Imprenta y casa editora Coni, 1925, in-8 grande, pp. XV 501.

preciosa del habla de los gauchos en las notas lexicales al fin de la obra, redactadas con suma diligencia filológica y con toda la necesaria seriedad de control y de cotejo.

El gauchesco no sólo está estudiado en sí mismo como expresión de aquella peculiar población argentina del litoral rioplatense, de la Pampa al Uruguay que comprende Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y el sur de Corrientes, sino también continuamente comparado con otras hablas de Hispanoamérica, de cepa española, con el propio español original de los siglos XV-XVII y con las lenguas precolombinas en sus relaciones eventuales. A disposición del crítico no sólo está el texto del singular poema, pero también, como lo documentan ricas notas, otras obras similares, de autor y anónimas, *Tres gauchos orientales*, *Polonio Collazo*, *Los mellizos de la Flor* de Hilario Ascasubi: grande complejo de materiales que permite formular juicios sobre sólida base.

El léxico gauchesco forma parte, en el fondo, de aquellos americanismos o peculiaridad hispanoamericana de la palabra española que, hasta ahora, han sido abundantemente destacados por los estudiosos españoles en particular, para superar la real condición de los hechos y, por lo tanto, dejados a parte fácilmente como *corpus separatum* de la lengua madre, aunque en los últimos años los valientes discípulos del insigne maestro de la filología, Menéndez Pidal, hayan trabajado no poco en rectificar la glotología española y hoy, algunos de ellos, operan en Hispanoamérica con ventaja de este estudio que apasiona, hace tiempo, a los estudiosos de las varias nacionalidades de aquel continente. De hecho varias son las colecciones de americanismos debidas al chileno Amunátegui Reyes, a Castex y Selva, argentinos, al ecuatoriano Lemos, que se compendian ahora, puede decirse, en la obra (2) sintética de Augusto Malaret "Dic-

El campo de los americanismos, así, se presenta vastísimo, pues aún cionario de americanismos", avalorada con la colaboración no sólo del insigne Pedro de Mugica sino también de otros estudiosos ilustres como Huidobro, Laval, Lenz, Medina y Darío Rubio.

dejando los aumentos lexicales del hispanoamericano, debidos a la denominación de usos y costumbres *indios* y de la fauna y flora particulares de aquellos países, aparte las metáforas derivadas de ellas, todavía queda un copioso material de otros americanismos que se ligan al español de los siglos XV-XVII y son su lógica evolución. De esto podría concluirse, y en el fondo muchas veces los lexicógrafos hispanoamericanos lo han sugerido (3), que los americanismos, en sentido estricto, serían en cantidad reducidos o, en otros términos, que tal palabra se usa con mucha cautela. Yo soy de opinión, no obstante, que distinguiendo el verdadero americanismo (es decir, la palabra hispánicamente adaptada del *indio* en sentido propio y figurado) del neoespañol (a saber, de la voz española conservada en el sentido tradicional o más antiguo, o evolucionada de éste por su fuerza vital) siempre se hace necesario aquel término comprensivo para contraponer el español de América al de España. (4).

(2) Augusto Malaret, *Diccionario de americanismos*, 2ª ed. extensamente corregida, San Juan de Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1931, pp. 520+16 s. n. de introducción, que contienen una rica bibliografía y el prefacio. A mi amigo, el prof. Ambruzzi, a quien aquí agradezco, debo la cómoda consulta de esta obra importante, de la cual él notició en *Convivium*, 1932 (X) año IV, n. 4, pp. 592-4.

(3) Eusebio R. Castex, *Cantos Populares* (Apuntes lexicográficos). B. Aires, Talleres gráficos "La Lectura", 1923, in-8, pp. 158.

Del mismo: *Tópicos lexicográficos*, en Publicaciones del Ateneo iberoamericano, B. Aires, 1927, in-8, pp. 78, que conozco por cortesía del autor.

(4) De los diccionarios españoles en uso el único que da noticia de los americanismos, con grande cuidado y copia, es el *Pequeño Larousse Ilustrado* debido al valiente autor de *Nuevos derroteros del idioma*, el lexicógrafo M. de Toro y Gisbert. Sería mérito de la obra que la parte histórica, especialmente en lo que respecta a Italia, fuese menos *atrasada* (diré así), pues acaso está demasiado ceñida a fuentes francesas.

También el más que discreto léxico del *Martín Fierro* estudiado por Tiscornia hace fe de cuanto he dicho ya. Y valgan los ejemplos.

Entre los americanismos más propios escojo los siguientes:

Bagual que sustituye a *potro* = *puledro* y el aum. *bagualón* = *cavallo appena domato*, procedente del guaraní *baqua* y originariamente (1535) dicho de los caballos abandonados a lo largo del Plata por Don Pedro de Mendoza al retirarse de aquellas zonas.

Baquiano (5), del haitiano *baquia* = *abilità, destrezza*, por consiguiendo *guida, uomo esperto di strade*; finalmente, en general, experto. Si el étimo es exacto creería más justo pensar que el último significado, al revés, sea el fundamental, originario.

Calamaco (6) adjetivo de *poncho*, de una base araucana, luego una clase especail hecha en la Pampa, de colores abigarrados.

Cimarrón = *selvaggio* y sinónimo de *bagual*; de étimo incierto.

Cuerpiada, voz característica con que el gaucho expresa el movimiento que hace, en duelo criollo, para protegerse de un golpe del adversario; también en sentido extensivo.

Chacra, del quichua, indica *ortaglia*.

China = *india*, del quichúa. Fundamentalmente, hembra de los animales. Malaret advierte, sin embargo, que los españoles la habían aplicado a *india*, de donde descendió al sentido de *sierva* y *concupina*, del cual subió para indicar *amante* y luego familiarmente *persona querida*. El masculino *chino*, además de otros significados, he visto que también tiene el de *guardia di polizia*.

Jagüel, acaso del haitiano, = *abbeveratoio*.

Milonga (7), tal vez afronegrismo, = *danza, imbroglío* y por eso también un tipo de estrofa cantada que acompaña la danza homónima.

De entre el más vasto material neohispánico elijo:

Achocar = *burlarse*; *alza (d) o* = *rebelde*; *alzar* a través del sentido de *irse con*, que llega al de *robar*; *aparcerero*, de *parte* del uso jurídico (Siete Partidas), a *compagno*; *bichoco* (*bicho* + *choco*) = *cavallo inutilizzato*; *flete*, de *nolo di nave a cavallo da sella*, sin duda a través del primer significado de *nolo di cavallo da sella*; *hacienda* = conjunto de animales de la misma raza; *gringo* < *gri (e) go-greco*, de donde *straniero* y más especialmente *italiano*; *lengüeteo* = *coloquio intimo*; *manotear* = *rubare*, del sentido originario de extender la mano para tomar alguna cosa; *matambre* (*mata* + *hambre*) = un pezzo di carne d'infima qualità; *nación* = *straniero*, en sentido despectivo; *nápoles* (8) = *napoletano*; *pulperia*, ora negocio donde se vendería fruta conservada (*pulpa* de fruta), ora *bazar* de campaña; *recado*, ya conjunto de útiles de escribir, ya conjunto de arneses para ensillar el caballo; *reclutativo* = *negativo*; *refusilo* = *lampo*; *sonso* = *tonto*; *temeridá (d)* = *abbondanza* (9); *toruno* = de *toro*, buey mal catrado; *vollar* = *abbattere*; *yerra* (< *hierra*) = bolla-tura a ferro del bestiamo.

(5) Es palabra, por lo que me consta, que ahora se usa comúnmente, y remito a Castex, *Tópicos*, p. 36, donde se la trata agudamente, a propósito del Dicc. de la Academia; agregándose así útiles observaciones a cuanto expone Tiscornia.

(6) Está usado después en el mismo sentido de *poncho*, sin otra diferencia, como veo, p. ej., en Güiraldes.

(7) No registrada en el *Glosario de afronegrismos* de Fernando Ortiz, La Habana, Imprenta "El Siglo XX", 1924, in-8 menor, pp. XXVIII-558.

(8) Decir *nápoli* a un napolitano y en general a un italiano del Mediodía es también propio de algunos dialectos de la Italia septentrional. Para indicar nombres de pueblo el gauchesco tiene curiosos vocablos marcados, a veces, con bajo cuño sexual: fuera de *misteque* (de *mister*) por *inglés* y *franchute* por *francés*, tiene para napolitano, *papolitano* (papo = vulva), como para Inglaterra = *Ingalaterra* tiene *Hincalaperra*, que no traduzco.

(9) En algún dialecto nuestro sucede un hecho análogo con *spavent* (*spavento*); p. ej. un *spavent de dance* = una gran cantidad de dinero.

El gauchesco, particular expresión de un lenguaje rústico nacional (*gaucho* es lo contrario de *gringo*) es, por consiguiente, un importante elemento de estudio en el vastísimo campo de aquel hispanoamericano que ningún hispanista o filólogo del romance puede ignorar, aun a los efectos del español metropolitano al que da un continuo aporte lexical, que el uso acepta rápidamente, bajo el impulso incesante de las relaciones entre España y la América española, y no sólo por la fuerza de expresión de los nuevos elementos, aunque los órganos oficiales que tutelan y atesoran la lengua madre sean remisos en sellarlos con su autoridad y yerren, a veces, en juzgarlos. Interantisísimo es, pues, el examen de ese español por las fuerzas psicológicas que justifican su vida: adaptación, necesidad, sentido del color y de la expresión, ampliación analógica del significado, transformación del vocablo indio según las características del español. (10)

El panorama, a pesar de toda su variedad, es todavía español; ni creo que un atento examen de la fonética y morfología gauchescas, como Tiscornia las expone con suma diligencia y cautela, pueda hacer cambiar el juicio total.

Tiende el gauchesco a dislocar el acento sobre la vocal más clara, generalizando cuanto acaecía ya en el español del siglo XV; así como también, por influjo psicológico, lo traslada a la enclítica pronominal en los casos de infinitivo, gerundio, imperativo + pronombre (*oigamé; ponéndomé; darmeoló*). Recorriendo tanto el consonantismo como el vocalismo de los gauchos adviétesenos que en esta o aquella región de España hay traza de lo que continúa, se desarrolla o se conserva en Hispanoamérica. Noto, por ejemplo, el comportamiento de *s* final de sílaba que se esfuma en una aspirada tenue sorda o desaparece del todo ante *f*, *j* u otra *s*; y lo mismo si se halla como final en una serie de dos o más palabras terminalas en *s = h*; fenómenos estos del español extremeño y del leonés, mientras que a la manera andaluza el hispanoamericano señala la pérdida sistemática de *s*; y todavía tenemos, como en el extremeño $s + b = s + f$ (resbalar = resfalar); $s + g = j$ (disgusto = dijusto). (11)

Sintácticamente es interesantísimo el capítulo del *vosco*, ilustrado además con una carta diligentísima, antepuesta al volumen, que nos da el área geográfica, desde Nuevo Méjico hasta el confín extremo de la América meridional. La carta, hecha en colaboración con el conocido filólogo Henriquez Ureña, que tan útil labor cumple en Hispanoamérica, muestra el imperio del *vosco*, dónde está contrarrestado por el *tuteo* y dónde es absoluto. Precisamente es absoluto en Paraguay, Uruguay, Argentina, en todas las repúblicas de la América Central, menos Costa Rica y Panamá, en Curaçao y en una zona triangular confinante con Venezuela y Colombia; mientras está contrarrestado en Costa Rica, en casi toda Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile y centro de Cuba; quedando al *tuteo* el dominio absoluto sólo en Méjico, Nuevo Méjico y la Florida, en las Antillas mayores y en alguna zona costera de Colombia, Venezuela y Panamá.

(10) Algún vocablo alcanza al habla común del picaresco de la Argentina: el *lunfardo* que tiene no pocas relaciones con el *caló* de Madrid. A propósito del *lunfardo* bueno sería tener algún texto que permitiese un estudio suyo; y también un glosario. En *Cantos*, p. 6, Castex declara que aquel "no es más que el italiano degenerado en América", mientras más adelante, a pág. 48, a propósito de *afanar* que toma el sentido de *robar* en el *lunfardo*, dice: "Las voces de germanía o *lunfardas* que usa la plebe porteña, y que todos tienen por argentinismos, son, las más de las veces, del *caló* madrileño, transportadas a B. Aires y que, al no ser halladas cual germanismos en el Dicc. de la Academia, así como están otras, se cree, sin más fundamento, ser nuestras". Respecto del *lunfardo* y del hispanoamericano es notable, a más, el artículo *El idioma en Suramérica*, de Valentín de Pedro, publicado en el diario madrileño "La Libertad" del 30-IV-1925.

(11) Notable en la obra de Tiscornia el cap. VI en que se estudian interesantes "Modificaciones fonéticas de intención humorística", de las cuales he dado ejemplo más arriba. Aquí recuerdo *plenipotenciario* por *plenipotenciario*, donde la asociación con *cipote* = pene, hace injuriosa la voz.

El *voseo* es esencialmente el uso de *vos* por *tú* con el verbo en plural o singular, según se trate del presente, el perfecto y el imperativo o del futuro, el imperfecto y el pluscuamperfecto del subjuntivo. Heredado del español del siglo XV el uso promiscuo de *vos* y *tú* extiéndese, como vemos, allende el océano, y si *vos* no desplaza del todo a *tú* (a pesar de los efectos ya obtenidos con la extinción de formas tónicas y átonas de *tú*) es porque la cultura, es decir, la escuela y la buena sociedad actúan de freno.

El conjunto de hechos fonéticos y morfológicos presentado por Tiscornia puede conceder la conclusión de que el gauchesco y el hispanoamericano ofrecen un panorama sintético de todo el regionalismo lingüístico español, sea en hechos originarios de la lengua madre de los siglos XV-XVII, sea en desarrollos extensivos de los mismos; panorama que, excluidos ciertos vulgarismos característicos de algunas regiones españolas, ya con notas acentuadas, como el *seseo*, la varia aspiración de *s* y la caída de *d* final, para citar los más evidentes, preséntase diferente, no obstante, de aquel español que constituye la lengua unitaria de España.

A tal diferencia concurren con mayor peso los elementos lexicales, especialmente en el significado actual que una nueva psicología les imprime y que no siempre concuerda del todo con la de la antigua patria.

Hace años, J. L. Borges, finísimo crítico argentino, publicaba en la *Gaceta Literaria* de Madrid un estudio (12) sobre *El idioma de los argentinos*, rico en hechos y observaciones. De aquel ensayo puede deducirse, al parecer, que el habla eventual argentina, en formación, es como un río que corre entre dos laderas, las cuales vienen poco a poco a compenetrar con su materia las aguas; por un lado, el lenguaje plebeyo, *arrabalero*, de que hay muestra en los sainetes; por otro, el lenguaje pulido, clásico, hispánico, que la escuela y la cultura enseñan y conservan y no deja de influir aún sobre escritores populares como, por ejemplo, el propio autor del *Martín Fierro*.

Y bien: si el habla argentina pudiese diferenciarse profunda y esencialmente del español peninsular en cuanto a lengua literaria, no podría ser sino aquella lengua común de la pasión, de la amistad, del hogar, de la confianza o, como dice Borges, aquel "recuerdo que nos viene del porvenir" el cual, por los nuevos espíritus que entrañase, infundiría nueva alma y rostro nuevo al *verbum hispanicum*.

Pero en esa ascensión, con todo, debería alimentarse de aquel material que el pueblo inculto, incluso el pueblo bajo, eterno imaginativo y, por consiguiente, inventor de palabras, le ofreciese, sin renunciar tampoco a mantener todo lo que siguiese conviniéndole de la clásica lengua heredada. (¿Y Santa Teresa no escribió en el hablar común de la gente de su tiempo, y está sin embargo entre los clásicos de la lengua?)

Nunca sucederá, creo, en Hispanoamérica y menos en la Argentina (13) un hecho como el acaecido entre los ingleses estadounidenses y los ingleses metropolitanos, que, no expresándose de la misma manera, haya sido lícito todavía comprenderse en las trincheras de Francia entre *dough boys* y *tommies* y se haya podido declarar, por personaje autorizado, que existe *la lengua americana* (14). (Dígase de los Estados Unidos de N. A.).

El habla común, las *quotidiana verba*, serán la fuente viva que mantendrá la debida frescura al argentino, como a otra cualquiera nacionaliza-

(12) Núm. 38 de 15 de julio de 1928.

(13) Digo así porque también en campo más turbulento y contingente, que no sea el lingüístico, la Argentina encarna, más bien, un noble ideal tradicionalista, en tanto que Méjico (a lo menos por ahora y a pesar de óptimos escritores) defiende un ideal *indio* de muy dudosa... originalidad. (Cf. mi *Questione delle Antille*, en "Nuova Antologia", 1 de junio de 1929, p. 368, n. 21).

(14) Importantes noticias daba al respecto Fumasoni Bondi en correspondencia al "Corriere della Sera", 16 de octubre 1925, *La lingua americana*.

ción americana del español, de los restos importantes, conservados también en la confederación angloamericana, Méjico, América Central (donde asimismo se habla un *español castizo*), las islas, todo el continente americano meridional, excepto el Brasil (15).

En algunas regiones, como la Argentina precisamente donde es importante el elemento italiano (16), se podrán advertir italianismos; de seguro en el léxico, acaso también en la sintaxis, si mis observaciones son exactas; pero cuando se piensa en el bellissimo idioma de Hugo Wast, Guiraldes, L. Lugones, no parece siquiera que el español haya perdido nada de su nobleza. (17).

BERNARDO SANVISENTI.

NOTAS SOBRE LAS REVISTAS LITERARIAS DE ESPAÑA

ANGEL, del Río, director de publicaciones del Instituto de las Españas en los Estados Unidos, de quien ya hemos publicado un interesante estudio sobre Antonia Mercé, "la Argentina", ha escrito para el último número, de enero, del Boletín de dicho Instituto, las notas que a continuación reproducimos por considerarlas una útil recapitulación del periodismo literario español en lo que va corrido de este siglo:

La reciente aparición de dos importantes revistas literarias en España —*Los Cuatro Vientos* y *Cruz y Raya*— nos invita a hacer algunas consideraciones y a dar unos rápidos apuntes sobre la vida de este tipo de publicaciones en relación con la literatura contemporánea. Al parecer marcan estas nuevas revistas un hito definitivo en las letras españolas, la superación de una época durante la cual una nueva generación ha tratado de crearse ideas y estilo propios. La época de la post-guerra, llena de tendencias contradictorias reunidas todas bajo la denominación imprecisa de "vanguardia", que ya en 1927 proclamaban como cadáver en las columnas de su órgano *La Gaceta Literaria* la mayoría de sus corifeos, aparece aquí, en las páginas de las nuevas revistas, no sólo enterrada, sino muerta hasta en el recuerdo, como algo viejísimo y olvidado. En ella se formaron, sin embargo, los escritores, los que se alinean ahora en estas publicaciones de hoy. En sus luchas incruentas se incubaron las ideas y la estética que representan.

Se inicia el proceso, hoy cerrado, por el año 1919, cuando con la aparición del manifiesto ultraísta un grupo de escritores jóvenes pregona con gran alharaca el descubrimiento de un arte incógnito y su rebelión abierta contra el pasado, entonces representado por las últimas manifestaciones del modernismo. Hoy casi todos aquellos escritores, tras una pasajera popularidad en los limitados cenáculos literarios españoles, permanecen tan ignorados e insignificantes como lo eran antes de lanzar su nuevo credo. ¿Quién se acuerda ya de un Pedro Garfias, de un Rivas Panedas? Ellos fueron las revelaciones del ultraísmo. Algunos, los que con más reserva se afiliaron a la nueva cruzada, se han logrado y son ellos justa-

(15) El bloque hispanoamericano es lingüísticamente un hecho cumplido, que halla correspondencia de valor considerable en la Fiesta de la Raza (12 de octubre). Va constituyéndose ya el bloque lusobrasileño, si bien no son pocas las dificultades. Cf. Le Gentil, *Le mouvement intellectuel au Brésil*, in BHi, XXXIV, 52 ss.

(16) Cf. mi ensayo *L'italianizzazione dell'Argentina*, en Riv. d'Italia, n. X, octubre de 1927.

(17) Si fuese más ampliamente conocido el sefardita o, como se tiende hoy a denominarlo, hispanohebraico (*judío español*), y pudiéramos tener mayores elementos para un estudio eficaz, se podría entrar en útiles confrontaciones con el hispanoamericano.

mente los inspiradores de estas revistas. Representan, por tanto, la madurez del arte nuevo, el echar ancla en terreno firme de unas generaciones náufragas y si no fuera acudir a un concepto sociológico-científico, hoy en desuso, diríamos que la supervivencia de los mejores.

Más que el libro, han sido las revistas el fruto de estas nuevas generaciones. La historia de las innumerables revistas y revistillas —casi todas fenecidas en la infancia— de los últimos quince años, mostraría, mejor que nada, las características de la literatura de hoy. Sería interesante hacer esa historia y quien emprenda con ánimo de claridad el estudio de la literatura contemporánea tendrá forzosamente que hacerla. Tendrá entonces que deslindar tendencias aparentemente contradictorias, fijar filiaciones, ver hasta qué punto han obedecido los mejores autores españoles a influencias extranjeras, entre las cuales sigue todavía dominando la francesa, valorar cuánto hay en ellos de herencia del modernismo, y explicar, por último, por qué unos jóvenes que hace una docena de años predicaban la liberación definitiva del pasado, resurgen orientados hacia formas de arte típicamente tradicionales o como expositores del pensamiento neo-católico, etc., etc.

Para quien emprenda ese trabajo van a continuación unos rápidos apuntes, que no pretenden ser completos, sobre las revistas contemporáneas en España, antecedentes de las dos cuya aparición da origen a estas líneas:

1. *Antecedentes remotos.* Revistas del modernismo, que aparecen en 1898: *Mercurio*, *La Revista Nueva*, *Revista Crítica de Historia y Literatura*. Todas de vida muy breve. Las dos últimas publicadas por Ruiz Contreras. En 1900 se publica *Juventud* cuyo director artístico es Picasso, uno de los hombres que más han influido en la formación del arte nuevo. Aunque no son órganos directos de la literatura de entonces, hay que recordar de esta época dos revistas de tipo crítico: *La España Moderna* y *La Lectura*. También merecen ser mencionadas *Vida Española* y *La República de las Letras*.

2. *Época del post-modernismo: 1905 a 1918.* Alrededor de la primera fecha, con poca diferencia de años, se revelan como escritores de importancia Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Miró, Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna. Algunos de ellos publican la interesante revista *Helios*. En 1907 aparecen *Revista Latina* y *Renacimiento*, fundadas respectivamente por Villaespesa y G. Martínez Sierra. En 1908, Gómez de la Serna, adelantado mayor de las tendencias innovadoras, publica *Prometeo*. Puede considerarse como el antecedente inmediato de las revistas de vanguardia. Después, hasta pasados unos años no hay revistas literarias de interés. Hace sus veces el suplemento literario del lunes del periódico *El Imparcial*.

En 1915 Ortega y Gasset funda *España*, semanario de tipo inglés y norteamericano, como *The Nation of The Statesman*. Es de espíritu principalmente político, pero en torno a Ortega y a su nueva revista se congrega lo más valioso de la intelectualidad española y es por unos años el órgano verdadero de la renovación nacional en todos los órdenes. Vive hasta 1924 dirigida sucesivamente por Manuel Azaña y Luis Araquistáin. Al final va acentuando su carácter específicamente político.

3. *Época de las revistas ultraístas: 1920-23.* Empiezan con *Grecia* publicada en Sevilla desde 1918. Al principio tiene una indefinida filiación post-modernista y parnasiana. A raíz de la publicación del manifiesto ultraísta, se convierte, inspirada por Cansinos Asséns, al ultraísmo. Aparecen a continuación en Madrid una serie de revistas todas semejantes en espíritu, formato, extravagancias tipográficas y en la brevedad de su existencia: *Reflector* (1920), dirigida por el malogrado poeta José Ciria Escalante, muerto antes de cumplir los veinte años. En ella, como secre-

tario figura Guillermo de Torre, profeta y teorizante de la nueva escuela. *Tableros* (1921); y *Ultra* (1921-1922), la más perfecta y representativa. Agrupa a todos los escritores de tendencias avanzadas. Cansinos Asséns publica poco después iniciando la desbandada, la revista *Cervantes*.

Solo, ejemplar, el maestro de toda la poesía contemporánea, Juan Ramón Jiménez, publica entonces (1921) *Indice*. Con un alto ideal de poesía de todos los tiempos colaboran en sus páginas, junto a alguno de los escritores jóvenes de más promesa, hombres ya formados, simpatizantes con las modalidades renovadoras, como Diez Canedo, Alfonso Reyes y otros. Poco más tarde aparece *Horizonte*, (1922), en cierto modo continuación de *Indice*. Escriben en ella Juan Ramón, Gómez de la Serna, García Lorca, José Bergamín, Gerardo Diego, Dámaso Alonso y poetas como Garfias o Rivas Panedas, cuya obra posterior no ha respondido a la boga de que gozaron por estos años.

En Vigo se publica *Alfar*, que dentro de una orientación moderna representa una modalidad más amplia. Es la de mayor duración. Su director, el escritor uruguayo Julio J. Casal, de vuelta a América, continúa por un cierto tiempo publicándola en Montevideo.

So agota este movimiento, irrupción más bien, hacia 1922, pero todavía en 1926, como un recuerdo, hace su fugaz aparición en París la revista *Favorables*, *París Poema* dirigida por Juan Larrea y César Vallejo.

Por estos años, Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif, hacen la revista *La Pluma*. Más conservadora que todas las mencionadas, de espíritu realmente post-modernista, admite, sin embargo, la colaboración de algunos escritores ultraístas.

En Murcia, de 1923 a 1926, se publica el suplemento literario de *La Verdad*, antecedente de otras publicaciones análogas donde junto a los nombres de Marichalar, Espina, Almagro, Diego, etc., dan sus primicias poéticas algunos poetas ya afamados hoy, como Rafael Alberti y Luis Cernuda, entre otros.

4. *La Revista de Occidente*. Pasado el primer hervor del ultraísmo y sus diversas modalidades, futurismo, creacionismo, etc., se esfuma el recuerdo de tanta publicación efímera. Quedan vacantes los jóvenes escritores. Algunos escriben para *España* o para *La Pluma*, los de talento más firme entran en el círculo de influencia que preside Ortega y Gasset, que en 1923 funda la *Revista de Occidente*. Consagrada a fines más ambiciosos de cultura moderna europea en los varios aspectos literario, científico y filosófico, con un riguroso sentido de selección, es durante mucho tiempo la revista donde se van dando a conocer, con pocas excepciones, los mejores escritores de la juventud española.

5. *Epoca de la vanguardia y la poesía pura, 1907-1930*. Empiezan a definirse los valores permanentes. Varios escritores señalan en sus libros su personalidad original. Aparecen en primera fila entre los poetas, de un lado, Jorge Guillén y Pedro Salinas, algo mayores que los muchachos ultraístas; apartados de cenáculos y sectas, son los representantes de una poesía muy personal, pura y difícil, que sigue, sobre todo en el primero, las orientaciones de Paul Valéry y no desdeña la influencia de los grandes clásicos de la lengua manifiesta en el retorno a la estrofa de tipo clásico; de otro, Federico García Lorca y Rafael Alberti, poetas andaluces de voz propia con una cierta dosis de popularismo tradicional. Junto a ellos, procedentes del ultraísmo, Gerardo Diego. Entre los prosistas, con inclinación a la crítica y al ensayo principalmente, destacan Dámaso Alonso, José Bergamín, Antonio Marichalar, Antonio Espina, Melchor Fernández Almagro, Benjamin Jarnés, Ernesto Jiménez Caballero. El último crea en 1927 *La Gaceta Literaria*, periódico quincenal que durante tres años agrupa a casi todos los escritores jóvenes y se hace el portavoz de todas las tendencias innovadoras. Se celebra el centenario de Góngora y se

aclama con entusiasmo al gran poeta cordobés. En 1927 nace en diversas provincias, al calor entusiasta del neo-gongorismo y de la poesía pura, un gran número de revistas de poesía: *Litoral* (Málaga), publicada por los poetas Manuel Altolaguirre y Emilio Prados; *Verso y Prosa* (Murcia), fundada y dirigida por Juan Guerrero Ruiz en colaboración con Jorge Guillén; *Papel de Aleluyas* (Huelva), inspirado por Fernando Villalón y A. del Valle, *La Rosa de los Vientos* (Tenerife), *Mediodía* (Sevilla), —que ha renovado brillantemente su publicación en 1933—, *Alma* (Toledo), *Verba* (Asturias), y *Carmen*, la más representativa del momento, publicada en Santander por Gerardo Diego.

Una nueva crisis ocurre en 1931 por razones muy diversas no ajenas del todo al gran sacudimiento político de la nación. Es la definitiva. Vencida ya, aparecen *Los Cuatro Vientos* y *Cruz y Raya*. Traen promesa de permanencia, espíritu maduro y seriedad de propósito. En la primera predomina la poesía y obedece a la inspiración de Pedro Salinas y Dámaso Alonso. Con ellos colaboran García Lorca, Luis Cernuda, Altolaguirre, Vicente Aleixandre y otros poetas menos conocidos.

Ha publicado además versos de Miguel de Unamuno. José Bergamín gobierna el rumbo de *Cruz y Raya*, que aspira a ser en España índice del espíritu neo-católico. Si logra mantenerse fiel a su programa al par revolucionario y conservador, "de afirmación y negación"; si esquivo el peligro del confesionalismo y no cae en un fascismo cultural, el peor de todos, puede ser una gran revista, llenar un vacío en la vida española. En sus páginas, junto al ensayo filosófico de Heidegger o de Zubiri o el gran estudio filológico-histórico de Menéndez Pidal, aflora en certeras notas el espíritu de una juventud bien pertrechada para empresas de alta cultura.

ANGEL DEL RÍO.

La enciclopedia Espasa y "Nosotros".

EN el tomo V del apéndice de la enciclopedia Espasa, recientemente aparecido, el artículo que se refiere a don Pablo Goussac inserta el juicio que sobre el eminente historiógrafo emitió en NOSOTROS nuestro colaborador Juan Rómulo Fernández.

Dice así el artículo de la enciclopedia:

Goussac (Pablo). Biog. Literato argentino, de origen francés, n. en 1848 y m. en Buenos Aires el 27 de junio de 1929. Juan Rómulo Fernández, en NOSOTROS (1907-27), juzga así los estudios históricos debidos a este notable escritor: "El nuevo sello, de los positivistas, tuvo, a su vez, entre las luces de los dos siglos, un representante en Goussac. Frente al método especioso de López, al de la historia filosófica que había encarnado el prestigioso catedrático José Manuel Estrada y al de la filosofía de la historia universal en la forma que la concibió Sánchez, Pablo Goussac adoptó decididamente el procedimiento de la crítica y para ello circunscribió sus trabajos a tal localidad, como en *Memoria sobre Tucumán* (1882), o a tales personajes, como en *Liniers* (1907) y en *Mendoza y Garay* (1916). No hay para Goussac otra filosofía de la historia que la que resulta de la misma historia, una vez conocida cabalmente. Reaccionó contra el hábito de fundar juicios históricos sobre papel impreso o sobre autobiografías, refutaciones, vindicaciones, panegíricos u otros alegatos por el estilo. Goussac es en su labor historiográfica un heurístico. Un buen día, sin embargo, protestó un tanto airado contra "las fórmulas y recetas para escribir historia". Su obra, empero, ya estaba hecha".

—**C**OMO en años anteriores, creemos hacer un servicio al lector, comunicándole abreviadamente el programa del curso de vacaciones para extranjeros que organiza en Madrid para 1934 —entre el 9 de julio y el 4 de agosto— la Junta para ampliación de estudios dependiente del M. de I. P. y Bellas Artes.

El Curso General comprenderá: 1. Diez conferencias por D. Rafael Lapesa sobre *Reseña histórica de la lengua española*, con especial atención a determinadas cuestiones de sintaxis y vocabulario; diez conferencias por D. T. Navarro Tomás sobre *Fonética española*; diez conferencias por D. Dámaso Alonso, que abarcarán un *Resumen histórico de la literatura española*. — 2. Clases prácticas de conversación, pronunciación y dictado de textos; treinta y seis conferencias por varios profesores. — 3. *Resumen de historia de la civilización española*, la pintura, la escultura y la arquitectura; la geografía y la historia, por los profesores Tormo, Gómez Moreno, Dantín y Barnés.

Además habrá cursos especiales en los cuales la inscripción es voluntaria, sobre *La España de hoy*, por D. Pedro Aguado; la *Literatura española contemporánea*, por D. José F. Montesinos; *La vida y las costumbres populares españolas, con referencias a la historia y al lenguaje usual*, por D. Ramón Iglesias; un *Análisis práctico de la entonación española*, por D. T. Navarro Tomás; *La música popular española; canciones y aires de danzas regionales un ejemplos musicales*, por D. Rafael Benedito; y el *Español comercial*, por D. Federico Orta.

Los derechos de matrícula son, para el curso general, indivisible, de 175 pesetas; para los especiales, voluntarios, de 35 pesetas cada uno. En la Residencia de Estudiantes, donde se darán todas las clases y conferencias del Curso, el precio del hospedaje, habitación y comida, varía de 11 a 17 ptas. diarias. En la Residencia de Señoritas, 10 ptas. diarias. Informes en el Centro de Estudios Históricos, Medinaceli, 4, Madrid.

—**B**AJO la dirección de Atilio M. Chiappori, Director de nuestro Museo Nacional de Bellas Artes, acaba de aparecer el *Boletín* del mismo, reanudándose con él con diferente criterio y bajo otra forma, una iniciativa anterior que hubo de interrumpirse cuatro años atrás. Según nos informa la "expresión de propósitos" que encabeza éste primer número, esta edición del *Boletín* del Museo puede hacerse, gracias a la contribución del Dr. Francisco Llobet, ex-Director General de la Comisión Nacional de Bellas Artes, y culto coleccionista y entendido de arte. Se trata de una gaceta de 24 páginas de formato reducido, pulcramente presentada, que aspira a ser un noticiario, no sólo de la vida de nuestro Museo Nacional sino de los museos provinciales y demás actividades artísticas del país. Es de especial interés en el presente número, el artículo, suscrito por el director, sobre los antecedentes relativos a su traslado del inadecuado Pabellón Argentino — el cual se impuso como una necesidad desde 1910 y sólo ha podido realizarse a través de mil vicisitudes, veintidós años después, por resolución del Gobierno Provisional — y sobre las disposiciones adoptadas para la exhibición de las obras en el nuevo local, que si no es el ideal, representa, reformado y adaptado como ha sido, un recinto digno de los tesoros que encierra y ostenta. De toda esta relación se saca la desconsoladora consecuencia de que estos aspectos de la vida del espíritu— en este caso el arte— no han contado ni cuentan todavía entre nosotros con el apoyo decidido, franco, continuo, convencido, de los poderes públicos, que tasan el dinero a las bibliotecas, los museos, las academias y las instituciones científicas, con criterio muy diverso del que usan para con otras actividades y menesteres.

Nosotros.